

Zoubida Boughaba Maleem

CUENTOS POPULARES
DEL RIF

CONTADOS POR
MUJERES CUENTACUENTOS



Miraguano Ediciones

Zoubida Boughaba Maleem

Cuentos populares del Rif

Contados por mujeres cuentacuentos

Fotografía de portada: Omar Abulyazid

Fotografías interiores: Archivo de Plácido Rubio Alfaro y Archivo de la Ciudad de Melilla

© 2003 Zoubida Boughaba Maleem

© 2003 Miraguano, S. A. Ediciones

ISBN: 84-7813-252-X

Depósito legal: M. 01010-2003

El arte de contar cuentos en el Rif

Daniela Merolla



En esa región del norte de Marruecos que es el Rif, el arte de contar cuentos de viva voz está enormemente extendido, y fe de ello nos da esta interesante recopilación que presentamos hoy, traducida directamente del *tarifit* la lengua materna de los rifeños. Estos cuentos populares reflejan la

existencia tanto de una rica realidad cultural como un arte literario oral vivos incluso en las generaciones jóvenes de hoy. Son, además, unas producciones orales que están muy en contacto con otros medios de expresión artística en la medida en que no son pocos los escritores, actores o directores de cortometrajes y vídeos que han hecho versiones de ellos, cada cual en su arte, amén de que algunos de estos cuentos pueden obtenerse en diversas páginas web.

Desde un punto de vista geográfico, el Rif (ver mapa adjunto) es la cadena montañosa que prolonga la cordillera penibética española; que discurre, paralela al Mediterráneo, desde Tánger hasta Melilla y Nador, y que, tierra adentro, llega aproximadamente hasta la llanura del Garb al sur de Larache y hasta Taza. Sin embargo, desde un punto de vista lingüístico y cultural, el Rif no abarca tanto territorio: solamente se podría considerar tal a la mitad oriental de la citada extensión, o, más exactamente, como señala D. M. Hart (1997), a la región comprendida entre Alhucemas y el Mediterráneo por el norte, Aknul por el sur, Snada por el este y Midar por el oeste.

Los pueblos que históricamente ocuparon el Rif son los conocidos en castellano por el nombre de bereberes. Ya que el término *bereber* deriva de *barbarus*,^[1] ha sido recientemente sustituido por *amazighen* (en singular, *amazigh*), que significa "hombres libres", y por *tamazigh* para referirse al lenguaje. No obstante, este término es antiguo y ya el famoso historiador Ibn Khaldun (muerto en 1046) informaba que *mazigh* era el nombre dado a un ancestro común a todos los pueblos *amazigh*.^[2] Hoy día, *amazigh* y *tamazigh* son también muy usados en las zonas en las que eran desconocidos (Chaker, 1987: 565).

Mapas de Tamazga y del Rif.



El porcentaje de la población amazige en Marruecos a finales de los noventa vendría a ser casi el mismo que a finales de la década de los cincuenta, ambas del pasado siglo XX, es decir, del 40% de la población total de Marruecos (Chaker, 1989: 9).

La lengua hablada por los rifeños y por nuestras cuentacuentos se designa actualmente con el término lingüístico *tarifit* o *rifeño*, que es uno de los muchos dialectos bereberes o imazigen. El rifeño convive en Marruecos con el árabe y otros dialectos imazighen, a saber, el *tamazigh*,^[3] que se habla en el Atlas central; y con el *tacelhit*, hablado en el sur.

Las recopilaciones y traducciones de las producciones orales en tamazigh han aumentado desde la primera mitad del siglo XIX. Con el objetivo de conocer las lenguas del norte de África, hubo numerosos interesados, estudiosos universitarios y militares que realizaron estas labores de recopilación de poemas, cuentos, proverbios y adivinanzas en los dialectos árabes y bereberes que se extendían desde el Mediterráneo hasta el Trópico de Cáncer y desde el Marruecos actual hasta Libia. Del período colonial, son notablemente ricos en textos rifeños originales y traducidos, y en análisis gramaticales, las siguientes obras: René Basset (1890) *Loqman berebère*; Séraphin Biarney (1917) *Étude sur les dialectes berebères du Rif* y Amédée Renisio (1932) *Étude sur les dialectes berebères des Beni Iznassen, du Rif et des Senhaja de Srair*. Pero es importante señalar que esta actividad lingüística y cultural se inscribía en el marco de las "empresas coloniales". El interés exógeno de los autores en las lenguas y los productos de literatura oral bereber condujo, no obstante, a una adquisición y a una utilización del saber colonial en función de su ego endógeno. Y, de hecho, muchos de los investigadores llevaron a cabo sus labores lingüísticas y de recopilación de poemas con la intención de salvaguardar su patrimonio cultural.

Publicaciones más recientes de cuentos populares rifeños son las de Bezzazi (1993), El Ayoubi (2000) y Bezzazi y Kossman (1997).^[4] Creemos que la presente recopilación, movida por un fuerte interés en la producción literaria rifeña, se encuadraría en este tipo de trabajos. Además, por medio de las biografías y las entrevistas que presenta este libro, evidencia un interés por acercarse al sentimiento afectivo y al sentido cultural que los cuentos tienen para las cuentacuentos, y también a la atmósfera general del acto de contar.

Si bien los especialistas desearían ver algún día publicados estos textos en transcripción rifeña, el lector tiene en todo caso la oportunidad de

conocer un corpus representativo de una producción oral viva. De hecho, los cuentos, que los niños aprenden en familia, siguen contándose con amor y placer, especialmente en los pueblos, aunque también en las ciudades como Nador y Alhucemas. Y así lo atestigua una de las cuentacuentos, Karima, cuando dice:

"A mis sobrinos, en el campo, aún les cuentan cuentos. Aunque tengan televisión, prefieren los cuentos".

En realidad, el presente corpus es por sí mismo un buen ejemplo de la vitalidad y de la pervivencia del acto de contar. Y a pesar de que las cuentacuentos pertenezcan a tres edades diferentes, todas respetan la forma y la estructura de los cuentos que cuentan.

Antes de pasar a hablar de los cuentos, conviene decir algo acerca del momento en que se cuentan, pues es importante para comprender bien en qué consiste este género literario. Hasta la fecha, los cuentos se han estado contando a un público femenino e infantil, en principio, por la noche, pues se creía que contarlos durante el día traía mala suerte. Toda transgresión de esta prohibición ritual acarrearía los riesgos que las fórmulas de comienzo y fin que tratamos más abajo precisamente pretenden contrarrestar y evitar. Lo que debe evitarse, y para ello sirven las fórmulas, es el riesgo de "contaminación" entre el espacio-tiempo del cuento, por una parte, y el de la cuentacuentos y el público, por la otra, es decir, entre el mundo de la fundación cultural y la vida cotidiana.

El contar estos cuentos (*tinfas*) es, en verdad, una diversión en la que el aspecto estético es importante, pero no sólo: también da pie a un nivel muy profundo de comunicación cultural, el cual afecta tanto a la cuentacuentos como al público. No en vano, una de las cuentacuentos del presente libro, Fadela, reconoce que contarlos: "te cambia el ánimo".

Se podría decir por tanto que estos cuentos no encajan con la idea de realismo literario propio de la literatura escrita ni con la de verdad histórica, pero que narran no obstante una verdad social, cultural y afectiva que queda eternizada en las aventuras expuestas en ellos (Bounfour, 1994; Merolla, 1994).

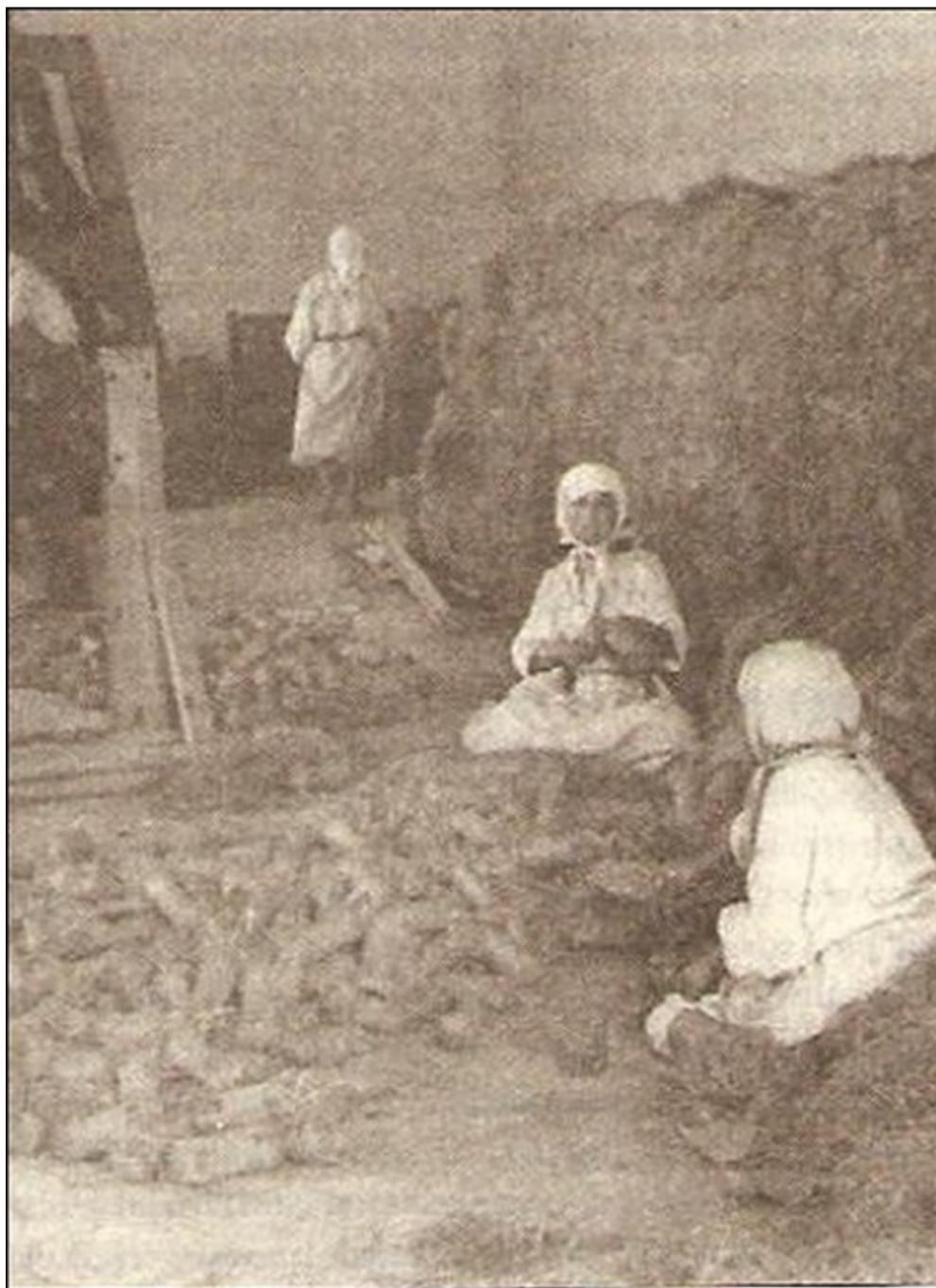
Los cuentos del presente libro pertenecen al género denominado *tanfust* (plural, *tinfas*), uno de cuyos rasgos distintivos, además de la transmisión

oral, es el de la presencia en ellos de fórmulas que abren la narración y marcan su final. En el presente corpus, el inicio viene marcado meramente por un "esto eta..." y el final por la más elaborada fórmula de "y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió". Es destacable que el sentido de estas fórmulas se les escapa a las propias cuentacuentos y varía notablemente de una localidad a otra, como bien dice la cuentacuentos Fadela cuando indica que la fórmula final de Alhucemas no es la misma que la usada en Temsaman.

Los sucesos de los *tinfas* se despliegan en un espacio y un tiempo absolutos: ocurren en un "país" (implícitamente, el Rif), en una ciudad (*dcar*), en unas montañas (*adrar*) y en un tiempo pasado (*zik*, *idja*) sin mayor definición. El tiempo y el espacio cobran una forma absoluta, porque el mundo que así queda narrado no es el actual ni el del pasado histórico del que se ocupan otros géneros como la poesía narrativa. Ni el "país" ni el "cuándo" del cuento requieren definición. Estamos ante el mundo que funda la cultura, con su valor eterno y en el cual se dan las relaciones sociales y personales esenciales dadas entre los hombres, las mujeres y los animales (que reproducen las relaciones humanas) así como entre los seres humanos y los no humanos; los cuales, ogros casi siempre, muestran a modo de ejemplo el lado negativo de los valores culturales que operan en la vida de los habitantes del Rif.

Los cuentos presentan en general una estructura narrativa en la que se puede reconocer un planteamiento de un problema inicial, un desarrollo y su resolución. Pero tal estructura se puede complicar notablemente en los cuentos populares del Rif, del mismo modo que sucede con otras formas narrativas de otras literaturas orales populares al norte y al sur del Mediterráneo. Esta estructura de los cuentos populares puede complicarse según las zonas por medio de la inserción de diversos episodios puestos en boca de los personajes del cuento. Es propio de buenas cuentacuentos y de cuentos bien estructurados que cada problema inicial tenga un desenlace. Los personajes y las acciones marcadas culturalmente como "negativas" quedan estigmatizadas, y aquellas marcadas como "positivas" quedan revalidadas, como queda patente, por ejemplo, en los cuentos "La pandera", "Yussef", "La mujer vaca" y "Las dos hermanas y el gato". Además, la

ausencia de una conclusión al final del cuento, que suele englobar un castigo para las transgresiones socioculturales, indica fallos mnemotécnicos en el cuentacuentos o que el cuentacuentos desea desmarcarse del sistema cultural al uso.



Villa Sanjurjo (Alhucemas) 1951. Empresa "DOMAR" -Don José Domínguez Arjona-. Mujeres rifeñas trabajando en la elaboración de alpargatería, cordelería y derivados de la pita y el esparto. (Archivo Plácido Rubio Alfaro, Málaga).

¿Qué mundo nos presentan estos *tinfas*? Y ¿qué personajes lo habitan? Se trata de un ambiente esencial y profundamente rural. Así, nos encontramos con espacios verdes cercanos a las casas y a las aldeas, como los huertos, las plantaciones de árboles frutales, de cereales, de verduras, y también praderas. Aparecen también otros espacios más alejados del hogar y de lo familiar, y que están por ello mismo tanto más expuestos a los encuentros con los seres no humanos; nos estamos refiriendo a los ríos, el mar, los bosques y el monte.

En cuanto a los personajes que pueblan este espacio abundan los animales domésticos (caballo, burro, oveja, cabra, gallina), pero también los animales salvajes (erizo, serpiente, zorro), que juegan a menudo papeles protagonistas. Los animales del gran sur (el camello, el león), aunque bien conocidos, son escasamente mencionados.

Entre los personajes humanos encontramos en los textos distintos tipos de trabajadores (agricultor, pescador, cazador, buceador, carpintero, herrero); su presencia indica la existencia de una rica estratificación en la aldea. El "vendedor de granadas" y el "mendigo cantor" nos recuerdan más bien a figuras muy conocidas del pasado que existen hoy día no tanto en la vida cotidiana del Rif como en los cuentos. La estratificación social emana claramente de personajes como el "rey", el "señor", el "criado", la "sirvienta", el "cocinero" y los "guardias". Las ocupaciones mejor descritas en los cuentos son las del agricultor, el criado y el pescador.

No se dan descripciones ni físicas ni intelectuales particulares de estos personajes, con la salvedad de la edad y su actividad social (o, excepcionalmente, la condición social pasajera en el caso del peregrino a la Meca). Otro tanto sucede con los personajes femeninos, cuyos rasgos descriptivos principales son su posición en el entorno femenino de la familia (esposas, hijas, hermanas, esposas de los padres y madres de los maridos) o su posición socioeconómica (las sirvientas). Como mucho, llega a decirse de una muchacha que va a casarse que es "muy hermosa". La diferencia social puede, en algunos casos, llevar a una descripción física de los personajes. Por ejemplo, con las oposiciones blanca/negra y cabellos largos/cortos se diferencia a una muchacha de una esclava. En los cuentos,

suele ocurrir que las desavenencias familiares estén causadas por las mujeres, lo cual es reflejo de la forma de pensar de esa sociedad y de cómo funciona diariamente la familia patriarcal, en la que los intereses individuales y especialmente el de las mujeres se sienten como un desafío a la autoridad paterna y como un atentado contra la unidad familiar. Las coesposas y las hermanastras son presas de terribles celos que alcanzan también a las hermanas si lo son de un rey. Las suegras son las que aparecen descritas como las más pérfidas y malas. Frente a ellas, la tía suele cumplir la función de apoyo moral y afectivo.

En las relaciones hombre mujer, podemos constatar que los maridos tienen el derecho de castigar violentamente a sus esposas en el caso de una transgresión de las normas sociales. No obstante, siempre nos encontramos con una honda afectividad que liga al hombre con su esposa ("El pescador y las dos ángeles"), al padre con la hija ("La pandera"), y a los hermanos con sus hermanas, como sucede en muchos cuentos.

Los personajes no humanos del presente corpus son las ángeles (*malaikat*), los ogros y el shetán (diablo). Las primeras poseen cualidades fuera de lo común, son excesivas (cabellos extremadamente largos) o deficientes (mutismo) por comparación con otras mujeres de otros cuentos. En realidad, pertenecen al tipo de la esposa prodigiosa que, una vez capturada y bien tratada, se queda con su captor y le da hijos extraordinarios.

Los ogros, especialmente las ogros como Nunya y Zusra, son los seres no humanos que más reaparecen en estos cuentos. Son antropófagas. Reconocen a los humanos por el olor. Son malignas, pero no inteligentes. Habitan fuera de los espacios humanizados y muestran lo que más se teme dentro de cualquier sociedad, a saber, la ausencia de un límite: se exceden al comer, se apropian y amasan grandes riquezas sin querer compartirlas con nadie y se apoderan de los hijos y cónyuges ajenos.

El diablo, que aparece en varios cuentos del Rif, pertenece a la tradición folklórica y religiosa. Si el shetán tiene poderes extraordinarios, lo maravilloso en los cuentos se expresa más bien por medio de objetos mágicos, como los talismanes o la varita, y por medio de imploraciones

hechas por los personajes pidiendo o reconociendo la presencia divina en un suceso milagroso, como sucede en el final de "La mujer vaca".

Una característica de los cuentos es la viveza con que se relacionan los personajes, ya sea en cuanto a los afectos entre padres e hijos, ya entre hermanas y hermanos, ya entre las coesposas en competencia. No es necesario explicar cómo aparecen estos sentimientos en el *tanfus*, pues son evidentes y conforman la base de las emociones suscitadas por el encadenamiento de las acciones y de los episodios existentes simultáneamente en las cuentacuentos y en su público.

Para terminar esta presentación, permítasenos agregar una nota comparativa. Muchos de los cuentos presentes son muy conocidos y se encuentran muy difundidos en versiones varias entre las distintas tradiciones bereberes y árabes del norte de África, y también presentan bastantes semejanzas con determinados cuentos europeos. La influencia de la tradición árabe y religiosa es patente en algunos de ellos, como el personaje de Harun, que es muy conocido en todo el Magreb por su buen juzgar, o el personaje del profeta Ismael en "La huida" o, en fin, el shetán. Por su parte, "El hijo de Nunya" es una conocidísima versión del tema amoroso de Psique y Amor que se conoce en el Mediterráneo desde la Antigüedad y cuya fijación literaria debemos a Apuleyo, el ilustre escritor de Madaura (Argelia), autor de *El asno de oro*. También señalamos que el tema del instrumento musical fabricado con un cuerpo humano y que permite con su canto desenmascarar a un culpable ("La pandera") se encuentra muy extendido y es notablemente antiguo; se lo conoce en las baladas del norte de Europa, en versiones escritas que se remontan hasta el siglo XVII. Las variantes principales están en el instrumento, que aquí es una pandera y en otras un arpa, y en las relaciones familiares: aquí es una suegra que quiere tratar privilegiadamente a su hija mientras que allí tenemos a una hermana (*cruel sister*) que está celosa porque su hermanastra tiene pretendiente pero ella no. Y este tema, el de los celos entre hermanas, por otra parte, tampoco constituye un tema desconocido en los cuentos rifeños, pero en ellos la relación más violenta es sin duda la que existe entre la suegra y la hijastra.

Digamos, ya para terminar, que ojalá los lectores sientan al leer esta preciosa recopilación de cuentos el mismo entusiasmo y las mismas pasiones que sienten las cuentacuentos.

Daniela Merolla

(Universidad de Leiden)

Bibliografía

Bezzazi, A. (1993) *Étude d'un corpus de contes oraux du Maroc oriental*, (léxique, corpus et traduction), Oujda, Univ. Mohammed I, thèse d'Etat.

Bezzazi, A. y Kossman, M. (1997) *Berber sprookjes uit Noord-Marokko*, Bulaq, Amsterdam.

Bounfour, A. (1994) «Le conte berbère», *Encyclopédie Berbère*, 14: 2081-2084 y bibl.

Chaker, S. (1987) «Amazigh», *Encyclopédie Berbère*, 4: 562-568.

Chaker, S. (1989) *Berbères aujourd'hui*, L'harmattan, París.

El Ayoubi, M. (2000) *Les Merveilles du Rif*, Houtsma Stichting, Utrecht.

Hart, D. M. (1997) «El Rif y los rifeños: problemas de definición», en *Culturas rifeñas: el otro Marruecos*, Diputación Provincial de Granada, Granada.

Merolla, D. (1994) «Le conte kabyle», *Encyclopédie Berbère*, 14: 2084-2087 y bibl.

En castellano han aparecido recientemente algunas publicaciones acerca de la mujer en Marruecos y de la lengua rifeña en las que el lector interesado puede encontrar también una nutrida bibliografía; entre ellas cabría destacar:

Aixelá, Y. (2000) *Mujeres en Marruecos. Un análisis desde el parentesco y el género*, Bellaterra, Barcelona.

Moga, V., y Raha, R., eds. (1998) *Mujer tamazight y fronteras culturales*, Servicio de Publicaciones, Ciudad Autónoma de Melilla.

Tilmatine, M. *et alii* (1998) *La lengua rifeña, tutlayt tarifit*, Servicio de Publicaciones, Ciudad Autónoma de Melilla.

Cuentos populares del Rif contados por mujeres contacuentos

Grabaciones, entrevistas, selección,
traducción y notas:

Zoubida Boughaba Maleem

Colaboradores:

Rachida Boughaba

Gabriel García

Noblejas Sánchez

Cendal

Agradecimientos

A Adnan y Cosmit, por habernos conducido a las cuentacuentos de este libro. A Fouad Bouteyeb por *Les merveilles du Rif*, de Mohamed El Ayoubi, y a Mustafa Allouh por *Étude sur les dialectes berbères des Beni Iznassen du Rif, et des Senhaja de Sraïr* de A. Renisio. A Mennouha Maalem, Amina Benlyazid, Hanan Bennoudi y a Iman Boughaba, por su ayuda en la comprensión de algunos párrafos oscuros y en la transcripción de nombres. A Plácido Rubio Alfaro y Vicente Moga Romero por la cesión de fotografías de su archivo personal (aquél) y del Archivo de la Ciudad de Melilla (éste). A Omar Abulyazid por la foto de portada y a Ali Messaoudi por ayudarnos a localizarla y conseguirla. A la Dirección del Instituto "Melchor de Jovellanos" de Alhucemas por haber puesto a nuestra disposición sus equipos informáticos, y a Abid por su paciencia en plenas vacaciones. A Boutaleb, por llevarnos hasta Adnan. Y, en fin, a José M. de Prada por sus consejos sobre grabación y transcripción.

Presentación

El presente libro es fruto de la labor desarrollada por un equipo de especialistas y numerosos ayudantes en Alhucemas y sus alrededores durante siete meses ininterrumpidamente. El trabajo que se empezó un cinco de marzo del 2002 y se terminó un 26 de agosto del mismo año no se ha limitado a la traducción de cuarenta cuentos del Rif, sino que ha abarcado extensas e intensas actividades de búsqueda de cuentacuentos por Alhucemas y sus alrededores; toma de contacto con ellas; realización de grabaciones, transcripción, selección de los cuentos y traducción íntegra y directa de los mismos del *tarifit*, nombre del bereber de esta zona. Finalmente, una especialista de la universidad de Leiden en literaturas orales del Rif tuvo a bien aceptar la invitación de escribir un prólogo. El resultado es el presente volumen.

Este libro no es un estudio etnográfico en sí, pero permite avanzar en sus investigaciones a los etnógrafos, folcloristas, antropólogos y estudiosos de la literatura popular oral y del Rif. Queden para estos especialistas otras tareas propias de sus disciplinas, pues esta obra aspira simplemente a mostrar la punta de un iceberg, dar una pequeña panorámica del riquísimo acervo oral de cuentos existente en el Rif. En consecuencia, no se circunscribe a *una* cuentacuentos sino que busca en seis el corpus de esta tierra. Y aspira, también, a hacer justicia tanto a una lengua viva que ha engendrado numerosas obras y géneros literarios como la poesía oral y la canción (*izran*) o las adivinanzas (*tihuja*), como a unas artistas de la palabra literaria.

Pero la presente edición no busca la variedad sólo en cuanto al *número* de autoras sino también en cuanto al *tiempo* abarcado; a diferencia de otras recopilaciones recientes realizadas en esta zona, hemos creído que la nuestra debía albergar artistas de tres generaciones sucesivas, a las que hemos elegido entre las muchas encontradas. En consecuencia, el lector tiene aquí cuentos contados por dos mujeres jóvenes, una de mediana edad y tres ancianas. Por lo demás, que algunos de sus cuentos ya existían en generaciones anteriores queda atestiguado por su aparición, con leves diferencias, en la recopilación de 1932 de A. Renisio, *Étude sur les dialectes berbères des Beni Iznassen du Rif, et des Senhaja di Srair*. ¿Convendría aclarar que la ausencia de cuentacuentos varones se debe a que es la mujer rifeña la principal depositaria y transmisora de esta importante esfera de su cultura?

Alhucemas,
26 de agosto de 2002

Nota a la traducción

La presente traducción, directa del *tarifit* al castellano, trata de mantener los rasgos propios de lo dicho frente a lo escrito. Por ello, ha conservado anacolutos, repeticiones y demás particularidades de lo hablado; aunque pudieran considerarse defectos cuando se ponen por escrito: no lo son. Únicamente nos hemos tomado la libertad de añadir algunas palabras entre corchetes precisamente en aquellos casos en los que, de no haberlo hecho, el lector no habría entendido nada. Las cuentacuentos suelen introducir las palabras de cada personaje de dos formas: diciendo "y dijo" o cambiando el tono de la voz. La primera técnica es fácilmente reproducible en papel. Para la segunda nos hemos conformado con poner guiones delante de cada intervención. Sepa el lector que cuando las palabras de los personajes no van precedidas de "y dijo", es porque la cuentacuentos cambió el tono de voz. En fin, hemos añadido algunas acotaciones entre corchetes "{ }" para indicar tonos, movimientos o acciones de las cuentacuentos que de ningún modo desplegaban en la mente del lector las palabras escritas; al fin y al cabo, emplear estas convenciones de las piezas teatrales escritas está muy justificado, pues en cuanto a los elementos teatrales puestos en juego entre Darío Fo soltando un monólogo en escena y Mahjouba tirada en la esterilla de su casa hay muy poca diferencia.

Notas Biográficas de las cuentacuentos

Fadela Najah



Nació en 1958 en Alhucemas, un año después de que terminase el protectorado español y de que se declarase la independencia de Marruecos. No tiene estudios de ningún grado. No sabe ni leer ni escribir. Empezó a trabajar muy pequeña. Pasó su infancia en Alhucemas y nunca ha viajado. Se casó a los dieciocho años y tuvo cuatro hijos. Quedó viuda al poco tiempo. Ha trabajado sobre todo en los saladeros de Alhucemas, hoy cerrados, y también en una pastelería. Actualmente se dedica por entero a

sus hijos y trabaja para poder alimentarlos, pues la pensión de viudedad supone una cantidad ínfima.

Aprendió los cuentos de sus amigas. No recuerda que sus padres le contasen nunca cuentos. Al respecto, ver la entrevista realizada.

Fadela cuenta los cuentos pausadamente. La única sesión que tuvimos con ella se desarrolló a la hora y en el lugar que ella misma eligió, el salón de su propia casa. Su manera de contar, en cuanto a cambios de entonación, movimientos y demás, no es tan neutra como la de Karima ni tan vivaz como las de Mahjouba y Fatima.

Rahma

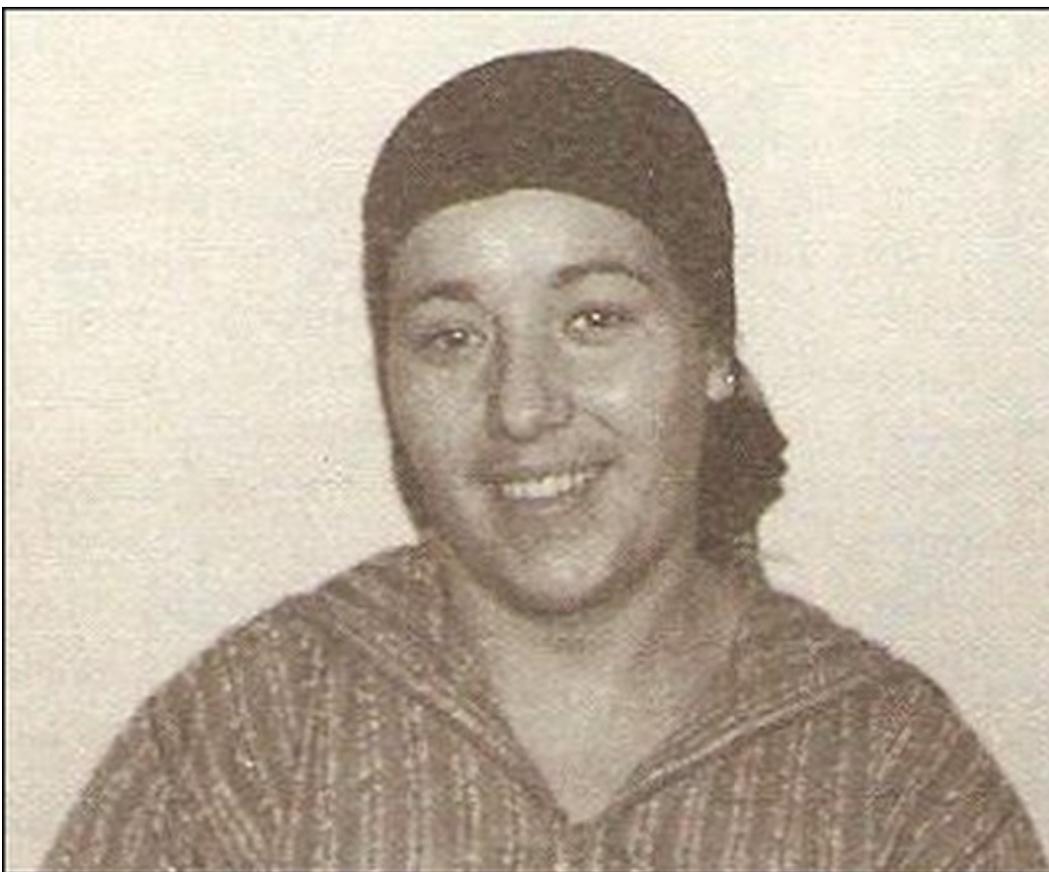


Rahma tiene actualmente 64 años. Nació en Ruadi, donde ha vivido hasta el año 2001. Nunca fue a la escuela. No sabe ni leer ni escribir. Tenía tres hermanas más. Se casó muy joven (no recuerda la edad, hacia los 14 años) y ha tenido once hijos. Antes de trasladarse a la ciudad, la familia vivía de unas cuantas hectáreas de almendros, pero a raíz de un temporada

muy mala, su marido tuvo que bajar de las montañas a Alhucemas para buscar trabajo; en Alhucemas desempeñó diversos trabajos mientras ella se quedaba en Ruadi al cuidado de los hijos más pequeños, y los mayores seguían trabajando la tierra. En el año 2001 la familia entera se trasladó a Alhucemas, menos dos hijas que se casaron allí.

Los cuentos le fueron contados por su madre en un primer momento y por sus amigas cuando se hizo mayor y se reunía con otras mujeres para divertirse contando cuentos. Tal como ella dice, no tenían otra diversión.

Farida Tahrawi



Tiene actualmente veintisiete años. Nació cerca de Tamsaman, un pueblo a unos 20 Km. de Alhucemas, donde vivió con su tía hasta los veinticinco años, edad en la que se trasladó a Alhucemas con su familia por necesidades económicas y laborales. Cuando su padre se hizo mayor,

ninguno de los hermanos quiso trabajar las tierras que tenían en el campo y todos se fueron a Alhucemas a buscar trabajo.

Trabaja desde los veinticinco de asistenta en una casa. Aprendió todos los cuentos de su abuela en Tamsaman.

Karima Alganmi



Nació en 1980 en Nador y tiene estudios primarios. Ha pasado prácticamente toda su vida en una aldea cercana a Nador, en el campo; exactamente hasta la edad de veinte años (actualmente tiene veintidós), momento en que se trasladó a vivir a Alhucemas con su tía viuda, a la que hace compañía. Aprende ahora una de las ocupaciones remuneradas más típicamente femeninas del Rif, que es la costura.

Creció entre los cuentos que cuenta. Tanto su madre como sus tías, pero sobre todo su abuela, le narraron los cuentos que ella nos ha contado. Reconoce que disfruta enormemente contándoselos a otros.

La confianza de Karima al contar los cuentos fue creciente. Prefería poco público, hasta el punto de que la mayoría de las sesiones se grabaron con la presencia de un solo oyente. Las grabaciones se hicieron siempre en el lugar elegido por ella, que fue generalmente su propia casa salvo en alguna ocasión en que quiso hacerlas mirando al mar. Su estilo es tanto menos teatral como perfectos y complicados sus cuentos. Sorprendía de ella, una chica joven y analfabeta, el buen empleo de términos muy específicos, casi cultos y "muy" rifeños. También es de destacar el empleo frecuente del discurso indirecto.

Fatima



Fatima tiene actualmente cincuenta y nueve años. Es analfabeta y se ha dedicado siempre a sus labores. Nació en Temsaman, un pueblo a unos 20 Km. de Alhucemas. Se casó muy joven y tuvo nueve hijos. De esta localidad vino a Tiganimin, aldea colindante con Alhucemas, hace dos

años, donde se pasa los días esperando noticias de uno de sus hijos, que emigró en patera a España hace unos meses. Nunca ha viajado.

Su manera de contar cuentos explota los cambios de tono, los movimientos de manos y corporales en general, los gestos, las distintas modulaciones de la voz, las pausas y el ritmo con que pronuncia las palabras.

Mahjouba



Nació hace sesenta y cuatro años en Ruadi, una pequeña aldea a 40 Km. de Alhucemas, que abandonó cuando era muy pequeña para trasladarse con sus padres a Tetuán, donde falleció su madre. Luego residió en Ceuta, donde pasó nueve años. Su padre se casó en segundas nupcias. Tuvo once hermanos. Volvió a Ruadi y allí se casó. Después de casarse se fue a vivir a

Tánger con su marido e hijos, donde residió dos años trabajando en casas de judíos. Su marido se quedó sin trabajo, de modo que regresaron al pueblo natal, Ruadi, a labrar las tierras. Su marido la abandonó con sus once hijos para casarse con otra mujer hace veinte años. Junto con sus hijos, ya mayores, se fue a Alhucemas a buscar trabajo. Desde entonces hasta hoy ha residido en dicha ciudad. Es analfabeta y no ha recibido ninguna educación.

Actualmente, vive en el barrio de Mirador con una de las hijas y dos hijos, uno de los cuales se vio obligado, por la falta de trabajo en el Rif, a atravesar el Estrecho en patera; según él mismo, vive de milagro, pues cuando iban a mitad de camino empeoró el tiempo y de no haber sido porque un barco británico los recogió antes de naufragar, no nos habría podido contar su historia.

Mahjouba recuerda bien que aprendió los cuentos de sus abuelas y de su madre. Recuerda igualmente que ya de mayor se juntaba con las amigas y se ponían a contar cuentos entre ellas. Nos confesó que no contaba cuentos desde hacía "muchos años, no sé cuántos", aunque en las sesiones no se la vio titubear.

Las sesiones se celebraron siempre en lugares que ella misma eligió, que no fueron otros que el cuarto de estar de Rahma y el suyo propio. En la primera de ellas dio muestras de un nerviosismo —probablemente debido a la presencia de su marido y a la falta de confianza en nosotros— que desapareció en las siguientes; las tomas de ese día fueron desechadas. Las siguientes sesiones se desarrollaron en su casa en un ambiente más distendido cada vez. La última de ellas se realizó por entero en presencia de su hija, Zoubida y Gabriel, todos sentados en la esterilla de su cuarto de estar, muertos de calor, descalzos y tomando té. Su maneta de contar es teatral, pues articula gestos corporales, entonaciones, pausas, música (en algunos de los poemas) y gestos faciales constantemente. Fue notable cómo en cada sesión el primer cuento resultaba siempre menos teatral que los siguientes, cómo iba entrando en esa especie de trance cada vez más, hasta el punto de contar, a veces, cuentos seguidos, casi sin interrupción ninguna entre ellos.

Cuentos populares del Rif contados por mujeres cuentacuentos

La pandera

Karima Alganmi

Esta era una mujer que tenía una hija propia y otra de su marido. Y trataba a la hijastra peor que a su hija, pues la consideraba una hija adoptiva. Un día que estaban las dos niñas jugando en la calle, pasó un vendedor de granadas, y el vendedor se quedó tan maravillado de la belleza de las dos niñas que regaló a cada una, una granada. Y a la hijastra le gustó tanto aquella fruta que no quiso comérsela, prefirió guardarla, mientras que la otra se la comió rápidamente. Y cuando se dio cuenta de que la hermanastra seguía teniendo su fruta y ella no, le entró una envidia tan grande que empezó a pelear y a llorar por conseguir la granada, y se fue corriendo a toda prisa adonde estaba su madre, y le contó lo que pasaba, y entonces la madre fue y arrebató la granada a la hijastra, y le dio un golpe tan fuerte que la dejó muerta en el acto. Y luego la despellejó, y enterró el resto del cuerpo, quedándose con la piel. Y así fue todo hasta que pasó un mendigo cantor^[5] por la calle tocando la pandera. Y entonces, la malvada madre pensó:

—Qué bien. Por fin voy a poder darle la piel a alguien que la va a querer.

Mientras tanto el mendigo cantor seguía canturreando y canturreando, tocando y tocando la pandera, y así llegó a la casa de la madre. Y la madre le preguntó:

—¿No querría usted una buena piel para su pandera? Yo diría que la que tiene anda un poco estropeada. Se nota mucho a la hora de tocar. Suena sin ritmo.

El mendigo contestó:

—Pues sí, ya llevaba bastante tiempo queriendo cambiarla pero nadie me había ofrecido ninguna a buen precio.

Y ella, muy alegre porque sabía que se iba a deshacer de la piel a cambio de algún dinerillo, dijo:

—No se preocupe más, ahora mismo le ofrezco una casi regalada y de muy buena calidad.

Así que el mendigo le cambió la piel a la pandera y se fue tocando por las calles, y entonces se dio cuenta de que a la pandera, cuando la tocaba, le salía una voz que cantaba:

*Ten cuidado, cuidado mendigo cantor,
Ten cuidado, cuidado señor,
que estoy aquí por culpa de una granada,
y por eso con mi piel puedes tocar.*

El mendigo cantor se puso aún más contento, pues todo el mundo salía de sus casas a ver cómo podía ser aquello, y así pasó un día por delante de la casa de la tía de la niña muerta, y la tía, que reconoció la voz de su sobrina, llamó rápidamente al dueño de la pandera, y le dijo:

—¿No podría prestarme la pandera? Me gustaría tocarla un poco.

Y el mendigo dijo:

—Claro, aquí la tiene —y se la alcanzó. Y entonces, cuando la tía se puso a tocar, el cante salió diferente:

*Ten cuidado, cuidado querida tía,
Ten cuidado, cuidado querida señora,
que estoy aquí por culpa de una granada,
y por eso con mi piel puedes tocar.*

La tía se asustó tanto que se fue corriendo a buscar al padre, y le pidió que tocara la pandera. Y la pandera cantó:

*Ten cuidado querido papá,
Ten cuidado querido señor,
que aquí estoy por culpa de la madrastra,
y por eso con mi piel puedes tocar.*

Y el padre no se podía creer lo que estaba escuchando. Salió a toda prisa en busca de su mujer, y le dijo:

—¡Toca ahora mismo este instrumento!

—Pero ¿qué te pasa?, ¿estás loco? —le contestó ella muy nerviosa.

—¡Te ordeno que toques esta pandera! —le volvió a mandar él.

Y como el marido insistía tanto, la mujer no tuvo más remedio que tocar la pandera, y esta vez cantó así:

*Cuidado, cuidado madrastra,
Cuidado, cuidado malvada.
Por tu culpa estoy aquí,
en mi piel puedes tocar.*

El padre le pidió rápidamente explicaciones y le ordenó que lo llevara donde estaba enterrada su hija, y allí sacó el cadáver y le pegó una paliza a su mujer tan grande que la mató, y la dejó enterrada donde antes yacía la pequeña.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 27 de abril de 2002

La hermana

Karima Alganmi

Esta era una mujer que se había quedado embarazada y, como tenía siete chicos, ella y sus hijos y todos en casa querían que fuera niña.^[6] Cuando el embarazo ya estaba avanzado, los chicos dijeron:

—Mamá, preferimos irnos a vivir a otra aldea al monte hasta ver qué nace. Si es niña, iza una bandera roja y volveremos a vivir con vosotros. Pero como sea otro niño, iza una blanca y nos iremos muy lejos, para siempre.

Y nació una niña preciosa. La madre pidió entonces a su concuñada que alzara la bandera roja, pero ella, que era muy mala, hizo todo lo contrario de lo que le había pedido y levantó una bandera blanca. Y los hijos, al verla, se fueron de allí para siempre.

La niña crecía, y cada vez que salía a la calle a jugar, los demás niños le decían:

—Por tu culpa se han ido de aquí tus siete hermanos, ¡por tu culpa!

La niña se hizo mayor, así que empezó a ir a por agua y leña; y, cuando iba, todos en la calle la señalaban y le decían:

—Has sido una verdadera mala sombra para tus hermanos. ¿No ves que si ninguno está aquí es por tu culpa?

Un buen día le preguntó a la madre por qué le pasaba todo eso, y le contó toda la verdad. Al saberlo, la muchacha se sintió muy culpable, tan culpable que decidió ir a buscar a sus hermanos.

Y la madre le dijo:

—Pero no puedes irte así, tú sola.

—Mamá, no te preocupes que no iré sola, me llevaré a la esclava.

A la madre le pareció bien, pero para quedarse más tranquila le dio un talismán que la protegería todo el tiempo. Y entonces la hija se montó en su caballo dispuesta a buscar a sus hermanos, se despidió de su madre y partió con su esclava, que iba a pie todo el rato junto a ella.

Así llegaron cerca de un río y la esclava pidió a la muchacha que se bajara del caballo, que quería montarse ella porque estaba muy cansada. Al bajarse del caballo, a la hija se le cayó el talismán sin darse cuenta. Siguieron avanzando un buen rato hasta que encontraron dos fuentes. En una se lavaban las mujeres blancas y en otra las esclavas. Entonces la esclava se refrescó rápidamente en la de las mujeres blancas y después hizo lo mismo con su ama: la refrescó en la fuente de las esclavas. Y la hija, de repente, se volvió negra, y la esclava blanca. La esclava se montó entonces a caballo con la hija detrás a pie, y la obligó a ponerse un pañuelo, porque con el pelo tan largo nadie iba a creerse que realmente era una esclava, y así llegaron a una aldea de siete casas donde vivían siete hombres con sus mujeres. ¡Y allí los encontró! ¡Era allí, en aquella aldea, donde vivían los hermanos! Al encontrarlos, la esclava dijo:

—¡Hermanos, mis queridos hermanos! Os venía buscando desde muy, muy lejos. Yo soy vuestra hermana pequeña y ésta que me acompaña es mi esclava. ¿Veis que no se le debe ver el pelo? Ya veréis qué bien os cuida los caballos. Come con los perros y duerme fuera.

Al oír todo aquello, la verdadera hermana no podía creer lo que le estaba pasando, así que decidió cantar la siguiente canción mientras cuidaba de los siete caballos de los hermanos:

*¡Elévate, elévate, o gran piedra!
Quiero ir a la casa de mis padres.
Tengo siete hermanos,
pero me hacen comer con los perros
y me hacen dormir en la calle.*

Y los caballos se ponían tan tristes al escuchar estas quejas que empezaron a adelgazar. Los hermanos se dieron cuenta, pero no se explicaban cómo habían adelgazado tanto en tan poco tiempo. Así que decidieron vigilar a la esclava una mañana temprano, y entonces la sorprendieron peinándose el cabello, que le llegaba hasta la cintura, mientras cantaba:

*¡Elévate, elévate, o gran piedra!
Quiero ir a la casa de mis padres.
Tengo siete hermanos,
pero me hacen comer con los perros
y me hacen dormir en la calle.*

Y dijo un hermano:

—Esta esclava no es la verdadera esclava.

Otro preguntó:

—¿Por qué lo dices?

Y contestó:

—Porque las sirvientas llevan el pelo corto.

Así que el mayor decidió acercarse a ella, y le preguntó:

—¿Por qué cantas siempre la misma canción?

Ella le respondió:

—Porque en realidad soy vuestra hermana. Lo que pasa es que cuando nació nuestra tía alzó la bandera roja para que os fuerais. Luego me enteré y decidí salir con la esclava a buscaros. Un día, ella me lavó en la fuente de las sirvientas y me quedé negra, y desde entonces se ha estado haciendo pasar por mí.

Entonces los hermanos avisaron a todas sus mujeres para que prepararan un buen cuscús, porque esa noche iban a cenar todos juntos.

Cuando la esclava vio que la hermana iba a cenar con todos, dijo:

—¡Pero hermanos, si ella no puede comer con nosotros, es mejor que coma donde le corresponde!

Ellos respondieron:

—No, hoy vamos a cenar todos juntos.

En el transcurso de la cena, uno de los hermanos preguntó a las dos muchachas:

—¿No os importaría enseñarnos el cabello?

La verdadera hermana lo enseñó, pero la esclava se negó en redondo:

—¡No, no y no, yo no pienso enseñar mi cabello a nadie!

Así que entre rodos le quitaron el pañuelo y descubrieron que apenas tenía pelo.

Los hermanos gritaron entonces:

—¡Nos has estado engañando todo el tiempo, tú eres realmente la esclava!

Uno dijo:

—Hermana, ¿qué quieres que hagamos con ella?

—Quiero que sufra tanto como me ha hecho sufrir a mí. Quiero que le atéis el cabello a la cola de un caballo y lo echéis a galopar, y no tiréis lo que quede de ella, que lo quiero para hacerme una muñeca.

Y ellos dijeron:

—Haremos lo que tú quieras.

Los hermanos hicieron lo que les había pedido la hermana y lo único que quedó de la esclava fue un brazo. La hermana lo cogió y se lo guardó y, con los huesos, se fabricó una muñeca. Y todos, los hermanos y ella, decidieron volver a casa de sus padres.

Nada más ponerse en camino, ella cayó en la cuenta de que se le había olvidado la muñeca.

Y les dijo:

—Necesito volver. Tengo que volver a por mi muñeca.

Uno dijo:

—No te preocupes tanto, que yo te consigo otra cuando lleguemos.

Ella dijo:

—Pero aquella era *mi* muñeca y es la que quiero.

Así que volvió a recogerla.

Cuando por fin llegaron a casa de sus padres, [éstos] organizaron una gran cena para todos. Terminaron de comer y la hermana dijo que estaba

cansada, cogió la muñeca y se fue a dormir. Uno de los hermanos le aconsejó que no, que era mejor que la dejara donde estaba.

A la mañana siguiente, cuando se levantaron, se la encontraron estrangulada por la muñeca.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 19 de marzo de 2002

La bestia de las siete cabezas

Karima Alganmi

Este era un hombre casado con dos mujeres que tenía un hijo casi de la misma edad con cada una. El marido murió, y entonces las dos mujeres siguieron bajo el mismo techo, cada una con su hijo. Al cabo de un tiempo murió una de ellas, y la otra se tuvo que quedar al cargo de los dos. Pero como aquello no le gustaba nada, nada, trataba muy mal al que no era su propio hijo, y así un día y otro día y otro hasta que el hijastro se hartó de los maltratos de su madre y decidió irse y construir su futuro muy, muy lejos.

Así que al día siguiente emprendió un viaje, pero sin rumbo fijo, sin saber adónde ir. Y por el camino se encontró con una paloma que estaba en el nido con sus crías, y se quedó un rato observándola, y cuando la estaba mirando vio que la madre se iba a por comida y que una serpiente empezaba a acercarse lentamente a comerse a las crías. Así que rápidamente cogió una piedra y de un golpe aplastó la cabeza a la serpiente.

Llegó la paloma y vio lo que había pasado. Pero no sabía cómo recompensar al muchacho, así que lo que hizo fue arrancarse una pluma y regalársela, y le dijo:

—Toma esta pluma, llévala siempre contigo, te dará mucha suerte.

Y el muchacho contestó:

—Muchas gracias. Me acompañará siempre, vaya donde vaya.

Y el muchacho emprendió de nuevo su camino. Y así, caminando, caminando, vio a un pescador hablando con un amigo y con una red al lado con un pez dentro. Así que el muchacho aprovechó que el pescador estaba

entretenido para cortar la red y liberar al pez. Y el pez se quitó una escama y se la regaló de recompensa, y le dijo:

—Toma esta escama, llévala siempre contigo, te dará mucha suerte.

Entonces, el muchacho guardó bien la escama y se puso a caminar y a caminar por el camino hasta que llegó cerca de una aldea. Vio un lago y se acercó, y a la orilla había una muchacha sentada, y no pudo resistirse y le preguntó:

—Buenos días, ¿qué haces aquí sentada?

—En este lago vive un monstruo que sale todos los días, y estoy aquí para ser sacrificada. Todos los días los habitantes de la aldea le tenemos que ofrecer un plato de cuscús y una persona. Porque si no lo hacemos, viene a la aldea. Yo soy la hija del rey, y hoy le tocaba a mi padre ofrecerme al monstruo para que me coma.

Pero el chico tenía mucha, mucha hambre, así que se comió el plato de cuscús.

Y la chica le gritó:

—¿Por qué has hecho eso?! ¿No ves que el cuscús era para el monstruo y ahora cuando venga y no lo encuentre va a masacrar toda la aldea?

Pero el chico se sentó y echó la cabeza suavemente encima de las piernas de la joven, e intentó descansar, y le dijo:

—Voy a dormir un rato con tus piernas de almohada. Despiértame cuando veas salir al monstruo de las siete cabezas.

Y se quedó dormido.

Llegó el monstruo y la chica no quería despertar al joven, pero estaba tan, tan asustada que empezó a llorar y una de las lágrimas fue a caer en la cara del joven y lo despertó, y el joven se levantó entonces rápidamente para acabar con el monstruo. Se levantó de un gran salto y con la espada en la mano le cortó una a una las siete cabezas, y al final le clavó la espada en todo el corazón, y allí se quedó el monstruo muerto, con la espada clavada.

El muchacho dejó a la chica en el lago, se adentró en la ciudad y entró en una mezquita a dormir.

Al día siguiente, el rey mandó a su esclavo a recoger los restos de su hija y cuando el esclavo vio al monstruo muerto, desenvainó la espada y la mojó entera, entera, en la sangre del animal para hacer creer al rey que

había sido él quien lo había matado. Pero la joven, que estaba allí, dijo que no era verdad. Gritó:

—¡No!, ¡mientes!, ¡no fuiste tú el que mató al monstruo!

Dijo el rey:

—Menos mal que todavía queda gente valiente.

Y seguidamente convocó a todo el pueblo y les anunció lo siguiente:

—Casaré a mi hija con el que sea capaz de sacarle la espada al monstruo.

Lo intentaron estos y aquellos, muchos, pero nadie podía. Y cuando ya no quedaba casi nadie por probar, alguien dijo que había llegado un chico nuevo a la aldea que se había pasado todo el día en la mezquita, y que probablemente había sido él el autor de la hazaña.

Entonces el rey ordenó que llamaran al muchacho y que lo llevaran a Palacio mientras la princesa se asomaba para ver si de verdad era él. Pero el chico, que no quería que lo reconociera la princesa, fue vestido con una chilaba con la capucha de tal forma que le cubría el rostro entero. Aun así la joven lo reconoció igual y se lo dijo rápidamente a su padre. Y el joven terminó casándose con la hija del rey. Pero las hermanas se reían de ella por haberse casado con un hombre común, y hacían comparaciones con sus pretendientes, que venían todos de buenas familias. Pero el rey, que sabía que el chico era muy valiente, cansado de que sus hijas se burlaran siempre de su hermana, decidió demostrarles que su yerno valía mucho, y propuso a todos los pretendientes lo siguiente:

—A ver quién de vosotros puede traerme el agua que cura el alma. Es un agua que está entre dos montañas a las que es difícil llegar. Tiene un color y un sabor que sólo un rey puede distinguir. Vosotros mismos tendréis que adivinar dónde se halla exactamente y traérmela.

Y el muchacho, aunque se reían de él, decidió ayudarles para que pudieran casarse con las hijas del rey, que era el deseo que tenían. Así que todos juntos emprendieron el camino en busca del agua que curaba el alma, y el muchacho les dijo a los pretendientes que les ayudaría si cada uno se cortaba un trozo del lóbulo de la oreja y se lo daba. Y eso fue lo que hicieron todos. Entonces el muchacho se separó de ellos, sacó la pluma que le había regalado la paloma a la que había ayudado contra la serpiente, y la

paloma apareció volando rápidamente, se le posó en el hombro y se lo llevó por los aires hasta el manantial del agua. El muchacho cogió una buena cantidad de ella, y la repartió entre los pretendientes. Así que se presentaron al rey al día siguiente, y el rey se sorprendió de que hubieran terminado tan rápido pero no se quedó muy convencido del esfuerzo, así que les hizo otra prueba. Les dijo:

—Ahora me tenéis que traer una manzana cada uno, una manzana tomada de unas muy particulares que sólo se pueden encontrar siete mates adentro.

Uno de los pretendientes dijo con miedo:

—Pero necesitamos saber más de dónde están esas manzanas, con eso no basta, ¿qué siete mares debemos atravesar?

Y el rey contestó:

—No hace falta más información. Con eso es suficiente.

Así que se juntaron todos los pretendientes otra vez, y el muchacho se volvió a ofrecer a ayudarlos.

—Os volveré a ayudar pero con una condición: que cada uno de vosotros me dé una uña entera.

Y todos dijeron que sí. Y se fueron. Y cuando llegaron al mar, el muchacho sacó la escama que le había regalado el pez, y el pez acudió rápidamente e invitó al muchacho a que se le montara en el lomo, y lo llevó así a través de los siete mares donde crecían las manzanas, y así es cómo el muchacho las consiguió. Luego se despidió del pez y se fue a buscar a los pretendientes. Y les dio las manzanas.

Cuando llegaron a Palacio, las princesas estaban esperándoles, y al ver que todos traían manzanas, empezaron otra vez a burlarse de la hermana:

—¿Ves? Tu marido no es nada valiente, tampoco ha traído una manzana.

Y la muchacha se puso muy, muy triste.

Al día siguiente el rey los convocó a todos, y cada uno se presentó con una manzana.

Y dijo uno:

—Mi señor, aquí os traemos las manzanas, esperamos que sean las que buscabais. Pero, Majestad, decidnos, ¿cómo es que no ha puesto a prueba

también a su yerno? ¿Será que sabía que no iba a conseguir nada?

Y el muchacho, al ver que se burlaban así de él, ya no pudo aguantar más y dijo:

—Veo que sois incapaces de reconocer qué pasó en realidad, así que delante de su Majestad os ordeno que os quitéis los turbantes y le expliquéis ahora mismo qué os ha pasado en la oreja, y que luego le enseñéis también los dedos.

Y entonces le contaron al rey todo lo que había pasado, y el rey los echó a todos de casa inmediatamente. Y desde entonces, todo el mundo aceptó al muchacho.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 27 de abril de 2002

El hijo de Nunya

Karima Alganmi

Esto era una familia de varios hijos muy, muy pobre, tanto que el padre iba al zoco todos los días, pero regresaba sin haber comprado gran cosa para sus hijos. Siempre volvía muy triste a su casa.

Un día se encontró con un joven alto y apuesto, que le preguntó:

—¿Le pasa algo que está tan triste?

Y el padre contestó:

—Nada, es sólo que estaba calculando el dinero que tenía para ver qué comida me podía llevar a casa —le contestó el hombre con mucha tristeza.

El hombre apuesto volvió a decir:

—Tiene usted dificultades ¿verdad?

Y el padre contestó:

—Sí, bastantes.

Y el joven dijo:

—A lo mejor nos podemos ayudar. Verá, estoy buscando una mujer para casarme que sea educada, buena, cariñosa y buena madre de mis hijos, porque quiero fundar mi propio hogar. Si usted me ayuda a encontrarla, yo le solucionaré sus dificultades y nunca le faltará de nada.

El padre se quedó un poco pensativo, sin saber qué hacer, pero en el fondo le gustaba la idea, porque así podía salir de la miseria en que estaba sumergido. Como aquel joven le parecía buena persona, le dijo:

—Bueno, yo tengo dos hijas. Las dos son muy buenas y no son feas.

—Oh, qué alegría..., pero pasa una cosa. Mi madre pertenece a la familia de Nunya^[Z] y no creo que vaya a aceptar a una persona normal.

El hombre, claro, estaba en un gran dilema: tenía que elegir entre seguir siendo pobre toda la vida o entregarle a una de sus hijas y ser un hombre rico. Y así, pensando y pensando, al final decidió darle a una de sus hijas, pues al chico se le veía honrado y buena persona.

—Si acepta, lo único que tiene que hacer es abrirme la puerta y entregarme a una de sus hijas como futura esposa, y eso tiene que ser un día en que haga muy mal tiempo. Yo le estaré esperando junto a su puerta por fuera. Ah, y tenga este dinero y llévele un regalo a cada hija.



Archivo Central de Melilla

Cuando llegó ese día el hombre le pidió a una de sus hijas que abriera la puerta, a la mayor, y ésta se negó porque llovía mucho y no quería ensuciarse el vestido nuevo que le acababa de regalar el padre. El padre se lo pidió entonces a la más pequeña. Y ella le contestó:

—No, no puedo, no quiero mojarme los zapatos nuevos que me acabas de comprar, aunque voy a abrir y a asomarme un poco para ver cómo es ese señor.

Pero el padre insistió e insistió, así que le obedeció y salió a recibir al joven a la puerta de casa, y entonces el chico la agarró fuertemente del brazo y se la llevó, sin que ella pudiera verle la cara. Ni tampoco más tarde, cuando convivía con él.

Un día, estaba ella comprando en el zoco y se le acercó una anciana, y le dijo:

—Pero niña, ¿por qué estás tan triste con lo guapa que eres?

Y la joven contestó:

—Porque mi marido no me deja verle la cara.

Y dijo la anciana:

—Pero ¿cómo?, si vives con él y duermes con él, no entiendo por qué no le puedes ver.

—Sí, vivo con él, pero no nos vemos. Nunca quiere estar donde estoy yo, y se va a la cama cuando yo ya me he quedado dormida y se levanta mucho más temprano que yo.

Y la anciana dijo:

—Pues entonces, hoy por la noche intenta no dormirte, deja que se duerma primero él, y cuando estés segura de que está completamente dormido, entonces enciende una vela y así le ves por lo menos la cara.

Y eso fue lo que hizo. Cuando estaba segura de que su marido se había quedado profundamente dormido, encendió una vela y le alumbró la cara, y se quedó asombrada. Su marido era de una belleza tal que no se explicaba por qué se escondía de ella y no dejaba que lo viera. Entonces la vela empezó a gotear encima de la cara del marido y éste, al sentir las gotas, se asustó y se despertó gritando, muy enfadado:

—Pero ¿qué haces?, ¿cómo te atreves a desobedecerme?! ¡mala mujer!

Y se levantó de la cama y salió corriendo, pero ella le seguía allá donde iba.

—¡Vete! No soy lo que tú crees —le gritó él.

Y ella le contestó:

—Te pienso seguir a todas partes. No te pienso dejar. La culpa es tuya por haberme raptado, por haberme separado de mi familia.

Y él le dijo:

—Pero no podemos seguir juntos, ¿no ves que soy hijo de Nunya y mi madre no te aceptaría en casa?

Ella dijo cabizbaja:

—Pues tendrá que haber alguna forma de que me acepte como tu mujer, haré lo que sea.

—Sólo re aceptaría si te amamantas de ella. Pero no creo que te gustara hacerlo.

Y ella dijo muy contenta:

—Claro que lo haré.

Y en verdad que lo hizo, y así es cómo conoció a su suegra y se amamantó de ella. Pero la madre no estaba contenta del todo, así que le pidió otra cosa más antes de aceptarla en su casa:

—Toma esta jarra y llénamela con tus lágrimas.

Y la muchacha dijo:

—De acuerdo.

Y cogió la jarra, pero no sabía cómo llenarla toda de lágrimas. Pensó que necesitaría muchísimos días hasta haberla llenado. Entonces se acordó de todos los animales que tenían en el cotral, y pensó:

—Estupendo, les contaré el cuento más triste que conozca, les haré llorar y entre todos me llenarán la jarra.

Y eso es lo que hizo, y entonces su suegra la aceptó.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

El manzano sagrado

Fatima

Había una vez un reino que se llamaba el reino del Manzano Sagrado, y el rey era viejo y estaba siempre de mal humor, sobre todo últimamente, porque no podía por nada del mundo cazar al pájaro que se comía las manzanas del manzano sagrado. Y el manzano era sagrado porque sólo podía comer sus manzanas el rey, nadie más de la familia real podía probarlas. Así que como el rey veía que no podía cazarlo él, porque tomaba unas medicinas que le hacían dormirse tan profundamente que se levantaba tardísimo todos los días, decidió un día hacerles a sus dos hijos una prueba, porque, como los dos tenían la misma edad y no podían reinar a la vez, el rey pensó que era la oportunidad de ver quién podía ser el sucesor. Así que los llamó a palacio, y los hijos se presentaron rápidamente, un poco asustados, porque pensaban que se trataba de alguna regañina. Y el rey les dijo:

—Hijos míos, ya va siendo hora de pensar en el nuevo heredero. Uno de vosotros tendrá que sustituirme, y tenemos que ver quién.

Los hijos se quedaron sin saber qué decir. Uno que quería ser rey, y era el favorito, y siempre había deseado ser el sucesor, informaba al rey de todas las travesuras que hacía el otro, quien más de una vez recibió castigos muy duros por su culpa. El rey, además, pensaba que éste no sería un buen heredero, porque era demasiado bondadoso, poco estricto, y que eso no convenía para el futuro del reino.

El malo preguntó:

—Entonces, ¿qué prueba es?

—Tenéis que cazar a ese maldito pájaro que viene todas las noches a comerse las manzanas de nuestro manzano sagrado.

El hijo malo gritó:

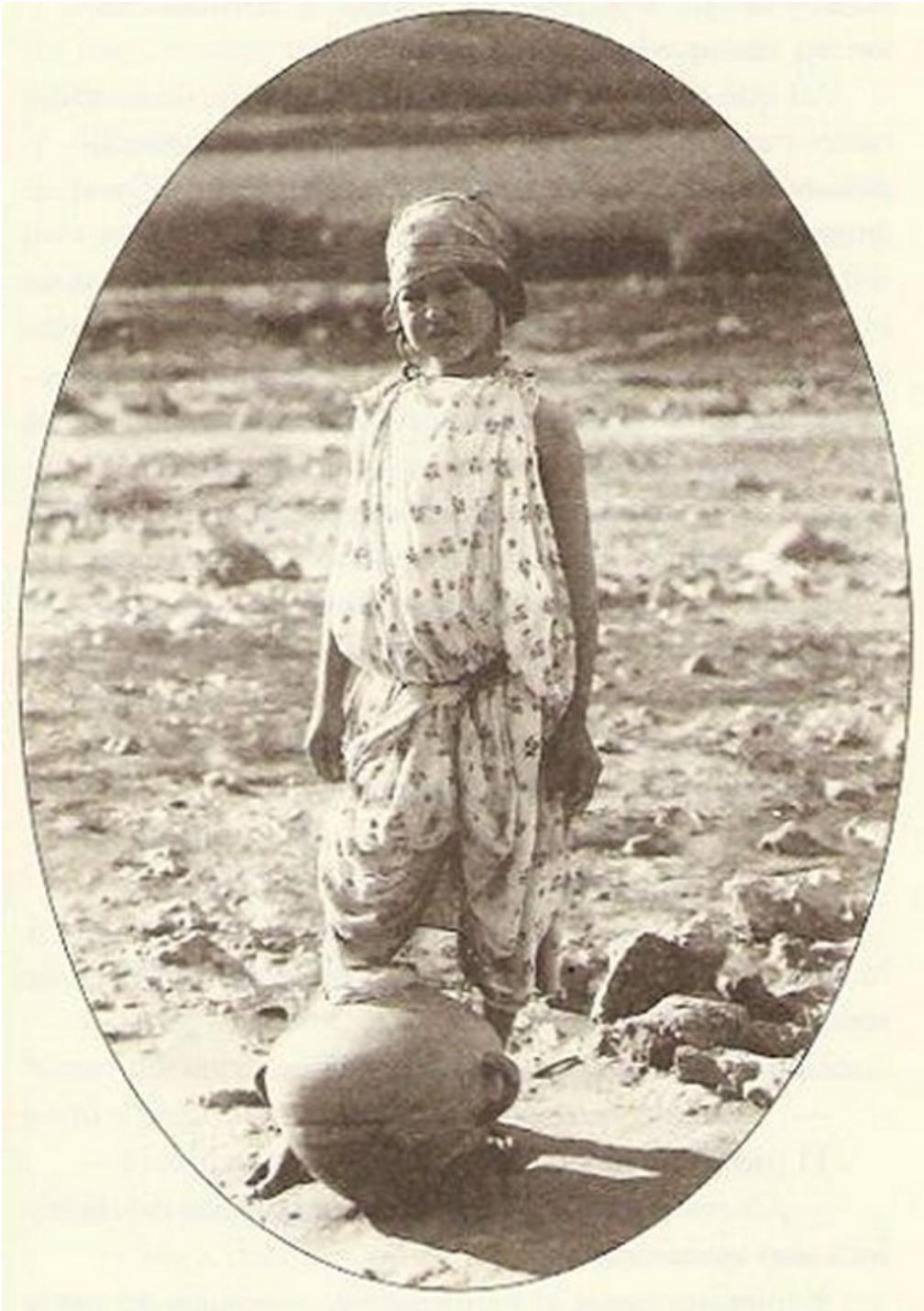
—¡Eso está hecho!, yo me ocupo de que no vuelva a cantar en la vida.

El otro preguntó:

—Y ¿cómo sabes que es un pájaro?

El rey contestó:

—Porque le oigo cantar, y cada día canta más fuerte. Quiero que empecéis esta misma noche, y quiero ver a ese pájaro vivo o muerto mañana mismo. Me lo voy a comer, y no va a quedar de él ni los huesos. ¡Vamos!, ¿a qué esperáis? Y tú —le dijo al malo—, no te vayas todavía que quiero hablar contigo.



Archivo Central de Melilla

El otro hermano, que entendió que quería hablar a solas, se despidió de su padre y se fue.

—Sabes que siempre he deseado que reines tú, así que como te gane tu hermano, te voy a mandar muy lejos de aquí, tan lejos que no volveré a

verte nunca más.

—No te preocupes, sabes muy bien que él es un miedoso y un cobarde, así que no va a resistir pasar la noche a la intemperie. Ni siquiera va a querer participar.

Pero el hermano bueno, que sabía que estaban tramando algo, se las arregló para escuchar lo que estaban diciendo éstos. Y lo que le molestó no fue que su hermano fuese a ser rey, sino que hablaran así de él.

Así que el hermano malo tomó varias infusiones excitantes para no dormirse, y se puso a hacer la guardia. Y pasó un rato, y otro rato, y el pájaro no aparecía, y él se empezó a cansar y comenzó a entrarle sueño.

Y es que el pájaro no aparecía porque el hermano bueno se había escondido detrás de unos árboles antes de que llegara el otro con un saco lleno de gusanos, y los gusanos habían atraído la atención del pájaro, y cuando el pájaro estaba cerca de los gusanos, a punto de comérselos, de repente el hermano bueno salió de detrás del árbol, lo cogió, lo metió en un saco y se lo llevó a su casa.

Al día siguiente, el hermano malo no había pegado ojo y estaba desesperado, así que se fue a su casa, y su padre, que le estaba esperando, le dijo:

—Adelante, espero que me traigas buenas noticias.

Y el hijo, casi llorando, le contestó:

—No he podido cazar al pájaro.

El padre empezó entonces a gritar:

—¡Imbécil!, ¿qué has estado haciendo? ¿No ves que si lo caza tu hermano, hará de este el reino más cobarde de todos los reinos?

El hijo preguntó con mucho miedo:

—¿Y si no lo caza?

El padre volvió a gritar:

—¡Os mataré a los dos! ¿Cómo van a reinar dos inútiles como vosotros?

Y mientras tanto, el hermano bueno jugueteaba todos los días con el pájaro, hasta que se hizo muy amigo del animal, y un buen día le dijo:

—Escúchame. Un día te tendrás que ir muy, muy lejos de aquí, porque no quiero que caigas en manos de mi padre.

El pájaro contestó:

—¡Pero deberías entregarme a él!, es tu oportunidad para ser rey, yo sin embargo tengo una vida muy corta, y no soy útil para nada, y me da igual morirme de una forma u otra, antes o después.

—Pues yo daría lo que fuera por ser tú. Eres libre, te puedes ir, y sobrevivirás en cualquier parte del mundo.

Y como el pájaro no pudo convencer al chico, se despidió de él y se fue. Pero se marchó a casa de la hermana del chico, a quien le contó todo y le pidió ayuda. Y después de mucho pensar y pensar, el pájaro le dijo a la hermana:

—Ya sé lo que podéis hacer.

Ella preguntó:

—¿Se te ha ocurrido algo?

—Sí, ven conmigo y te lo voy contando por el camino.

Le preguntó ella:

—¿Por qué te arriesgas tanto por él?

El pájaro dijo:

—Él me salvó la vida. Ahora me toca a mí ayudarle.

Cuando llegaron al reino, encontraron al hermano bueno durmiendo debajo del manzano, y el ruido lo despertó y preguntó muy sorprendido:

—Pero ¿qué estáis haciendo aquí?, ¿estáis locos?

La hermana dijo:

—Vete a decirle a nuestro padre que fui yo quién se comía las manzanas. A mí no me va a comer cruda, que soy su hija. Y aunque sea todo lo malo que es, no va a matar a su propia hija, porque el pueblo lo odiaría.

Dijo el hermano:

—Pero no te va a creer. ¿No ves que él escucha cantos de pájaro?

—Por eso estoy yo aquí. Me esconderé en su bolsillo y cantaré al mismo tiempo que ella mueve los labios, y le dirá que aprendió a cantar.

Dijeron ellos dos:

—¡Qué buena idea!

Y eso fue lo que hicieron. Y su padre, aunque se avergonzó de su hija, sólo la castigó unos días, pero después con el hermano podía ver todos,

todos los días a su amigo el pájaro, mientras que el malo estaba solo y triste. Hasta que un día el malo se acercó a ellos y les dijo:

—Ahora que sé que jamás seré rey, me gustaría por lo menos estar con vosotros y hacerme yo también amigo del pájaro.

Y contestaron los tres:

—Claro, ven con nosotros.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 28 de abril de 2002

El peregrino a la Meca

Fadela Najah

Este era un hombre, casado con una mujer mucho más joven que él, que ese año tenía que ir de peregrinación a la Meca, pero no se sentía muy convencido de hacerlo porque su mujer estaba embarazada y no quería dejarla sola.^[8] Se sentía muy indeciso, pero tan ilusionado y su mujer le había animado tanto a peregrinar, que estuvo ahorrando todo el año para hacer el viaje. La mujer le dijo:

—Vete, yo puedo arreglármelas sola.

Y dijo el marido:

—Bueno, pero prométeme que si tienes algún problema o necesitas cualquier cosa acudirás a mi amigo, él te ayudará en todo, estoy seguro.

—De acuerdo, no te preocupes por nada.

Le compró toda la comida necesaria para unos días y acudió en busca del amigo para decirle que fuera a visitar a su mujer cuando le hiciera falta. Y a los pocos días partió de viaje. El amigo no tardó en ir a ver a su mujer, pues al poco tiempo le hizo una visita, pero se extrañó mucho al verla embarazada, y exclamó:

—¿Pero cómo ha podido dejarte así, en mitad del embarazo? Siento decirte que el niño no saldrá entero; para que salga entero tiene que estar el padre cerca del niño y sentir su presencia.

Y ella le suplicó muy nerviosa:

—¡Oh, no me digas! No quiero tener un niño incompleto así que necesito tu ayuda, lo tenemos que solucionar.

—No quiero que te preocupes; por mi amigo haré lo que sea, yo haré de padre y dormiré todos los días contigo, así el niño sentirá la presencia del padre.

Y eso fue lo que hicieron, todas las noches estuvo yendo a su casa hasta que nació el niño.

Y entonces acabó la peregrinación y llegó el padre cuando el niño ya había nacido.

El marido le preguntó:

—¿Qué tal ha ido todo? ¿Cómo se portó mi amigo?

Y ella, muy orgullosa, contestó:

—Oh, muy bien. Nuestro hijo nació entero gracias a él.

Él volvió a preguntar muy sorprendido:

—¿Cómo que nació el niño gracias a él?, ¿qué quieres decir con eso?

Y la mujer contestó dando muestras de resentimiento:

—Sí, él venía todos los días a dormir conmigo porque si no, nuestro hijo habría nacido incompleto; no entiendo que sabiendo tú todo esto te fueras tan tranquilo.

El marido no sabía qué contestar, se sintió de repente presa de una gran rabia e impotencia y se le pasaron por la cabeza varias ideas para vengarse de su amigo.

Entonces, mientras pensaba cómo se iba a vengar de él, el marido dijo:

—Bueno, tranquila. Me alegro de que te haya ayudado tanto.

Y fue a buscar a una vidente para que le ayudara. Ésta le propuso un plan que él aceptó sin poner pegas.

Al día siguiente, la vidente fue a la casa del amigo y llamó a la puerta:

—Hola, soy tu vecina —dijo a la esposa del amigo—, soy nueva en el barrio, no conozco a nadie de aquí y estoy celebrando una boda; me gustaría invitarte.

Y ella respondió:

—Oh, pero tendré que arreglarme para el acontecimiento.

La vidente le propuso:

—No te preocupes, yo también tengo que hacerlo, así que ¿por qué no vamos las dos a los baños y nos arreglamos juntas?

Llegaron a los baños, pero antes la vidente lo había preparado todo para que no hubiera nadie. Entraron y mientras la esposa del amigo del peregrino se desnudaba se le cayó una pulsera de oro muy valiosa. La buscó por todas partes pero no aparecía, pues la vidente la había encontrado antes y la había escondido.

Entonces la vidente le aconsejó:

—Tengo una idea, iré a ver al dueño, seguro que él conoce todos los rincones de los baños y nos podrá ayudar a encontrarla.

—De acuerdo.

Mientras ella seguía buscando la pulsera, entró de pronto el peregrino y la empezó a tocar por todas partes: pensó que era lo que el amigo había hecho con su mujer y que así quedaba en paz con él. Cuando creyó que ya era suficiente, sacó la pulsera y se la dio:

—¡Aquí está la pulsera!

Y ella le dijo:

—Gracias, muchas gracias.

Luego el peregrino fue en busca del amigo, llamó a la puerta y le dijo:

—Hola amigo que completa los niños incompletos.

—Hola amigo que encuentra pulseras desaparecidas.

Y éstas fueron las últimas palabras que se cruzaron.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Las dos amigas

Fadela Najah

Estas eran dos amigas inseparables. La más guapa de las dos se echó un novio que después de dejarla embarazada la abandonó. Estuvo varios días muy triste pero su amiga la animó para que siguiera con el embarazo.

Pasaron los días y conoció a un millonario que le pidió casarse con él. Ella no sabía qué hacer, puesto que al matrimonio tenía que ir virgen^[9] y ella estaba embarazada. Como no quería dejar pasar la oportunidad de casarse con alguien con el que no le iba a faltar de nada económicamente, no tuvo más remedio que recurrir a la ayuda de su amiga.

Así que ella escuchó y luego le aconsejó:

—Pues cástate con él.

—¿Cómo? Si estoy embarazada, se dará cuenta, sabrá que no soy virgen y la misma noche de bodas me repudiará y toda la gente del barrio hablará de mí y estaré marcada durante toda mi vida. Nadie me querrá nunca.

La amiga le prometió:

—No te preocupes, yo te ayudaré, tú sólo dile que sí quieres casarte con él y déjalo todo en mis manos, verás como todo sale bien.

Llegó el día de la boda y se puso su traje de novia. No se le notaba el embarazo, pero no sabía cómo demostrar que era virgen.

Ya en la noche de bodas, sin que su marido se diera cuenta, se las arreglaron las dos para que la amiga se hiciera pasar por ella. Todo salió bien, incluso siguieron la estrategia hasta que llegó el embarazo a su fin.

Suerte que el día del parto el marido estaba de viaje. Así dio a luz, pero tenían que hacer algo con el bebé.

La amiga le aconsejó otra vez:

—Vamos a trocearlo y nos lo comeremos, seguro que nadie se da cuenta.

Así lo hicieron, nadie se enteró de nada y menos el marido, que casi nunca estaba en la casa.

Después de tantas visitas, la amiga se dio cuenta de que se estaba enamorando del criado de la recién casada.

—No te preocupes —le dijo ésta—, yo te ayudaré igual que lo hiciste tú cuando te necesité.

La amiga le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

La otra le respondió:

—Hablaré con él, es mi criado y tiene que obedecerme.

Seguidamente fue a buscar al criado a su habitación y le dijo:

—Vas a casarte con mi amiga, pero debes conformarte con ella tal como es, si algo no te gustara de ella no te vayas a quejar ni a decirle nada a nadie; si no haces lo que te ordeno puedes perder tu empleo.



Ismoren 1944, 112 Villa Sanjurjo (Alhucemas). Boda rifeña. Grupo de mujeres, familiares, amigas y jóvenes "casaderas", del lugar o venidas del entorno para participar con música y baile durante los tres días que duran las bodas en el Rif. (Archivo Plácido Rubio Alfaro, Málaga).

El criado, viendo que estaba en juego su empleo, asintió con la cabeza y los dos fijaron rápidamente el día de la boda.

Pronto se casaron, y a pesar de ser bastante pobres fueron muy felices, incluso más felices que su amiga a pesar de estar casada con un hombre adinerado.

La amiga se empezó a dar cuenta de todo esto y le empezaron a invadir los celos, no soportaba que su amiga casada con un pobre hombre fuera más feliz que ella, con lo cual decidió de nuevo hablar con su criado:

—Quiero que te deshagas de tu mujer, no la quiero ver nunca más.

El criado se quedó perplejo y le dijo:

—Pero... ¿por qué? ¿Ha hecho algo malo?

—No me importa lo que haya hecho, sólo quiero que desaparezca y te encargarás tú de ello, recuerda que está en juego tu empleo.

El criado no se podía creer lo que estaba pasando, y dijo:

—Pero, ¿qué puedo hacer?

Ella le contestó:

—Quiero que la mates.

El criado se vio entre la espada y la pared, pero como quería mucho a su mujer intentó salvarla llevándosela lejos, a casa de su madre que vivía en una aldea muy, muy lejana. Ella, como no sabía lo que estaba pasando, preguntaba con mucha insistencia:

—Por qué tengo que esconderme aquí, qué está pasando.

Y él decía para tranquilizarla:

—No te preocupes, no tardaré en venir a recogerte y entonces te lo explicaré todo.

El criado volvió a casa de su ama, quien rápidamente le preguntó:

—¿Qué has hecho con ella?

—Está muy lejos, no volverás a verla ni ella a molestarte.

Ella no se lo podía creer y preguntó:

—¿Está viva?

Y el criado contestó:

—Sí, pero te aseguro que no la volverás a ver.

Ella le gritó:

—¡Te dije que la mataras!

El criado fue a recoger a su mujer y le contó todo lo que estaba pasando; ésta no podía creer lo que escuchaba.

—No, no puede ser, es mi mejor amiga y no me puede hacer esto.

Y el marido dijo:

—Yo tampoco entiendo nada.

—Bueno, pues si es así dile que "gracias amiga del alma", que recuerde muy bien que "hemos compartido lo que no se podía compartir y comido lo que no se podía comer". Díselo, por favor —le pidió su mujer con mucha amargura.

Cuando el criado llegó junto a su ama se lo contó todo y a ésta no dejó de invadirla una gran tristeza, le empezaron a brotar las lágrimas y el criado que no entendía nada le pidió que le explicara qué significaba compartir lo incompatible y comer lo que no se podía comer. Ésta empezó a contarle lo sucedido muy nerviosa pero sin saber que el marido había llegado y lo estaba escuchando todo. Ninguno de los dos podía creer lo que oían y ella, cuando se dio cuenta de que estaba presente el marido, sufrió como una especie de ataque, cayó al suelo y se murió.

Pasaron los días y el millonario le pidió a su criado que le cediera a su mujer, pues le había gustado mucho su comportamiento y se estaba enamorando de ella.

—Yo te traeré a todas las mujeres que quieras, podrás elegir a la que más te guste, deja que me case con la tuya.

Y eso fue lo que pasó: el criado cedió a su mujer y volvió a casarse con otra.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Yussef

Mahjouba

Este era un hombre que tenía varios hijos y que amaba especialmente al más pequeño, que era Yussef, a quien quería y mimaba mucho. Un buen día, se fueron todos los hermanos a pescar y, a la vuelta, al pequeño le entró tanta sed que les pidió a sus hermanos mayores que le llevaran a beber al pozo más próximo. Uno de los dos hermanos le contestó:

—Espera un poco, Yussef, que enseguida vas a beber agua.

Cuando llegaron al pozo, lo ayudaron entre todos a bajar, pero lo dejaron allí, pues le tenían envidia por el trato que le daba el padre y estaban deseando quitárselo de en medio. Así que Yussef empezó a gritar desde el fondo del pozo, aunque ninguno le hizo caso, y todos se fueron de allí. Cuando llegaron a su casa, lo primero que hizo el padre fue preguntar por él:

—Y vuestro hermano, ¿dónde se ha quedado?

Uno de los hermanos dijo:

—No sabemos dónde se ha quedado, cuando nos dimos cuenta ya no estaba con nosotros.

Pasó el tiempo, y Yussef aprendió a sobrevivir dentro del pozo, alimentándose de las raíces y del verdín que crecía en sus paredes. Y para dormir usaba trozos de cañas de bambú con los que se hizo una cama que flotaba en el agua.

Mientras tanto, el padre perdía la esperanza de encontrar a Yussef con vida. Aunque ya no creía que le fuera a encontrar, salía todas las mañanas a

buscarlo por todas partes canturreando para ver si le escuchaba. Y así y así, al no encontrarle, le entró tanta pena que se quedó ciego.

Un día fueron a buscar agua al pozo los criados del rey, y se llevaron una gran sorpresa al encontrar a Yussef medio moribundo dentro del pozo. Lo sacaron rápidamente y se lo llevaron al palacio para cuidarlo. Y le cayó tan bien al rey que decidió darle trabajo y dejarlo vivir con sus criados.

Un día, como necesitaban trigo en el palacio, fueron a una de las plantaciones a comprarlo y casualmente la cosecha pertenecía al padre de Yussef. Yussef se dio cuenta desde el principio, pero se cuidó de pasar desapercibido delante de los hermanos. No dejaba de buscar al padre con la mirada: mientras hacía su trabajo, de vez en cuando alzaba los ojos y miraba a ver si localizaba al padre. Pero terminaron de cargar el trigo y el padre no había aparecido por ningún lado.

Sin embargo se las ingenió para volver al día siguiente por su cuenta a buscarlo: se olvidó adrede la balanza del peso y así tuvo una excusa para volver. Y eso es lo que hizo, y cuando volvió al día siguiente, llamó directamente a la puerta de su casa, se tapó con su chilaba, le abrieron y le hicieron pasar sin saber quién era. Buscó desesperado al padre y se lo encontró sentado en una esquina lleno de tristeza, se acercó a él, se sacó su pañuelo del bolsillo y le pidió a su padre que se lo pasara por la cara. Al oler el padre el pañuelo empezó a ver y gritó:

—Eres Yussef, mi hijo... ¡estás aquí!

—Sí papá, por fin estoy contigo.

Le contó todo lo que había pasado y el padre castigó muy duramente a todos los hermanos.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

El erizo y el zorro

Mahjouba

Iban un buen día el erizo^[10] y el zorro paseando tranquilamente y de pronto pasaron por delante de un jardín repleto de muchas, muchas clases de árboles frutales. Ninguno de los dos pudo resistir la tentación de llenarse el estómago con unas frutas tan ricas y tan dulces, así que se colaron por la verja y se pusieron a comer y a comer, hasta que, de repente, el erizo se dio cuenta de que si comía más se le iba a llenar el estómago tanto que no iba a poder salir por la verja. Entonces dejó de comer e inmediatamente avisó al zorro que hiciera lo mismo. Pero su amigo estaba disfrutando tanto que no le hizo caso, y siguió comiendo y comiendo, y sólo al sentirse muy satisfecho, decidió marcharse, pero se llevó una gran sorpresa al comprobar que realmente no podía salir. Su estómago estaba tan hinchado que resultaba imposible. Y el zorro empezó a figurarse qué le podía pasar cuando lo descubriera allí el jardinero. Así que tuvo que pedirle consejo al erizo. Y el erizo contestó:

—Lo mejor es que no te preocupes. En cuanto llegue alguien al jardín, hazte el muerto.

Y cuando al poco tiempo llegó el jardinero, el zorro se hizo el muerto, el jardinero lo agarró por el rabo y lo tiró fuera del jardín.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

La mujer vaca

Mahjouba

Este era un hombre casado con dos mujeres que tenía dos hijos con cada una de ellas. Un día, las dos mujeres fueron a buscar agua al pozo. Y cuando estaban de camino, pasaron por una pradera que les llamó mucho, mucho la atención porque estaba llena de muchísimos árboles frutales, de muchísimos cereales, y de distintas verduras. Una de ellas dijo a la otra:

—¡Qué paisaje tan bonito!

Y la otra dijo con pena:

—Sí, si pudiéramos pasar y comer lo que quisiéramos...

—Se me ocurre una idea. Te voy a poner una cuerda al cuello, te voy a pegar con mi cinturón y te vas a transformar en una vaca, entonces te podrás meter en la pradera. Y cuando hayas comido hasta que no puedas más, soltaré la cuerda, te pegaré con mi cinturón y ya verás cómo te vuelves otra vez tú. Luego tú harás lo mismo conmigo.

Y eso fue lo que hicieron. Pero la mujer nunca desató a la vaca ni le pegó para transformarla de nuevo en una persona, sino que se la llevó así, de vuelta a casa, y cuando llegó los hijos fueron rápidamente a su encuentro:

Y todos preguntaron:

—¿Dónde está nuestra madre?

Ella contestó:

—¿De qué madre me habláis? ¡Ésta es vuestra madre!

Y ellos se quedaron tiosos. Pensaron que aquella mujer estaba loca y esperaban verla aparecer de un momento a otro. Pero la mujer les contó la historia... a medias, porque añadió:

—...y cuando hice lo mismo para convertirla en persona, por mucho que le pegaba, no pasó nada.

La mujer vaca no hacía más que mugir y mugir, y sus pobres hijitos no se separaban de ella ni un momento.

Y así llegó un día en que el padre se quiso deshacer de la vaca, y decidió venderla.

La mujer le dijo:

—No, no la vendas. Mejor la sacrificaremos.

Pero el marido no le hizo caso y dijo que iba a venderla en el zoco. Sin embargo antes de que éste se fuera con la vaca hacia el zoco, la mujer salió de la casa y empezó a gritar fuertemente:

¡Oh, Dios! ¡Oh, humanos!

Esa vaca no se puede vender,
sólo sacrificar.

El marido, al escuchar aquello, se asustó y volvió rápidamente a su casa. Pero su mujer, que había corrido más, ya estaba allí y le preguntó:

—¿Qué te ha pasado que vuelves tan pronto?

—No sé, pero he oído una voz muy rara por el camino que me dice que no debo vender la vaca, que es mejor que la sacrifique.

—Ya te lo había advertido yo, no sé por qué nunca me haces caso.

Así que esperó al siguiente día de zoco y emprendió de nuevo el camino con la vaca. Y cuando iba por la mitad del camino, otra vez la mujer escondida entre los montes empezó a gritar:

¡Oh, Dios! ¡Oh, humanos!

Esa vaca no se puede vender,
sólo sacrificar.

Así que otra vez se volvió él a su casa asustado, y la mujer ya lo estaba esperando:

—¿Por qué insistes tanto? ¡Vamos a sacrificarla de una vez!

Pero el marido esperó, y cuando llegó nuevamente el día del zoco, condujo a la vaca por tercera vez con intención de venderla. La mujer otra vez se le adelantó y gritó esta vez con más fuerza:

¡Oh, Dios! ¡Oh, humanos!

Esa vaca no se puede vender,
sólo sacrificar.

Así que el marido volvió a su casa y sacrificó a la vaca.

La mujer avisó a sus hijos de que cada vez que vieran un hueso de la vaca, lo guardaran, porque quería enterrarlos todos en el mismo lugar. Pasaron los días y en el sitio donde enterraron los huesos creció por sí solo un panal de rica miel, y los hijos de la mujer vaca se acercaban todas las mañanas a comer tan sabroso y buen alimento, y cuanto más miel comían más guapos y saludables se volvían, hasta que un día la madrastra les preguntó:

—¿De qué os alimentáis últimamente que tenéis tan buen aspecto?

Uno de los hijos de la mujer vaca contestó:

—Vamos al río todos los días y comemos ranas.

—Pues a partir de mañana os ordeno que llevéis también a mi hija.

Y eso fue lo que hicieron: al día siguiente se fueron con la hermanastra a coger ranas. Cuando la niña quiso cazar una, le saltó a la cara y la dejó tuerta. Y volvieron a casa, y cuando llegaron, la madre se llevó una desagradable sorpresa al ver que su hija estaba medio ciega:

—¡Os voy a matar!, ¡sois unos bastardos!, ¿qué le habéis hecho a mi niña?

Pero uno de los niños le contestó:

—Nuestra hermana no sabía cazar ranas, así que en vez de esperar a que le enseñáramos, se fue encima de una que le arrancó el ojo.

—Pues mañana quiero que os la llevéis de nuevo y le enseñáis cómo se cazan y se comen ranas.

Al día siguiente se llevaron a la chica al río, que estaba *{exagerando}* lleno de ranas. Le hicieron a la niña que se acercara a la orilla sola, y en un

momento resbaló y se cayó al agua, y nunca más volvió a salir. La madre, al ver que no llegaba con ellos dos, se puso a gritar:

—Pero ¡¿y mi hija?!

Y lo que contestó uno de los hermanos fue:

—Le gustaban tanto las ranas que se volvió una de ellas.

Y entonces, lo único que pensó la mujer fue que Dios era grande y que le había hecho pagar el daño que había causado a la madre de aquellos dos niños.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 31 de Julio de 2002

Las tres amigas

Mahjouba

Estas eran tres chicas muy amigas entre sí. Siempre, siempre estaban juntas, y juntas iban a todas partes.

Un buen día que se levantaron muy temprano para ir a buscar leña, empezaron a andar hasta que llegaron cerca de una casa que tenía un inmenso huerto con todo tipo de cereales, árboles frutales y de todo. Cuando estaban ya mucho más cerca del huerto empezaron a hablar en voz alta, mientras cogían la leña, y así una de ellas se puso a gritar:

—Si el dueño del huerto se casa conmigo, le haré un cuscús con sólo un grano de sémola.

Y otra gritó:

—Pues si se casa conmigo, le haré una chilaba con una sola madeja de lana.

Y la tercera gritó:

—Pues si lo hace conmigo le daré un hijo que tendrá de oro el dedo gordo del pie.

Mientras tanto, el dueño del huerto lo oyó todo.

Pasaron los días y el buen hombre las pidió a las tres en matrimonio. Y se casó con ellas y las puso a prueba para ver si hacían lo que le habían prometido. A la primera le dio un grano de sémola y le dijo:

—Toma, prepáranos el cuscús.

Ella le contestó:

—Pero si no puedo hacer un cuscús con un solo grano de sémola.

Luego se dirigió a la segunda, le dio una madeja de lana y le dijo:

—Toma la lana. Ahora hazme la chilaba que me prometiste.

La segunda tampoco fue capaz de hacerle una chilaba con una sola madeja de lana tal como le había prometido.

Ahora sólo faltaba la que le había prometido darle un hijo con el dedo gordo del pie de oro. Fueron pasando los días y se quedó embarazada. Y cuando llegó el día del parto, las dos amigas no la dejaron sola ni un momento. Dio a luz y tuvo un hijo guapísimo y con un dedo del pie de oro. Las dos amigas no pudieron contener su rabia y su envidia:

Una de las amigas dijo:

—¿Qué vamos a hacer ahora? Como ella ha cumplido su palabra, la va a querer más que a nosotras.

La otra respondió:

—No te preocupes. Ya estoy pensando en lo que vamos a hacer.

Al rato, mientras la madre dormía, cogieron al bebé, le quitaron un dedo y se lo metieron a la madre en la boca. Al niño se lo llevaron al corral y lo tiraron a la perra.

La madre se despertó al rato con toda la boca llena de sangre, no sabía lo que le había pasado. Empezó a buscar a su bebé, pero no lo encontraba por ningún lado. Mientras, ellas empezaron a gritar:

—¡Es un monstruo!, ¡se ha comido a su hijo!

La madre de la criatura se puso a gritar sin parar:

—¡Dios mío!, ¡me he comido a mi bebé cuando estaba dormida!, ¡me he comido a mi bebé durante el sueño!, ¡no me acuerdo de nada!, ¡cómo he podido hacer esto!

Mientras tanto, las otras dos corrieron a avisar al marido:

—Mira lo que ha hecho este monstruo: se ha comido al bebé recién nacido, todavía tiene restos de sangre en la boca.

La madre no dejaba de llorar y de gritar:

—¡No sé lo que ha podido pasar! ¡Os prometo que no me acuerdo de nada!

Y el marido chillaba:

—Eres peor que un animal, ¡te has comido a tu propio hijo!

Y ella gritaba:

—¡No me acuerdo de nada!, ¿qué le ha pasado a mi bebé?

El marido le ordenó entonces:

—A partir de ahora serás como un animal, te trataremos como un animal, dormirás, comerás con los animales y encima cuidarás de todos ellos.

Las otras dos no dejaban de gritarle:

—¡Eres un verdadero monstruo!, ¡has devorado a tu hijo!

Mientras tanto, la perra se llevó al bebé y lo abandonó en la orilla de la playa justo cuando pasaba un pescador con su barca. Éste lo vio todo, así que cogió al bebé y lo adoptaron él y su mujer.

El niño tuvo suerte porque cayó en manos de una familia que pudo criarlo, incluso mandarle a una escuela coránica. Pero los amigos del barrio no dejaban de decirle que él no era de allí, sino que su padre lo había traído de muy lejos. Hasta que un día la madre se dio cuenta de que llevaba muchos días triste:

—Hijo mío, ¿te pasa algo?, ¿por qué estás así de triste?

—Estoy triste porque la gente no deja de decirme que yo soy como un extranjero en este pueblo, que no he nacido aquí sino que mi padre me trajo de pequeño de otra aldea muy lejana. Tengo que saber la verdad, necesito que me lo cuentes todo.

Así que la madre le contó por fin toda la verdad.

—Madre, gracias por contármelo, a pesar de todo seguirás siendo mi madre siempre.

Al día siguiente lo preparó todo, cogió su caballo y partió a la que se suponía que era su aldea. Una vez allí, empezó a gritar:

—¡Necesito saber quién es la mujer que devoró a su hijo!

Algunos le respondían:

—Sí, hemos oído hablar de ella. Pero vive un poco lejos de aquí.



Arbaa de Taurit, Alhucemas, Boda rifeña 1954. (Archivo Plácido Rubio Alfaro, Málaga).

Entonces retomaba de nuevo el camino y volvía a gritar:
—¡Necesito saber quién es la mujer que devoró a su hijo!
Algunos le contestaban:

—Si sigues caminando un poco más encontrarás la aldea donde vive esa malvada mujer.

Siguió andando y gritando:

—¡Necesito saber quién es la mujer que devoró a su hijo!

Le respondió de pronto una voz:

—Esa mujer soy yo.

Él le preguntó:

—¿Te has comido a tu propio hijo?

—Sólo Dios sabe qué pasó.

Preguntó el chico:

—¿Dónde vives?

—Mi casa está justo allí enfrente, pero yo vivo con los animales y nunca me dejan entrar.

El chico se acercó a la puerta, llamó y le abrió el padre. Entonces el chico dijo:

—Buenos días, buen hombre, soy el invitado de Dios, y necesito hacer mis abluciones y mis rezos y descansar un poco.^[11]

El padre cruzó con él unas palabras y al darse cuenta de que era un hombre muy instruido en el Corán decidió invitarlo.

El marido le dijo a sus mujeres:

—Esta noche tenemos un invitado, preparad una buena cena.

Por la noche, cuando estaba todo preparado para cenar, el invitado pidió que llamaran a la mujer del corral. Una de las mujeres le dijo:

—No, ella no puede comer con nosotras, es una mujer sucia, se merece estar con los animales.

Él contestó:

—Aunque sea una mujer sucia no debe ser despreciada, es hija de Dios como nosotros.

Ya en la madrugada, pidió bastante agua para sus abluciones, la guardó y se la llevó a su madre:

—Toma, lávate bien y ponte ropa limpia.

Por la mañana, cuando las dos mujeres vieron lo limpia que estaba la tercera no se lo pudieron creer y empezaron a sospechar del invitado, así que se acercaron a él y le dijeron.

—No debes cuidar tanto de ella.

Él respondió:

—¿Por qué?, ¿porque se comió a su hijo?

El marido contestó:

—Sólo Dios lo sabrá.

—Entonces, si es Dios el que lo sabe todo, ¿cómo has podido permitir que la maltraten de esa forma?

El marido contestó otra vez:

—Sólo lo sabe Dios.

El chico dijo:

—Necesito que me expliques por qué la has tratado así.

El marido no supo qué contestar.

El muchacho dijo:

—Bien, si vieras al hijo que supuestamente ha devorado, lo reconocerías.

El hombre respondió:

—Sí, de oro tenía el dedo gordo del pie.

El chico se quitó los zapatos y le mostró al padre el dedo de oro.

La madre y el padre se pusieron a gritar:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡si es mi hijo!

Se empezaron a abrazar sin parar, la madre no se explicaba lo que estaba pasando.

—Mamá, estas dos son las responsables de todo, y ahora dime cómo quieres vengarte de ellas.

—Hijo mío, sólo quiero que sufran como yo he sufrido. A partir de ahora serán ellas las que vivirán con los animales.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Nunya y los dos hermanos

Karima Alganmi

Este era Idir, un agricultor que tenía dos mujeres, una se llamaba Timuch y la otra Rkia, y también dos hijos, [\[12\]](#) un chico y una chica, uno de cada mujer. Pues sucedió una mañana de invierno en que Idir tenía que ir a sembrar habas, que salió al campo con las habas, pero a mitad de camino le entró tanta hambre que se las comió. Cuando regresó a casa, una de las mujeres le preguntó:

—¿Las sembraste todas?

Él respondió:

—Sí.

Llegó el tiempo de la recolección, y Timuch y Rkia salieron de casa a recoger su cosecha de habas, se montaron en sus respectivos burros, Timuch con su hijo y Rkia con su pequeña, y le pidieron a Idir que les explicara dónde estaban exactamente sus sembrados. El marido les dijo que para distinguir sus habas, las tenían que medir con su bastón, y las que tuvieran la misma longitud que el bastón, ésas serían. Después de mucho medir estas y aquellas habas, las mujeres no encontraron ninguna igual de grande que el bastón, pero siguieron midiendo y caminando hasta que llegaron a un sitio donde las habas eran como el bastón. Así que empezaron a recogerlas. Pero entonces, de pronto, un burro empezó a rebuznar: era el burro de Nunya que la avisaba de que había dos extrañas llevándose sus habas. Luego empezaron los gallos a cacarear, queriendo decirle a Nunya lo mismo, que dos desconocidas le estaban quitando su cosecha. Así que

Nunya acabó asomándose a ver por qué había tanta bulla. Vio a Timuch y Rkia, y les gritó:

—¡Adelante, adelante, por mí podéis coger todas las habas que queráis, que todo lo mío es vuestro!

Pero lo que Nunya pretendía en realidad era ganarse la confianza de las mujeres para comérselas después.

Y Nunya las invitó:

—¿Por qué no venís a probar el cuscús que estoy preparando?

A Timuch y a Rkia les pareció bien. "¡Qué señora tan agradable!", se dijeron, y aceptaron la invitación y se quedaron a comer.

Para entonces, Nunya ya había matado a los burros de las dos mujeres y había echado su carne al cuscús. Al probarlo, Timuch se dio cuenta de que la carne le sabía extraña y dejó de comer, pues sospechaba algo raro. Rkia, sin embargo, siguió comiendo: le encantaba la comida que había preparado Nunya. Timuch empezó a ponerse nerviosa, a sospechar de la mujer que las había tratado tan amablemente, y Nunya, que se dio cuenta, prefirió revelar quién era realmente, y entonces les dijo que no saldrían vivas de su casa, ni ellas ni sus pequeños.

En cuanto lo oyó, Timuch se puso a tramar cómo salir de allí con vida.

Timuch preguntó a Nunya:

—¿Y nos vas a dejar por lo menos trabajar para ti? Te podemos traer agua del pozo, leña, incluso cazar, queremos ser útiles.

Nunya contestó:

—¿Y cómo voy a estar segura de que no escaparéis?

Timuch dijo entonces:

—Cada vez que vayamos a salir, nos atarás una cuerda larga al tobillo, y así sabrás que no podremos ir más lejos de lo que dé la cuerda.

Nunya pensó que no era mala idea, que antes de comérselas podían hacer un montón de tareas por ella, así que las mandó primero ir a por agua.

Antes de partir, Timuch insistió en llevarse a su niño, mientras que Rkia, que no pensaba en la posibilidad de escapar, dejó a su niña en casa de Nunya. Así que salieron las dos y anduvieron y anduvieron hasta que se terminó la cuerda, y entonces Timuch se soltó, ató la cuerda a una

chumbera y le dijo a Rkia que hiciera lo mismo y que echara a correr. Pero Rkia contestó que no podía, que se negaba a abandonar a su pequeña.

Timuch dijo:

—Rkia, no te preocupes por eso ahora. Si nos salvamos nosotras, ya mandaremos a alguien a por tu niña.

Y Rkia terminó por aceptar.

Al ver Nunya que las mujeres tardaban en volver, empezó a tirar de las cuerdas y vio que se resistían. Al descubrir la burla, Nunya gritó:

—¡Me han engañado!

Entonces clavó la mirada en la niña de Rkia y se alegró pensando: "Bueno, supongo que tendrán que volver pronto si no quieren perder pata siempre a esta criatura".

Pero pasaba el tiempo y nadie iba a salvar a la niña. Nunya decidió criarla para quedársela de esclava cuando fuera mayor. La estuvo cuidando como si fuera su propia hija años y años.

El hermano de esta niña supo un día por sus amigos que tenía una hermana, y que su hermana se la había quedado Nunya. Le pidió a su madre que se lo contara todo, y ella se lo contó, explicándole lo que había pasado, y él, al día siguiente al amanecer, partió en busca de su hermana. Llegó a casa de Nunya y esperó, y cuando estaba seguro de que ella no estaba, fue a llamar a la puerta. La hermana abrió la puerta y le preguntó:

—¿Querías algo?

Él contestó:

—Soy tu hermano y he venido a rescatarte.

—¿Mi hermano? Pero si yo no tengo ningún hermano. ¿Rescatarme de quién?

Él dijo:

—¿Pero es que no sabes que ella no es tu madre, que te raptó hace tiempo? ¡Vamos!

Y dijo ella:

—¿Y tú cómo sabes que no es mi madre?

El hermano dijo:

—Porque si lo fuera, tú también comerías a las personas como ella.

Ella se quedó pensativa y un poco dudosa.

—Bueno, pero ahora tienes que esconderte en este baúl, ¡rápido!, porque está a punto de llegar.

Entonces, al meter al niño en el baúl, la niña descubrió que Nunya guardaba allí escondidas varias faltriqueras, pero como estaban cerradas no había forma de saber qué tenían. Y, además, enseguida regresó Nunya.

Poco después de entrar en la casa, Nunya sintió un olor extraño. Y preguntó:

—¿Hay alguien más en casa?

La niña dijo:

—No, mamá, sólo estamos nosotras.

Al rato la niña quiso saber:

—Mamá, ¿qué tienen las faltriqueras que guardas en el baúl?

—No debería, pero te lo voy a decir. Una tiene pinchos, muchos pinchos; la otra un montón de niebla y, de la última, si la abres, saldrá de golpe un enorme río caudaloso.

—Mamá, y..., cuando duermes, ¿cómo puedo saber que de verdad estás dormida del todo?

—Pero hija mía, ¿te pasa algo?, ¿por qué de pronto me haces tantas preguntas?

—Sólo era para conocerte un poco mejor.

—Bueno, pues cuando estoy dormida del todo, se oyen las voces de muchos animales que viven dentro de mis tripas, el rebuzno de los burros, el gruñido de los jabalíes, el rugido de los tigres, el maullido de los gatos..., así que cuando escuches todos estos ruidos querrá decir que estoy profundamente dormida.

Cuando cayó la noche, la niña se escondió cerca de Nunya y en el momento en que empezó a oír las voces de los animales avisó a su hermano, cogieron las faltriqueras y echaron a correr lo más rápido que podían.

Al mismo tiempo que corrían, le iban preguntando a la luna:

—Luna, ¿qué hace Nunya en este momento?

Y la luna contestó:

—Todavía duerme.

Le volvieron a preguntar:

—Luna, ¿qué está haciendo Nunya ahora?

—Se está levantando.

—¿Y ahora, luna, qué hace ahora?

Contestó:

—Os empieza a echar en falta.

—Luna, ¿y ahora, qué hace?

—Os está persiguiendo y muy pronto os alcanzará.

En cuanto la niña vio a Nunya a lo lejos, abrió la faltriquera de los pinchos y los esparció para que no pudiera pasar. Pero Nunya supo cómo quitar los pinchos uno a uno y acercárseles tanto que la niña se vio desesperada y abrió otra faltriquera y de pronto surgió una gran niebla. Pero tampoco fue un obstáculo para Nunya, pues mientras corría la iba absorbiendo. Así que la niña sacó la última faltriquera, la abrió y de pronto irrumpió un gran río caudaloso que separó a Nunya de los niños. Nunya intentó cruzarlo, sin darse cuenta del peligro que ello suponía, y así pasó que las corrientes la arrastraron hasta lo más profundo y Nunya desapareció para siempre.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Kilish

Mahjouba

Este era un hombre casado con siete mujeres que no podían tener hijos, y que también tenía siete yeguas, y ninguna de ellas podía parir. Así que fue a buscar a un viejo sabio para ver si le podía ayudar. Y el sabio le regaló siete manzanas y siete fustas.

Cuando el hombre volvía a casa y pasaba por delante de una aldea, le salió un perro, y le pegó con una fusta, que se le rompió. Así que se quedó con seis fustas y media. Y a medio camino le entró mucha sed y se comió media manzana, así que se quedó con seis manzanas y media.

Luego llegó a su casa y dio una manzana a cada una de las mujeres, y a la séptima le dio media. Y pasó una fusta por encima a cada caballo, y al séptimo le acarició pero con la media fusta.

Las mujeres entonces dieron todas a luz una criatura, salvo la séptima, que tuvo media.^[13] Y nacieron también siete potros, pero el séptimo era medio.

El niño del defecto se llamaba Kilish y sus hermanos se pasaban todo el tiempo riéndose de él y siempre lo dejaban cuidando el rebaño. Un día, Kilish se montó en un caballo, empezó a galopar como si fuera un avión, y se perdió. Y se lo encontró Zusra quien dejó que se quedara a vivir en su casa. Mientras tanto, los otros hermanos no hicieron nada por buscarlo. Kilish vivió una temporada con Zusra, hasta que un día él mismo se fue a casa de sus hermanos, y les contó con quién había estado viviendo, y los

hermanos, que seguían queriendo quitárselo de encima, le dijeron que no le iban a dejar entrar en casa a no ser que volviera trayendo a Zusra.

Kilish [llegó a casa de Zusra y] cogió una gallina y con una vara la empezó a arrear camino de su casa. Y la gallina se puso a gritar:

—¡Que Kilish me roba, que me roba Kilish!

Pero Zusra se dijo:

—No puede ser, si Kilish no está aquí.

Kilish llegó de vuelta a casa y les dijo a sus hermanos:

—Aquí os traigo la gallina de Zusra.

Pero ellos contestaron:

—No, nosotros la queremos a ella.

Y Kilish les dijo:

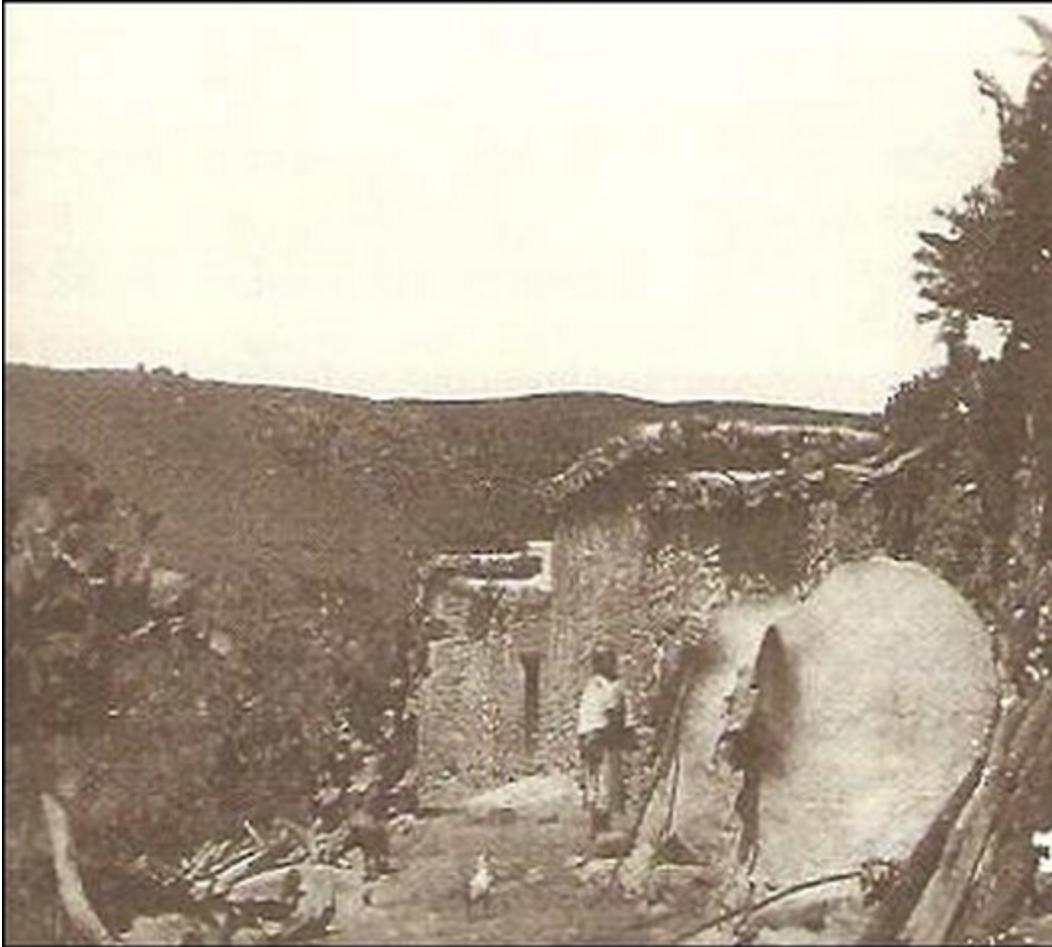
—Entonces tenéis que darme un burro y una caja.

Y Kilish enseñó al burro a arrear cuando le dijera "so", y se volvió a casa de Zusra gritando, para llamar la atención:

—¡Yo soy alguien capaz de hacer pequeño lo grande, y grande lo pequeño!

Zusra oyó aquellos gritos, salió de casa y pidió:

—A mí, hazme pequeña.



Vivienda rifeña -Zona de Axdir- 1932. Villa Sanjurjo (Alhucemas). Clásica casa de las cábilas rifeñas, solitaria, con los hornos junto a la vivienda y ésta rodeada de pitas, chumberas y de algún que otro árbol o arbusto autóctono. (Archivo Plácido Rubio Alfaro, Málaga).

La hizo pequeña, la metió en la caja, puso la caja en el burro, y echaron a trotar, y cuando pasaron por delante de un río y Zusra escuchó a las ranas croar, le pidió a Kilish que la dejara salir para rezar. Kilish le dijo:

—Sí, pero primero tengo que frenar al burro —y gritó—: "So".

Y entonces el burro empezó a correr muy rápido, y Zusra también iba gritando "so", y el burro no frenaba y no frenó hasta llegar a sus establos en casa de los hermanos de Kilish.

—Aquí tenéis lo que queríais, aquí tenéis a Zusra.

Y uno de los hermanos le contestó:

—Pues ahora tienes que pasar una noche con ella en la misma casa.

Kilish puso como condición que le dieran jabón y una estera para dormir y un sitio con escaleras para pasar la noche. Se lo proporcionaron todo y Kilish se fue a dormir al piso de arriba y Zusra se quedó en el de abajo. Pero antes de dormirse, Kilish embadurnó las escaleras con jabón. En plena noche, Zusra fue a por él, pero cuando llegaba arriba, Kilish le daba un empujón, y una vez y otra vez, Zusra intentaba subir y cuando llegaba arriba, Kilish la empujaba y ella volvía abajo. Así hasta que Kilish la empujó tan fuerte que Zusra se dio un golpe y murió.

Al día siguiente, los hermanos, muy contentos, creyeron que Kilish estaría muerto. Pero se llevaron una gran sorpresa al ver que la muerta era Zusra, no su hermano.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 29 de julio de 2002

El rey y su hijo

Mahjouba

Esto era un rey que tenía un hijo al que desde muy pequeño le daba sólo la miga del pan, sin la corteza, y carne siempre sin hueso. Jamás le dejaba salir de palacio, así que el niño nunca había visto el sol ni cómo era el mundo. Siempre estaba dentro. Y así estuvo viviendo hasta que se hizo mayor.

Entonces, una vez, los padres tuvieron que irse de viaje. Y le dijeron a la esclava:

—No le des ni corteza de pan ni [carne con] huesos.

Y la esclava contestó que muy bien.

Pero cuando los padres se fueron, la esclava empezó a dar al príncipe pan con corteza y carne con huesos, y cuando el joven vio lo que le daban de comer se extrañó y dijo:

—¿Qué es esto que hay en el mundo que nunca lo había visto?

Y la esclava le contestó:

—Pues esto es sólo un poco, porque más allá hay muchas cosas que tú nunca has visto. Pero las verás. Te voy a llevar a un sitio para que te asomes, y veas todos los palacios de tu padre.

Y lo llevó a un sitio desde el que podía asomarse afuera. Y le enseñó desde lo alto todos los palacios del padre.

Después de un mes, regresaron los padres del viaje y el príncipe le dijo a la madre:

—Madre, quiero irme de viaje.

Y la madre le preguntó:

—¿Por qué?

Y el príncipe contestó:

—Porque sí.

Y la madre rápidamente le dijo a la esclava:

—Ay, desobediente, le has dado pan con corteza y carne con hueso.

Y luego dijo al príncipe:

—Espérate que voy a hacerte un poco de pan.

Y le hizo pan, pero sin sal.

—Cuando estés de viaje, no dejes de compartir este pan con alguien, nunca te lo comas solo. Y si te encuentras a alguien que no acepte compartir contigo el pan, no te hagas amigo de él.



Archivo Central de Melilla.

Por el camino, se encontró con un agricultor. Después de saludarlo, lo invitó a compartir el pan. El agricultor dijo "bendito sea Dios por el alimento", se metió en la boca un pedazo, y dijo:

—¡Si está soso!

Así que el príncipe lo recogió todo y se fue. Y cuando iba por el camino se encontró con un pastor. Lo saludó y le dijo:

—Ven y comparte conmigo este pan.

El pastor cogió un trozo, se lo comió y dijo:

—¡Qué soso!

Así que el príncipe se puso otra vez a caminar, y se encontró con un cazador. Y el príncipe dijo al cazador:

—Vamos a compartir este pan.

Se sentaron y comieron, y el cazador no dijo si estaba salado o soso. Así que al príncipe le cayó muy bien. Y le dijo:

—Hoy tienes un invitado.

El cazador le contestó:

—Muy bien. Bienvenido seas a mi casa.

Llegaron a casa del cazador y al entrar éste dijo a su mujer:

—Hoy tenemos un invitado.

Y le pidió que cocinara una paloma con mucho caldo. Mientras tanto, ellos dos se pusieron a charlar, y el príncipe preguntó:

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

Y el cazador le contestó:

—Soy un entendido en pájaros.

—¿Un entendido en pájaros? —dijo el príncipe.

—Sí, un entendido en pájaros. Y un amigo mío es un raptanovias.

Se quedaron todo el día allí, y por la noche se fueron caminando, y llegaron hasta un río, y allí se durmieron. A media noche, el cazador despertó al príncipe diciendo:

—Levántate, levántate, que viene una tormenta.

Preguntó el príncipe:

—¿Cómo lo sabes?

Y le contestó:

—Porque soy un entendido en pájaros.

El caso es que se levantaron y se fueron caminando y caminando. Y así pasaron por delante de un palacio. Y en ese momento se estaba casando una princesa. Y el príncipe le pidió al entendido en pájaros que fuese a buscar al raptanovias porque quería que le raptase a aquella princesa para él.

Y al día siguiente, cuando llevaban a la princesa a la casa del novio, [\[14\]](#) apareció el raptanovias y la raptó. Pero se la llevó muy, muy lejos, a su propia casa. Luego se lo pensó mejor y, como sabía que los otros conocían dónde estaba su casa, la trasladó a una isla en medio del mar. Al príncipe le

entró tanta, tanta tristeza, que se retiró a una casa abandonada en la costa, y allí lo único que hacía era cuidar un rebaño. Hasta que un día pasó un pastor y le preguntó:

—Pero, ¿por qué está aquí, así de solo, siempre con el rebaño?, ¿por qué no vive en su casa?

Y el príncipe le contestó:

—Estoy aquí para ver al raptanovias. Se ha llevado a mi mujer.

Y el pastor le contestó:

—¿El raptanovias? ¡Si precisamente yo trabajo para él! Este rebaño que yo llevo es suyo. Tiene raptadas a tres mujeres.

Y el príncipe se preguntó:

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

Y a continuación dijo al pastor:

—Hazme un favor. Toma este huevo de paloma y dáselo a la princesa. Y dile: "te lo manda tu marido para que se lo des al raptanovias".

Y ella le dio el huevo, él se lo comió y se murió; y así es cómo ella pudo escapar. Pero en mitad del mar se la comió un pez.

El príncipe acudió entonces a su amigo el entendido en pájaros y le contó lo que había pasado. Y le dijo:

—No te preocupes, porque uno de mis amigos es buceador y él la puede salvar.

Fueron a llamar [al buceador], y el buceador se sumergió a salvarla, y con una sierra cortó al pez en dos y así pudo salir la princesa, y se la llevó a su marido.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

El anillo mágico

Rahma

Este era un rey que se iba a un viaje muy, muy largo, así que, antes de irse, le dijo a sus hijos:

—Me voy. Os quedaréis solos durante mucho tiempo. Totalmente solos. Todo lo que hay aquí es vuestro y podéis usado. Pero este cofre —dijo señalando a una gran caja de madera— no quiero que lo toquéis para nada, ¿entendido?

Todos asintieron con la cabeza.

Se fue el padre y a los pocos días uno de los hijos no pudo resistir la curiosidad de ver qué había en el cofre, así que, sin hacer caso a los hermanos, que insistían en que no lo tocara para nada, lo abrió. Dentro del cofre había una gallina. Y el que lo había abierto dijo:

—Vaya, tanto insistir y al final no hay más que una gallina. Pues vamos a venderla.

Se fueron al mercado a venderla y llegó un señor que la compró en seguida. Había algo en él que llamaba la atención. El caso es que llegó a su casa [con la gallina] y llamó muy eufórico a su mujer:

—¡Abre!, ¡abre la puerta, querida, que hoy te traigo "el reino"!

—¿Qué reino me traes?

—Ya lo verás, pero lo primero es matar esta gallina.

Y en vez de hacerlo él, mandó a un vecino suyo que lo hiciera:

—Toma, sacrifícala en seguida y mándamela cuando acabes.

La mató, la metió en una olla y se la llevó al que la había comprado. Éste le dio unas monedas y le dijo que se fuera, y rápidamente puso la gallina a hervir con un ansia tan enorme, tan enorme, que él mismo no sabía por qué. Llamó a su mujer y empezaron a comer, y cuando estaban a punto de terminar, en el último trozo que les quedaba, él se dio cuenta de que había algo duro, como de metal. Se lo sacó [de la boca] y vio que era un anillo. Era un anillo grande y tenía un brillo que cegaba los ojos y que casi lo hipnotizó. Se dio cuenta de que era un anillo especial, es más, se había dado cuenta desde que se acercó al crío que vendía aquella gallina que algo misterioso le gritaba desde dentro y le animaba a comprarla. Su mujer, al verlo así, le tuvo que dar un codazo para que se espabilara:

—¿Qué te pasa?, ¿te ha sentado mal el pollo?

—¿Eh? No, no... sólo estaba pensando... Bueno, te lo voy a decir: creo que este pollo nos va a sacar de la pobreza, que vamos a ser ricos.

Y la mujer dijo:

—Sí, seguro que te ha sentado mal el pollo.

Pero el hombre dijo enseñándole el anillo a la mujer:

—Mira, creo que es un anillo mágico.

Cuando la mujer lo cogió, se dio cuenta de que el anillo giraba y emitía un brillo muy extraño.



Ruadi 1944, Villa Sanjurjo (Alhucemas). Clásica actividad comercial de hombres y mujeres rifeños en el zoco del Had de Ruadi (domingo de Ruadi). (Archivo Plácido Rubio Alfaro, Málaga).

El hombre pidió mirando al anillo:

—¡Quiero una casa tan grande o más que la del rey!

Y por la mañana temprano, a la hora del primer rezo, el imán empezó a llamar a los creyentes:

—Alá es gran... Caramba, pero ¡qué grande es aquella casa!

El rey, que se quedó muy sorprendido al escuchar aquella forma tan rara de llamar al rezo, salió en busca del imán:

—¿Qué diablos te pasa?, ¿qué manera es esa de llamar a la oración?

—Perdonad, mi señor. Pero cuando me he asomado allí arriba a rezar, he visto de repente una casa enorme, más grande que la suya. Estoy seguro

de que ayer no estaba. Ha aparecido de repente.

El rey fue rápidamente a buscar en su cofre y vio que la gallina había desaparecido. Entonces supo que el anillo estaba en manos del propietario de la gran casa. Enseguida pensó cómo llegar hasta él. Preguntó a los hijos si había entrado alguien extraño en la casa o si alguno de ellos había tocado el cofre, y todos dijeron que no, que ni había entrado nadie ni ellos habían tocado el cofre. Nadie quería delatar al hermano que había abierto el cofre.

Creyéndose lo que le habían dicho sus hijos, el rey salió a la calle en busca del propietario de la casa, pues tenía que recuperar el anillo a toda costa. El hijo, viendo que el padre estaba muy preocupado por el anillo, lo fue siguiendo a todas partes. El rey se disfrazó de vendedor de perlas y collares y cuando llegó al lado de la casa donde iba, vio a una mujer asomándose por la ventana y la invitó a bajar para que le comprara algo. Y el rey se dio cuenta de que la mujer tenía el anillo en el dedo.

Dijo el rey:

—¡Qué anillo más bonito tienes!, si me lo das te entregaré a cambio todo lo que quieras.

—No, no puedo dártelo. Es un anillo especial.

—Pero si me lo das haré que se vayan todos los malos espíritus que hay en la casa. Esta casa apareció tan de repente porque la han construido los demonios, así, de la noche a la mañana.

Y la mujer le preguntó:

—¿Cómo sabes que apareció de repente, acaso eres un brujo?

—Sí, más o menos. Si quieres, puedo hacer que se transforme en la casa que era antes, y así os podréis deshacer de los demonios.

Dijo ella:

—Aquí no hay demonios.

Cuando el rey miró otra vez los dedos de la mujer, el anillo ya no estaba, seguramente se lo había guardado para que no se lo quitara. Y el rey preguntó:

—¿Dónde está el anillo?

Y ella mintió:

—¡Oh, Dios mío, tú me lo has quitado mientras hablabas conmigo!

—No, yo no te he quitado nada. Si quieres, regístrate, o mejor vamos a registrarnos.

—De acuerdo, pero con las manos y los pies bien atados.

La mujer fue a buscar cuerda y aprovechó para meterse el anillo en la boca. Al volver, ató al desconocido de pies y manos y, sabiendo que no iba a encontrar nada, empezó a registrarle.

—Ahora me toca a mí —le dijo el hombre.

Hizo lo mismo, buscó en los bolsillos de su vestido y no encontró nada, pero de repente se escuchó un ruido: alguien llamaba a la puerta, era su hijo, el que había abierto el cofre.

—He sido yo padre, yo abrí el cofre, y ahora vengo a ayudarte, he visto cómo la mujer se metía el anillo en la boca.

Entre los dos, el padre y el hijo, le sacaron el anillo y se fueron. Y así el "reino" volvió otra vez a su sitio.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Jarmela

Mahjouba

Esta era una niña huérfana de madre que se llamaba Jarmela. Vivía con su padre, que tenía una mujer y una hija [de ésta]. Jarmela era muy guapa, pero su hermanastra era tuerta y muy, muy fea. Así que la madrastra siempre obligaba a Jarmela a embadurnarse de ceniza toda la cara, para que nadie mirara lo bella que era y tampoco pareciera tan fea su hija.

Un día, la madrastra la mandó al pozo a limpiar pescado, y al rato le salió el monstruo del pozo. Dijo:

—Me tienes que dar un poco de pescado. Jarmela contestó:

—No puedo. No puedo darte nada, porque mi hermanastra contó todo el pescado que traía antes de salir, y si faltara alguno me mataría.

Y el monstruo dijo:

—Bueno, con las cabezas me conformo.

—Vale, eso sí te lo puedo dar.

Cuando terminó de limpiar el pescado, le regaló al monstruo todas las cabezas y el monstruo, a cambio, le dio un cofre y le dijo:

—Guárdalo bien y no lo abras hasta llegar a casa.

Jarmela abrió el cofre nada más llegó a su casa, y el cofre estaba lleno de ropa nueva para ella.

Justo al día siguiente, el rey celebraba una gran fiesta para todo el pueblo, y ella pensó que podía estrenar la ropa nueva. Pero cuando llegó casi la hora de ir a la fiesta, la madrastra se dio cuenta de que Jarmela se estaba arreglando para irse con ella y con su hija, y le dijo:

—¡Tú te quedas aquí! —casi gritó la madrastra.

Entonces Jarmela suplicó:

—Pero si ahora no tengo nada que hacer..., ¿por qué no os puedo acompañar?

Y la madrastra le dijo mientras le mostraba un enorme plato con distintas variedades de legumbres:

—¡Pues ya te doy yo quehacer!

Dijo Jarmela:

—Eso ya está limpio, lo limpié esta mañana.

—Pues ahora lo voy a mezclar todo con un puñado de arena y verás cómo tienes trabajo para lo que dure la fiesta, pues cuando vuelva lo quiero encontrar libre de cualquier mota de arena.

Jarmela empezó a limpiar las legumbres sollozando y al rato se le posó un águila muy cerca que, al ver lo triste que estaba, llamó a muchos animalillos para que vinieran a ayudarla. En muy poco, las legumbres estaban listas. Así que Jarmela se aseó, se vistió con la ropa nueva y se fue a la fiesta. Y se volvió a casa antes de que acabara la fiesta, porque no quería que su madrastra llegara antes que ella. Andaba tan deprisa que perdió un zapato y no lo pudo recuperar. Pero se lo encontró el rey, y el rey les dijo a sus invitados:

—Aquella a la que de bien este zapato se casará conmigo.

Todas las invitadas se probaron el zapato, pero a ninguna le quedaba bien.

El rey preguntó:

—¿Queda alguien por probarse el zapato?

Dijo la madrastra:

—Sí, queda Jarmela, pero da igual, no merece la pena que se lo pruebe.

Mandó el rey:

—Vaya a buscar a Jarmela y tráigala a aquí.

Y al rato ya estaba Jarmela delante del rey. Se probó el zapato y resultó que era de su talla. Y el rey, no mucho después, fue a pedir la mano de Jarmela.

Llegó el día de la boda. La madrastra preparó la gena y le adornó las manos no sólo a Jarmela sino también a su hija, y después las metió a cada

una en una habitación diferente. Y el día en que la novia tenía que ir ya a la casa del novio, la madrastra cogió una gran aguja y se la clavó a Jarmela en la cabeza, y Jarmela se convirtió en una paloma y voló bien lejos. Entonces vistió a su hija con la ropa de la novia y la mandó a palacio. Cuando la vio el rey, dijo:

—La han cambiado. A esta mujer no la había visto en mi vida. Alguien se ha debido de equivocar. [Pero se casó con ella].

Pasaron los días y Jarmela notó que le gustaba mucho ir a posarse al rosal del rey, y allí se posaba todos los días a la misma hora: iba, y mientras se posaba, cantaba:

*Debajo de mis rodillas
nacen bonitas rosas
debajo de mis rodillas
nacen bonitas rosas
pero no cortéis los dedos de gena.*

A las cortadoras de rosas les gustaba mucho los cantos de la paloma. Así que todas quisieron atraparla, pero ninguna pudo hacerlo, hasta que un día decidieron contárselo al rey:

—Señor, aquí viene todos los días una paloma y canta siempre lo mismo.

El rey decidió quedarse y escuchar, al rato llegó la paloma y justo cuando se posó en el rosal se puso a cantar:

*Debajo de mis rodillas
nacen bonitas rosas
debajo de mis rodillas
nacen bonitas rosas
pero no cortéis los dedos de gena.*

El rey mandó que le atraparan la paloma, se la cazaron y la llevaron junto a él. Nunca se quería despegar de ella, la sacaba de la jaula, jugueteaba con ella, le daba de comer y la volvía a poner en su sitio. Un día, antes de partir de viaje, le dijo a su mujer:

—Me voy, pero quiero que cuides de ella como cuidas de mí.

Pero cuando el marido se fue de viaje, la mujer comenzó a empujar a la paloma de un sitio a otro, le arrancaba las plumas y no le daba de comer. Cuando regresó el marido de su viaje vio a la paloma y le preguntó a su mujer:

—¿Qué le ha pasado?

—Desde que te has ido no ha querido comer, estaba todo el rato muy triste.

El rey cogió a la paloma, empezó a acariciarla, y cuando le tocó la cabeza, notó una especie de aguja, tiró de ella y de pronto apareció delante de él una bellísima mujer vestida de novia, que le dijo:

—Yo soy la verdadera mujer con la que te quisiste casar.

Y él le dijo:

—¿Qué te ha pasado?

Le contó todo lo que habían hecho con ella. Y el rey le dijo:

—¿Qué quieres que haga con mi mujer?

—Quiero que la degüelles y yo misma se la llevaré a su madre.

El rey la degolló, puso la cabeza en lo hondo [de un saco] y el resto del cuerpo encima. Luego fueron a ver a la madrastra que sólo se fijó en el gran regalo que le llevaban, se entretuvo abriéndolo y Jarmela aprovechó para irse sin ser vista. La madrastra mientras tanto empezó a sacar toda la carne y a repartirla entre la gente: el hígado se lo regaló a una anciana que no tardó en comérselo. Pero cuando vio la cabeza de la hija empezó a gritar:

—La que se haya comido el hígado de mi hija que me lo devuelva.

Y la anciana dijo:

—Yo ya me lo he comido.

—Pues llorarás conmigo hasta que tu bastón florezca.

Así que la anciana se pasaba todo el día llorando hasta que un día pasó un buitre y le preguntó:

—¿Por qué lloras tanto?

—Tengo que estar llorando hasta que mi bastón florezca.

El buitre rápidamente le trajo un bastón con toda clase de flores, ésta se lo dio a la madrastra y le dijo:

—Aquí tienes, he llorado hasta que el bastón ha florecido.

Y la anciana siguió su camino.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 29 de julio de 2002

Elpequeño rey

Mahjouba

Este era un hombre que le debía dinero a otro, y tenía un año de plazo para devolverlo. Pero pasó el año, y nada. Así que el otro fue a buscarlo y le dijo:

—Dame mi dinero.

Y el otro contestó:

—Yo no te debo nada.

De modo que puso varias denuncias, pero no servían de nada, porque la justicia no le daba la razón. Cansado de ponerlas, iban dos veces por semana ante el rey a ver si les podía resolver aquel asunto. Pero el otro lo negaba siempre.

Un día, unos niños jugaron a representar en la calle una obra de teatro. Un niño de siete años que se llamaba Harun hacía de un rey que tenía que juzgar a dos hombres; uno de los hombres tenía que devolver dinero al otro, pero siempre se negaba a devolvérselo. El rey llamó a su guardaespaldas y dijo: "Moja el látigo, ata a ese hombre y fustígale". Empezó a fustigarle y el hombre empezó a gritar: "No me pegues más, le voy a devolver su dinero".

El verdadero rey, que estaba viendo la obra desde su balcón, pensó: "Así es como hay que juzgar". Y cuando los dos hombres fueron a visitarle otra vez, el rey llamó a su guardaespaldas y le dijo: "Moja el látigo, ata a esos hombres y fustígales". Después de haber recibido un gran número de latigazos, empezó uno a gritar:

—¡Soltadme!, ¡le devolveré el dinero!

Lo soltaron y al rato volvió con el dinero.

Pero el rey tenía una duda con el niño de siete años llamado Harun que había hecho de rey en la obra de teatro. Así que lo llamó a palacio y lo sentó en el trono. Y le dijo:

—De hoy en adelante, vas a hacer de rey, como yo.

Pasaron los días. Y un día que Harun iba con su escolta vio a lo lejos una luz muy débil que salía de una casa. Se llegó a la casa, entró y encontró a una mujer con varios niños. Harun le preguntó inmediatamente:

—¿Qué haces?

—Estoy preparando la cena a mis hijos —contestó ella.

Y cuando Harun se asomó a la olla, vio que estaba rehogando piedras. Y preguntó:

—¿Y por qué cocinas piedras?

—Porque soy muy pobre y lo que estoy haciendo de verdad es entretener a los niños: se creen que estoy haciendo la comida, empiezan a dar vueltas mientras esperan a que termine, se cansan y se quedan dormidos.

Y Harun le preguntó:

—¿No tienes nada de nada?

—Nada de nada.

El rey se quitó un anillo y se lo dio. Y le dijo:

—Preséntate mañana en Palacio.

Y se fue.

Al día siguiente, cuando la mujer iba camino del palacio, pasó por delante de la tienda de un judío que le dijo:

—Pase, señora.

La mujer entró a la tienda y el vendedor, como le llamó mucho la atención el anillo, le dijo señalándolo:

—Se lo compro.

Cuando ella vio tanto dinero, no pudo resistirse y se lo vendió. Llegó al palacio y lo primero que le preguntó el rey fue:

—¿Dónde está el anillo que te dio ayer Harun?

Y dijo ella:

—Me lo quitó un judío.

Y le dijo él:

—¿Te acuerdas de quién?

Y ella le contestó que sí.

Fueron a buscar al judío y lo primero que le preguntó el rey fue:

—¿Por qué le has quitado el anillo?

Él contestó:

—No, no se lo quité. Me lo vendió.

El rey, sin pensárselo dos veces, mandó que le cortaran al judío un dedo.

Al tiempo de aquello, el rey entró en guerra con el enemigo. Harun fue capturado y su guardaespaldas también. A su guardaespaldas lo hicieron picadillo. Pero Harun, como estaba muy delgadito, les dijo:

—Yo no tengo carne en el cuerpo, dejadme vivo. Os seré muy útil.

Ellos le contestaron:

—Bueno, veremos si eres útil de verdad. A ver qué sabes hacer. ¿Qué necesitas?

—Necesito mucha lana y botones.

A partir de entonces empezó a tejer alfombras, esterillas de toda clase para rezar, y muchas más cosas así. Mientras tanto, en el reino pensaban que Harun estaba muerto. Pero éste un día tejió una alfombra y escribió en ella un mensaje, diciéndole a su rey dónde estaba. Cuando terminó de tejerla, dijo:

—Esta alfombra quiero que se venda en mi antiguo palacio, os pagarán mucho por ella.

Y el ejército de Harun lo rescató a los pocos días de que les llegara la alfombra a palacio.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Rahma y Yahya

Mahjouba

Esto era Rahma, una chica que tenía siete hermanos. Un día, la obligaron a casarse con un hombre al que no quería. Ella, como ya tenía su novio, cuando llegó el día de la boda, mandó a su esclava a contarle todo al novio. Así que la esclava se montó a caballo y salió, pero no sabía dónde vivía exactamente, así que empezó a preguntar a las montañas:

—Oh, montañas, oh personas, ¿habéis visto a Yahya?^[15]

Y las montañas le respondieron:

—No, no le hemos visto.

Y siguió galopando y preguntando:

—Oh, montañas, oh personas, ¿habéis visto a Yahya?

Hasta que las montañas le respondieron:

—Sí, vive en palacio.

Y ella siguió galopando y preguntando:

—Oh, montañas, oh personas, ¿habéis visto a Yahya?

Y las montañas contestaron:

—Sí, aquel es su palacio, míralo allí.

Y así encontró a Yahya y le dijo:

—¡Rahma te necesita! ¡Tienes que ir a rescatarla! La piensan casar con un hombre al que no quiere y hoy es la boda.

Yahya montó a caballo, se echó a galopar en busca de Rahma y por el camino se encontró con un grupo de mujeres que iban a por agua. Y les preguntó:

—Aguadoras, aguadoras, ¿sabéis dónde está Rahma?

—No —respondieron las mujeres.

Yahya se acercó al pozo y preguntó a otras mujeres que estaban sacando agua:

—Aguadoras, aguadoras, ¿sabéis dónde está Rahma?

—Sí, hoy celebra su boda, por eso estamos cogiendo este agua.

Cuando Yahya vio que ya estaba cerca de [la casa de] Rahma, se quitó la ropa y se disfrazó de mujer. Entró directamente a la casa y dijo en voz alta:

—Vengo a la boda de la hija de mi hermano. Soy su tía, ¡cómo se os ha podido olvidar invitarme!

Así que Yahya se sentó junto a Rahma y le dijo:

—Rahma, antes de que te marches te voy a dar un paseo en mi caballo.

Entonces se montaron en el caballo y se fueron de paseo. Y cuando Yahya vio que ya se habían alejado de la casa, echó a galopar muy, muy rápido. Los hermanos de Rahma y todos los invitados se dieron cuenta y salieron en su persecución. Yahya miró atrás, vio que los estaban persiguiendo, y le dijo a Rahma:

—¿Qué hacemos?

Y Rahma le contestó:

—Yahya, sigue galopando.

Y cuando estaban a punto de alcanzarlos, Rahma gritó:

—¡Yahya, tienes que hacer algo!

Y Yahya descabalgó y los mató a todos. Y después, los dos siguieron galopando, y así llegaron a palacio.

Pero Rahma quedó muy triste. Cada vez que se ponía a moler grano, decía:

—¡Ay, madre, ay, padre! ¡Ha matado a mis siete hermanos y a todos los invitados de mi boda!

Y Yahya respondía:

—Muele, muele. Que tú habitas en un piso de arriba y vives como una princesa.

Un buen día, Yahya se levantó muy temprano y le dijo a su mujer:

—Me voy de viaje.

Su mujer le dijo:

—¿Adónde?

Y él contestó:

—Voy a comprarte seda. Vas a vestir seda. Vas a caminar sobre seda. Te voy a forrar todas las habitaciones de seda. Y vas a dormir envuelta en seda.

Mientras el marido seguía de viaje, un día, la esclava fue a buscar agua. Y en el pozo se encontró al pretendiente que se iba a haber casado con Rahma. Él le preguntó si sabía dónde vivía Yahya.

Y ella le contestó:

—Sí, soy su esclava.

—Pues me tienes que llevar cerca de él.

—No puedo llevarte cerca de Rahma, es la mujer del rey. Y Yahya es mi señor.

Y él dijo:

—Es muy fácil. Te voy a llenar esta jarra de agua y dejaré en el fondo una moneda. Llévala a casa. Y cuando Rahma te pida agua, le dices que no puedes ir porque estás muy cansada. Así se levantará ella, irá a por el agua, verá la moneda en el fondo y te preguntará que qué agua es esa. Entonces tú le cuentas que para saberlo tiene que venir al pozo donde has cogido el agua.

Y eso es lo que pasó. Rahma fue hasta el pozo, y su pretendiente le cortó la cabeza, luego cortó el cuerpo en varios pedazos y los tito al fondo del pozo.

Y cuando volvió el marido [del viaje] y empezó a llamar por todo el palacio a su mujer, nadie contestaba. Entonces fue a buscar a la esclava y le preguntó por su mujer. Pero la esclava no se atrevió a decirle la verdad.

Y Yahya le dijo a la esclava:

—O me lo dices, o te corto la cabeza.

La esclava entonces le contestó:

—Vaya al pozo y sabrá lo que ha pasado.

Yahya fue hasta el pozo, se asomó y vio a su mujer en el fondo. Entonces se montó a caballo, empezó a galopar en busca de la casa del pretendiente. Y cuando se vio cerca de ella, se disfrazó de mendigo. Y justo

cuando pasó por delante, la madre, que estaba haciendo pan, lo vio de lejos.
Y quiso darle un trozo de pan, así que llamó a su hijo:

—Hijo, dale un poco de pan a este mendigo.

—No madre, que estoy muy cansado.

—¿Cansado?, ¿por qué estás cansado?

—Porque he matado a Rahma, madre.

Y Yahya fue corriendo derecho a donde estaba él, sacó el alfanje y le cortó la cabeza.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 6 de agosto de 2002

El erizo y la hiena

Mahjouba

Iba un día el erizo con sus babuchas y su rosario andando por la calle, y se cruzó con la hiena. Y la hiena le dijo:

—Buenos días, amigo mío.

Y el erizo le contestó:

—¿Yo qué voy a ser amigo tuyo? ¿Qué tengo yo de amigo tuyo si yo soy el imán? ¿No ves que llevo babuchas y rosario?

Entonces le dijo la hiena:

—Huy, perdón, perdón.

Y le dijo el erizo:

—Mándame a tus hijos a que les explique el Corán.

La hiena le contestó:

—Tengo siete.

—Pues tráemelos. Peto no vengas a verlos todos los días porque si no, no van a concentrarse bien. Ven sólo de vez en cuando.

Cuando [la hiena se los llevó y] se marchó, el erizo se comió a todos los hijos, sólo dejó los intestinos, que reunió y metió en una olla. Luego dejó a cuatrocientas moscas entrar, las tapó, y empezaron a hacer *zuum zuuum*. En esto llegó la madre, el erizo le pidió que escuchara el ruido y le dijo:

—Mira cómo estudian tus hijos.

Pasaron unos días y la hiena ya quiso ver a sus hijos. Llegó y el erizo destapó la olla y dijo:

—Mira, ahí están tus hijos.

Cuando se asomó a la olla, sólo vio moscas. El erizo echó a correr, y ella detrás de él. Pudo agarrarlo un poco de la pata. Pero se resbaló, y entonces el erizo pudo colarse en una madriguera. La hiena quiso colarse también por el agujero para pillarlo, el erizo mientras salió por otro sitio, se le puso en el culo a la hiena, y empezó a comérsela por detrás. Y la hiena entonces empezó a decir:

—Grasa, grasa para el ojo, señor erizo.

Y el erizo le respondió:

—Primero esto y luego lo otro.

Y la hiena entonces volvió a decirle:

—Grasa, grasa para el ojo, señor erizo.

Y el erizo repitió:

—Primero esto y luego lo otro.

Y así hasta que se la comió entera.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 6 de agosto de 2002

Nana y Manana

Farida Tahrawi

Esto eran dos chicas, una se llamaba Nana y otra Mañana, y las dos eran huérfanas y muy, muy pobres. Vivían con una tía viuda que las trataba muy mal, y que se llevaba todo el dinero que ganaban. Estaban muy unidas, y para poder vivir trabajaban duramente de sol a sol en el campo.

Todas las noches, aparte de charlar mucho, se miraban la una a la otra y se describían las caras sin parar, así que un día, como ellas creían que se parecían mucho, decidieron decirle a todo el mundo que eran hermanas.

Una mañana, Manana se despertó muy decidida y le dijo a Nana:

—Oye Nana, ¿por qué no nos vamos lejos de aquí?, no nos merecemos esto; somos guapas y podemos probar suerte en otro sitio, vamos a buscar trabajo a otra parte.

—Sí, Manana, creo que llevas razón, yo tampoco soporto estar aquí más tiempo.

Y Manana preguntó:

—Pero ¿adónde podríamos ir?

Y Nana contestó:

—No lo sé, podíamos ir al zoco grande, a lo mejor conocemos a cualquier familia que quiera ayuda en casa.

Tenían un poco de miedo porque nunca habían salido de su casa si no era para trabajar. Pero por fin decidieron irse, y una mañana engañaron a su tía diciéndole que iban a por leña y alimento para los animales. Llegaron al zoco y se asustaron un poco al ver tanta gente, tanto que iban todo el tiempo

agarradas de la mano para no perderse la una de la otra. Y cuando se cansaron de pasear, se sentaron a descansar encima de un gran pedrusco. Y todo el que pasaba se quedaba maravillado de lo hermosas que eran.

Entre tanta gente pasó un hombre adinerado de incógnito que les preguntó:

—¿Quiénes sois?, ¿qué hacen dos chicas como vosotras aquí solas en el zoco?

Ellas dos pensaron que aquel hombre las iba a sacar del apuro, así que quisieron ser simpáticas con él, y Nana contestó:

—Somos hermanas y vivíamos con nuestra tía, pero nos hacía la vida imposible, teníamos que trabajar todo el día y encima se quedaba con nuestro dinero.

—¿Y sois hermanas de verdad?



Snada 1945, Villa Sanjurjo (Alhucemas). Niñas rifeñas. (Archivo Plácido Rubio Alfaro, Málaga).

Al hombre adinerado no le interesaba que fueran hermanas,^[16] pues le gustaban las dos y quería casarse con ellas.

—Bueno, en realidad no lo sabemos. Como nos llevamos muy bien y nos parecemos tanto, hemos decidido decirle a todo el mundo que somos hermanas.

—Yo no os veo gran parecido..., en cualquier caso si necesitáis un trabajo a lo mejor me podéis ser de gran ayuda en mi casa. Estoy casado con dos mujeres pero viven en casas diferentes.

Así, con el tiempo, el hombre adinerado se casó con las dos chicas y las sacó de la gran miseria en que estaban.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 20 de julio de 2002

El erizo y el zorro se van a robar

Mahjouba

Esto era el erizo que fue un día a buscar al zorro, y cuando se lo encontró le propuso ir a robar leche cuajada. Le dijo el erizo:

—Vamos a aprovechar ahora que la dueña de esa casa de ahí ha salido a por leña para robar la cuajada.

Así que se metieron en la casa, y descubrieron que el cántaro^[17] donde se hacía la cuajada rebosaba de tan lleno como estaba. Entonces el erizo le dijo al zorro:

—Como yo soy muy pequeñito, si empiezas a comer tú, entonces no voy a alcanzar [con el morro a la cuajada].

Y dijo el zorro:

—No, quiero comer yo primero.

Y empezó ñam, ñam, ñam, hasta que dejó el cántaro a la mitad. Entonces el erizo se quiso poner a comer, pero se cayó de cabeza adentro. Comió un poco y, mientras comía, la cuajada se le fue metiendo entre las púas. Y en esto dijo el zorro:

—¡Ha llegado la dueña!, ¡yo me voy!

Y el erizo gritó desde el fondo del cántaro:

—¡En, tú, súbeme, súbeme!

Y el zorro dijo:

—Sí, sí, que te crees tú que te voy a subir.

Y el erizo dijo:

—Bueno, pero al menos agáchate y acércame la oreja que te quiero dar un recado para mis hijos.

Y cuando el zorro se agachó, el erizo hizo presa en la oreja con las garras y así pudo salir. Entonces se fueron juntos, y se encontraron con las crías del erizo y con las del zorro. Y las del erizo empezaron a rechupetear las púas de su padre, y así fue cómo también ellos pudieron comer cuajada. Pero, las del zorro empezaron a protestar:

—Papá, papá, los hijos del erizo se están inflando a cuajada y nosotros mirando. ¿No nos has traído nada?

Y el zorro pensó:

—Al erizo lo voy a matar un día, siempre me deja mal.

De modo que al día siguiente le propuso ir a un silo subterráneo a robar. Al erizo le pareció muy bien, así que desataron el burro, se montaron los dos, y dijo el zorro:

—El silo de Fulanito de Tal está siempre abierto.

Y se pusieron en marcha hacia allá, y cuando llegaron, el erizo le dijo al zorro:

—Baja tú primero.

El zorro le contestó:

—No, mejor baja tú primero, que eres más pequeño.

Así que el erizo bajó primero, llenó varios sacos de trigo, y dijo al zorro:

—Ya tengo los sacos llenos.

Y el zorro contestó:

—Pues qué bien, porque el dueño ya está llegando.

Y el erizo dijo:

—Pues súbeme, rápido.

Pero el zorro le dijo:

—Já, ahí te quedas.

—Ay, ay, pero por qué me haces esto... De todas formas, échame la canasta que quiero llenarla, para que se la des a mis hijos.

Y dijo el zorro:

—Tómala, ahí la tienes.

El erizo llenó la cesta [con granos de trigo], hizo un agujero, se metió, y le dijo al zorro: "¡Ya puedes subir la cesta, que ya está llena, y dale recuerdos a mis hijos!", y entonces se tapó echándose trigo por encima. El zorro tiró de la canasta, la cogió con la mano, se montó en el burro y el erizo empezó a ulular, y continuó haciendo "uuuh" todo el rato, mientras el zorro miraba a su alrededor con miedo. Y así llegaron a donde estaban los hijos; los del erizo empezaron:

—¿Y nuestro padre?

—¿Dónde está nuestro padre?

—Se quedó en el silo. ¡Qué pena!

Y en ese preciso instante asomó el erizo la cabeza y dijo:

—Pero ¿quién te crees que eres para asustar así a mis hijos?

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 6 de agosto de 2002

Omar y Maghrira

Mahjouba

Este era un hombre que se había ido de viaje y había dejado a sus dos hijos, Omar y Maghrira, a cargo de su mujer. Omar se dedicaba a pastorear las cabras y Maghrira a las tareas de la casa.

Un día, la madrastra se levantó y dijo a Maghrira que la acompañara a por leña. Se llevó a la niña muy, muy lejos, la ató con una cuerda a un árbol, y la dejó que ni tocaba suelo ni tocaba cielo. Cuando Omar llegó por la noche de cuidar el rebaño, le preguntó a la madrastra:

—¿Y Maghrira?

—Se ha muerto. Así que la tiré a las chumberas.

Al día siguiente, Omar se fue a pastorear, se sentó en una toca y una cabra se alejó mucho de él, se subió a una montaña y se puso a balar, y cada vez que balaba, él contestaba cantando:

Calma, calma, cabra de Maghrira.

Y la cabra respondía:

¿De qué Maghrira, hermano Omar, si ya no hay,
si mis huesos y mi carne están cortados por una cuerda,
mi cara rota por el sol, y mis ojos picoteados por los buitres?

Aquella cabra se quedaba siempre en el mismo sitio cuando salía al campo; y como ni bebía ni comía, estaba a punto de morir.

Al cabo del tiempo, regresó el padre del viaje y lo primero que hizo fue preguntar:

—¿Y Maghrira?

Y en ese momento la madrastra empezó a decir <gimoteando>:

—Ay, pobrecilla, se ha muerto..., con la compañía que me hacía..., pregúntale a tu hijo..., le di un buen entierro...

Al día siguiente, el padre se fue con el hijo de pastoreo, y como se dio cuenta de lo delgada que estaba una de las cabras, preguntó:

—¿Pero qué le pasa a la cabra de Maghrira que está tan flaca?

—Desde que se murió nuestra Maghrira, no se queda con el rebaño, se va a lo alto y se pasa allí todo el tiempo, y cuando le digo:

Calma, calma, cabra de Maghrira.

Ella me responde:

¿De qué Maghrira, hermano Omar, si ya no hay,
si mis huesos y mi carne están cortados por una cuerda,
mi cara rota por el sol, y mis ojos picoteados por los buitres?

Al día siguiente, otra vez salieron el padre y el hijo a pastorear. Se sentaron y la cabra, pim pam pim pam pim pam, se fue y cuando llegó al sitio de siempre, beeeee, y Omar le dijo otra vez:

Calma, calma, cabra de Maghrira.

Y la cabra contestó:

¿De qué Maghrira, hermano Omar, si ya no hay,
si mis huesos y mi carne están cortados por una cuerda,
mi aira rota por el sol, y mis ojos picoteados por los buitres?

Entonces el padre fue adonde estaba la cabra y descubrió allí a la hija atada a un árbol. Se acercó y le preguntó:

—¿Quién te ha puesto ahí, Maghrira?

Y ésta contestó:

—Mi tía^[18]

El padre la desató y la bajó muy despacito. Estaba casi sin vida. Al atardecer, cuando llegaron de vuelta a casa, el padre escondió a la hija en la habitación de invitados y le dijo a la mujer:

—¿Sabes qué te digo? Degüella a una gallina pequeña, que traigo a un invitado que no está bien de salud, no tiene dientes y sólo puede comer

sopas de pan.

Entonces la mujer degolló una gallina, el padre dio de comer a la hija, luego se acercó a su mujer y le dijo:

—Cuéntame de nuevo cómo murió Maghrira.

Y ella contestó *{gimoteando}*:

—A y, ay, no la podré olvidar jamás..., con la compañía que me hacía...

Y el marido, sin dejarla hablar más, le dijo:

—Acompáñame a la habitación de invitados.

Cuando llegaron a la habitación, Maghrira estaba allí sentada. Y el padre le dijo:

—Explícame ahora todo lo que te ha hecho ésta.

—Se levantó un día y dijo "vamos a por leña". Me llevó a un árbol, me ató y me abandonó allí.

El padre le preguntó [a la hija]:

—¿De qué quieres que la usemos?

—De silla, para subirme a ella cada vez que tenga que meter el pan en el horno.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Las siete alegrías y las siete tristezas

Karima Alganmi

Había una vez dos hermanos, uno que tenía siete chicos y otro siete chicas, y el de los chicos se burlaba del otro cada vez que se veían en la mezquita. Le humillaba día tras día por no haber tenido un solo varón. Le decía:

—¡Levántate y deja de rezar, que no por tanto rezar esas siete penas se te van a volver siete alegrías como las mías!

Así que el de las hijas solía llegar triste a casa, tan triste que una de sus hijas le preguntó un día:

—Papá, ¿por qué llegas tan triste cada vez que vas a la mezquita?

—Hija, es que cada vez que voy tu tío se me acerca e intenta humillarme delante de todo el mundo. Dice que tener sólo hembras es tener sólo tristezas.

La hija dijo:

—Pues la próxima vez que te diga eso, explícale que lo más importante en las personas no es el sexo sino tener valor y coraje. Así que, si te manda de nuevo levantarte de la oración, propónle una prueba que pasaremos uno de sus hijos y yo.

El padre le preguntó:

—¿Una prueba?, ¿qué prueba?

—Verás: que nos manden a los dos bien lejos para ver quién es capaz de volver con más valor y coraje.

Y así fue. El padre de los chicos eligió a uno de sus hijos mientras la chica se disfrazó con la chilaba de su padre, luego cada uno escogió un caballo y se fueron a ver quién era capaz de conseguir más "valor y coraje". Llegaron a un punto en el que el camino se bifurcaba y cada cual siguió uno. El de la chica llevaba a un pueblo. Cuando entró en la mezquita a descansar, oyó que la gente comentaba algo sobre el príncipe y su grave enfermedad, y que después de muchas visitas de varios médicos seguía sin curarse, y también se dio cuenta de que la gente estaba muy alicaída porque quería mucho al príncipe. Después, nada más salir de la mezquita, vio dos palomas en la rama de un árbol y una de ellas le dijo:

—Coge una pluma de mi ala derecha y, cuando te haga falta, quémala en un anafre mientras lo pasas por todas las habitaciones llenándolas con el humo que despida, y luego guarda bien la ceniza, porque te ayudará siempre a que se cumplan tus deseos.

Ella, con el ala en la mano, se fue directamente a palacio para hacer lo que la paloma le había explicado.

Le dijo a los guardias:

—Dejadme entrar, que he venido a curar al príncipe.



Archivo Central de Melilla.

La guardia pasó rápidamente el aviso al príncipe de que había un forastero que podía curarle, y el príncipe ordenó de inmediato que le hicieran pasar. Entró en palacio, quemó la pluma en un anafre y luego esparció las cenizas por el suelo de la habitación donde reposaba el

príncipe, y éste se curó. Pero resultó también que el príncipe sospechó que detrás de aquella chilaba se escondía una bella mujer.

El príncipe dijo a la reina:

—¡Madre, era una mujer, estoy seguro de que la que me ha curado era una mujer, y una mujer muy hermosa!

—Yo no estaría tan seguro, hijo mío. De todas formas, si quieres salir de dudas, puedes hacer lo siguiente. Llévala donde vendan escopetas y, si muestra interés por alguna, es que es un hombre.

Pero la chica había escuchado toda la conversación sin que madre e hijo se dieran cuenta, así que, para que no la descubrieran, mostró mucho interés por las escopetas, tanto que preguntó si se podía quedar con alguna, y el príncipe le regaló la mejor. Él, defraudado pero no del todo convencido, le explicó a la madre lo que había ocurrido. Sin darse por vencido, volvió a intentarlo, pero esta vez la llevó a una tienda de ropa de mujer, a ver si caía en la tentación de querer algo. Ella reaccionó diciendo:

—Aquí sólo hay ropa de mujer, ¿le vas a comprar algo a tu madre?

Luego la invitó a visitar el lugar en palacio donde se tejía la lana, y aquí, muy disimuladamente, ella robó una tejedora manual y la escondió en la capucha de la chilaba sin que se percatara el príncipe. Totalmente decepcionado, el príncipe regresó a palacio y le contó a su madre lo que le había pasado. Pero también le dijo que él seguía con la duda y quería intentarlo una vez más. Así que la reina le aconsejó:

—Hijo, lo mejor que puedes hacer es llevarla a un sitio donde tengáis que hacer noche. Dormid debajo de un árbol y, si es una mujer, verás que amanecerá con el cuerpo cubierto por las hojas, que se le habrán ido cayendo encima durante la noche.

Pero ella también pudo escuchar la conversación sin que nadie se diera cuenta. El caso es que, al día siguiente, cuando el príncipe la invitó a una excursión, ella aceptó encantada. Llegó la noche, se acostaron y, a la mañana siguiente, ella se levantó antes que él, quitó todas las hojas que tenía por encima y se volvió a dormir. El príncipe, al levantarse, lo primero que hizo fue mirar a la chica, y, al ver que no la cubrían las hojas, se volvió a decepcionar.

La reina, ya desesperada por ayudar a su hijo a descubrir si el forastero era un hombre o una mujer, le dijo que fueran al mar a bañarse juntos, y así, al verle desnudo, estaría seguro de si era una mujer o no.

También esta vez la chica pudo escuchar la conversación entre la madre y el hijo, de modo que, antes de partir a la playa, le dejó dicho a un amigo que avisara al príncipe con algo urgente justo en el momento en que se tuviera que desnudar; de esta forma podría evitar que el príncipe la viera desnuda. Así cuando estaba ella a medio desnudar, se escuchó una voz gritando a lo lejos que decía:

—¡Príncipe, el rey está gravemente enfermo y tenéis que acudir a su presencia!

El príncipe se despidió al instante de la chica, le prometió que algún día volvería a verla, le dio una bolsa repleta de onzas de oro por haberle curado y se marchó.

La chica fue entonces al lugar donde había quedado en reencontrarse con su primo, y lo vio allí, pero sin caballo, cansado y triste. Regresó con él a casa, fueron a ver a su tío y, cuando éste vio la fortuna que traía la sobrina, pero no su hijo como él se había imaginado, se llevó una sorpresa muy, muy desagradable. La chica había demostrado que, aunque fuera mujer, tenía más valor que un hombre; y su padre, al verlo, se sintió muy orgulloso y decidió que jamás volvería a ponerse triste por tener solamente hijas.

Al cabo de un tiempo, una vez que el príncipe visitaba el pueblo de la muchacha y pasó por cierta calle, la vio hilando lana con el tejedor manual que había robado de palacio, y la reconoció. Entonces se acercó a ella y le dijo:

—Te prometí volver a verte y aquí estoy, y si tú quieres no volveremos a separarnos jamás.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

El erizo y la serpiente

Mahjouba

Esto era uno que yendo por un camino vio una serpiente, y como llovía mucho la cogió y se la metió en la capucha [de la chilaba]. Y así siguió andando y andando hasta que salió el sol, y entonces la serpiente se calentó, salió de la capucha, se le enroscó alrededor del cuello y con la cabeza de cara al hombre, ssssss, le sacó la lengua.

—Hay que ver, serpiente, yo que te he salvado la vida...

Y dijo la serpiente:

—¿Quién te dijo que me cogieras de donde estaba?

—Lo hice porque vi que tenías mucho frío.

—Pues deberías haberme dejado allí.

Para ver cómo solucionar el conflicto, fueron a contárselo al león, al tigre y a muchos animales más, pero ninguno se lo solucionó. Y la serpiente dijo de repente:

—¡Falta el erizo!

Mandaron a buscar al erizo y cuando llegó, la serpiente empezó a contárselo todo [desde la rama de un árbol], pero a las pocas frases el erizo le cortó diciendo:

—Alto ahí, alto ahí, que yo juzgo desde la tierra, no desde el cielo, ¿eh? Así que ya estás bajando para hablar conmigo.

Y la serpiente, de repente, ssssssss, bajó hasta el suelo, y el erizo se dirigió al hombre, y le preguntó:

—¿Tienes a mano algún mazo de mortero?

Y le hizo señas para que arreara con el mazo a la serpiente. Así que ¡zas!, le dio en la cabeza y la mató. Y el hombre le preguntó al erizo:

—Y tú, ¿cómo te llamas?

Y el erizo le contestó:

—¿Yo? Yo soy el erizo, claro.

Y el hombre le dijo:

—Pues ya tengo cena.

Y el erizo le contestó:

—Conmigo no te iba a bastar. Pero puedo llevarte donde están mis ocho crías, la madre nueve y yo diez.

Y el hombre le contestó:

—¿Y dónde están?

—Ahí, en la madriguera.

Así que el erizo hizo como que lo llevaba a por sus crías. Pero en realidad lo condujo a la madriguera de unas serpientes que él conocía. Y cuando llegaron, le dijo que metiera la mano y cogiera lo primero que tocara. Y cuando estaba metiendo la mano, ¡pum!, apareció una serpiente, le mordió en la mano y, zas, allí se quedó el hombre hecho chamusquina.

Y es que, al que tenga negra la cabeza, no hay que ayudarle, sino castigarle.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

La hermana pequeña

Rahma

Este era un hombre que tenía siete hijas y que se disponía a partir de peregrinación a La Meca. Justo antes de irse, les dijo:

—Os dejen provisiones suficientes, así que no tenéis que abrir a nadie la puerta ni salir a la calle para nada.

Y pasaron unos días, hasta que llegó una mujer y empezó a llamar a la puerta:

—¡Abridme la puerta, abridme la puerta, que soy hermana de vuestra madre y traigo a mi hija para que la conozcáis!

Y una de las siete hijas dijo:

—No podemos abrir la puerta. Nuestro padre ha dicho que no abramos a nadie.

—¡Pero si soy vuestra tía! Si hubiera estado vuestro padre seguro que me habría abierto.

Así que abrieron la puerta y entró la tía con un cántaro de leche agria en la que había echado somníferos, y las invitó a todas a beber mientras les decía:

—Esta es mi hija, no es mi hijo; es mi hija, no mi hijo.

Y en cuanto se quedaron dormidas, empezaron a sacar todas las cosas de la casa hasta que la dejaron vacía. Luego, cuando se iban, al cerrar la madre la puerta, le cortó [sin querer] un dedo al hijo y se fueron.

Más tarde, cuando volvía el padre, este hijo fue a esperarle al camino y le dijo:

—Tu hija pequeña, me la vas a dar [en matrimonio].

Y el padre le contestó:

—Espera a que llegue a mi casa. Aún no sé cómo están mis hijas.

El padre llegó a su casa muy triste y una de las hijas le preguntó:

—Padre, ¿qué pasa que estás tan triste?

—Estoy triste porque voy a dar en matrimonio a tu hermana pequeña.

Y en esto la hermana pequeña, que había estado escuchando toda la conversación, preguntó al padre:

—Padre, ¿a quién me has dado en matrimonio?

Y el padre contestó:

—A uno que me estaba esperando en el camino.

—Pues si ya me has dado, ya me has dado.

El día de la boda, todas se dieron cuenta de que el novio [al que le faltaba un dedo] era el que había ido a su casa con la supuesta tía. Así que lo cogieron y lo achicharraron vivo.

La hermana pequeña se marchó entonces de su casa, se fue a ver a un carpintero, y le contó:

—Mi padre me dio en matrimonio y me pasó esto, esto y lo otro, y ahora quiero ocultarme para que nadie me reconozca por la calle.

Y el carpintero le hizo una caja con tal forma que ella podía andar [con la caja puesta] y hacer de todo. Pero sólo podía andar a gatas. Así que se puso a andar así, y en esto la vio una familia y la acogió a cambio de que cuidara los camellos. Y cada vez que se iba al campo con los camellos, se salía [de la caja], se quitaba aquello y se ponía a bailar y a cantar:

*Pastad, pastad, camellos,
y miradme, miradme bien,
que si me ve vuestro dueño
no os dejará venir más a pastar.*

Y los camellos se quedaban embobados, todos menos uno que estaba sordo. La familia se dio cuenta entonces que los camellos estaban muy, muy flacos, todos menos uno. Así que uno de los hijos decidió ir al día siguiente

a vigilarla. Y vio cómo se quitaba aquello y se ponía a cantar Y le gustó tanto, que se fue corriendo a buscar a su madre y le dijo que se quería casar con la muchacha. La madre le contestó:

—¿Con un trozo de madera?

Se casaron. Y ella nunca salía de la caja de madera. Pero un día, sin darse cuenta de que su cuñado la estaba viendo, se la quitó, y el cuñado se quedó deslumbrado de lo bella que era, así que se fue rápidamente a buscar a su madre y le dijo:

—Madre, me voy a casar con la perra de casa.

—¿Pero cómo te vas a casar con la perra, hijo mío?

—Si mi hermano se ha casado con una madera que es pura luz, ¿por qué no me voy a casar yo con la perra, que tiene patas, cabeza... Con esta me quiero casar yo.

{En tono de reproche}:

—¡Por favor!

—Pues me voy a casar con ella.

Se casaron y celebraron la boda, y cuando al día siguiente la esclava les llevó el desayuno se encontró al chico muerto.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

El pescador y las ángeles

Mahjouba

Este era un hombre que se iba rodos los días de pesca. Y cuando se le hacía de noche, se quedaba a dormir en una cueva, y entonces siempre veía a dos mujeres^[19] durmiendo junto al agua. Tenían el pelo tan largo, tan largo que, parte de él, lo usaban de esterilla y otra parte para taparse. Y cuando veían que se levantaba el pescador, se metían al agua rápidamente.

Después de que pasara esto muchas veces, el pescador fue a ver a un anciano sabio, y le dijo:

—Cada vez que voy de pesca y me quedo a dormir allí, salen dos mujeres del agua y duermen en la orilla. Son muy guapas y tienen el pelo larguísimo. Y en cuanto me ven, desaparecen.

El anciano sabio le contestó:

—Son ángeles.

Y el pescador le respondió:

—Y ¿cómo podría apresarlas?

El anciano sabio le preguntó:

—¿Tienes vacas?

—Sí.

—Pues entonces, hay que elegir dos vacas. Cuando paran, la primera leche de la vaca,^[20] que se la tome el toro [padre]. Luego hay que atar [a cada mujer] por el pelo a los cuernos de un toro, y entonces que los toros tiren fuerte.

Y eso fue lo que hizo. Parió una vaca y él le dio la primera leche al toro; y luego parió la segunda, pero no pudo darle al toro la primera leche. Cogió dos cuerdas. Cada una, la ató a los cuernos de un toro. Y cada cuerda, al pelo de las ángeles. Y el toro que se había bebido la primera leche tuvo fuerzas suficientes para arrastrar a la ángel, mientras que el toro que no se la había bebido, tiró de la ángel tan fuerte que la ahogó.

La llevó a su casa [a la ángel], se casó con ella y tuvieron tres hijos, dos niños y una niña. Pero empezó a preguntarse entonces:

—¿Cómo voy a vivir con una esposa muda?

Así que se volvió a casar. Y la segunda mujer maltrataba a los niños [de la primera]. Así que la ángel cogió a sus hijos y se fue. El marido, al verlo, se fue a por la segunda mujer, que salió corriendo, y él detrás, corriendo, corriendo, hasta que [ella] se cayó al mar. Cuando estuvo seguro de que la mujer se había ahogado, volvió a casa.



Archivo Central de Melilla.

Pasó mucho tiempo y se vio solo, así que se volvió a casar. Y tenía una esclava. Y un día, de repente, cuando la esclava estaba limpiando, entraron tres niños y empezaron a saltar por encima de los muebles. Ella no entendía qué estaba pasando, así que se fue a buscar a su amo y le contó lo sucedido.

El amo no le hizo caso. De modo que volvió adonde estaban los niños y se puso a gritarles:

—¡No ensuciéis las cosas de mi amo!

—Tu amo es nuestro padre.

—¿Cómo va a ser vuestro padre?

La esclava volvió donde estaba el amo y le dijo:

—Ahí hay tres niños que dicen que son hijos suyos.

Cuando apareció el padre, uno de los niños empezó a gritar:

—¡Soy Mansour, hijo de Aixa, la que vive en una cueva!

El padre, muy, muy extrañado, les dijo:

—Llevadme donde está vuestra madre.

Se fue con ellos hasta donde estaba la madre y cuando llegaron y ella los vio le entró tanta alegría que empezó a hablar. Y entonces se fueron todos juntos a casa.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

El Shetan y la anciana

Mahjouba

Una vez, un *shetan*^[21] se encontró con una anciana por el camino y la saludó:

—Que Alá esté contigo.

Y ella devolvió el saludo:

—Que contigo esté.

Y él le dijo:

—Yo soy más listo que tú.

Ella le contestó:

—No, yo soy más lista que tú.

El *shetan* dijo:

—Entonces vamos a separarnos. Tú te vas a una aldea y yo a otra, y mañana nos volvemos a ver aquí y comprobaremos quién ha hecho mejor algo bueno.

La anciana se fue a una aldea y vio a una jovencita. Preguntó a los vecinos cómo se llamaba. Llamó a la puerta y cuando ella la abrió, le dijo:

—Hola, hija de mi hermana. He estado preguntando por ti, y como me han dicho que vivías aquí, he venido a verte.

Ella contestó:

—Si mi madre no tiene ninguna hermana...

Y la anciana dijo:

—¿Cómo me ibas a conocer si desde que murió tu madre no he pisado la aldea?

Así que la muchacha la invitó a entrar. Se sentaron, charlaron un buen rato y dijo la anciana:

—Ay, cuánto me gustaría que me prepararas un cuscús.

La joven hizo el cuscús, y dijo:

—Mi marido es imán, así que no podemos cenar hasta que no haga el último rezo.

Pero la anciana replicó:

—Yo tengo hambre, ¿por qué no vamos comiendo nosotras?

Así que la joven empezó a poner la mesa y entonces dijo la anciana:

—Yo necesito dos cucharas para comer. Y también dos esterillas para sentarme.

Y empezó a comer con las dos cucharas, una en la mano izquierda y la otra en la derecha, y la joven le preguntó:

—Pero tía, ¿qué haces?

Y la anciana contestó:

—Es que si no como así, me quedo con hambre.

Y al rato llamaron a la puerta. La joven abrió. Era su marido. Entró donde estaban comiendo y saludó a la anciana:

—Hola, hola, qué tal, cómo estás.

Y la anciana respondió:

—¿Por qué me saludas ahora, si estabas aquí comiendo conmigo hace un instante?

—¿Yo?, ¿cuándo, si es la primera vez que te veo?

Ella dijo:

—Pero mira, si aquí está tu esterilla y tu cuchara usada... *{Haciendo que cae en la cuenta de algo}*: Ahh, ya..., pues ella decía que era su marido... Hace un rato había aquí sentado un hombre y cuando has llamado a la puerta, los dos se levantaron y ya no sé más.

Y la muchacha empezó a decir:

—Pero tía, ¿qué estás diciendo? ¿Me quieres volver loca o qué? ¿Qué hombre había aquí conmigo si eras tú la que estaba comiendo con dos cucharas?

Y la anciana dijo:

—¿Pero es que soy un monstruo yo para comer con dos cucharas? —Y dirigiéndose al marido, le dijo—: Mira, la cuchara. Y aquí la esterilla. El que estaba aquí tenía la misma chilaba que tú y la misma estatura que tú.

Entonces el marido se puso muy furioso y dijo:

—¡Malnacida!, ¡bastarda!, ¡cómo va a decir mentiras tu tía! —y mató a la mujer en el acto.

En cuanto la dejó muerta, la anciana se dio la vuelta y salió de la casa. Y cuando se enteraron en la aldea, los de la familia de la mujer empezaron a pegar a los del marido, y los de la familia del marido a pegar a los de la mujer.

Por su lado, el *shetan* había ido a otra aldea. Al llegar se encontró a una vaca que acababa de parir y a una mujer que iba a ordeñarla. Entonces, espantó a la vaca y le pegó una patada al cántaro para la leche que llevaba la mujer. Y ella agarró lo primero que pudo, que era un azadón, y se lo tiró [al *shetan*]. Pero le dio a la vaca y la tuvieron que sacrificar. Así que aquel día todos en la aldea comieron carne.

Al día siguiente, el *shetany* la anciana se encontraron.

—Buenos días.

Ella le contestó:

—Buenos días.

Ella le preguntó:

—¿Qué has hecho?

Y el *shetan* le contó todo lo que había hecho y luego le dijo:

—Gracias a mí, la aldea entera ha comido carne.

Y ella le contestó:

—Anda, anda, pero qué vas a haber hecho tú eso. Yo he dejado a una aldea con un entierro aún pendiente.

Y tras oír su historia, el *shetan* le dijo:

—Pues entonces, aléjate de mí.

Se despidieron y cada cual se fue por su lado.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

La ajorca

Mahjouba

Estas eran tres chicas que vivían con su madrastra. Un día, el padre le dijo a su mujer:

—Cambia la cena.

La mujer le dijo:

—Te la cambio si abandonas a tus hijas.

El padre llevó entonces a sus hijas a un descampado, las dejó allí tiradas, y se volvió a casa. La mujer le hizo otra cena, el padre comió y las hijas aparecieron de vuelta.

Al día siguiente, les dijo la madrastra:

—Id al río a lavar la ropa.

Las chicas, cada vez que salían de la casa, se llevaban una ajorca,^[22] que era el recuerdo que tenían de su madre. Pero esta vez, al llegar al río, se dieron cuenta de que se les había olvidado, así que la más pequeña volvió a buscarla y por el camino se encontró con un ogro. El ogro la capturó y se la puso atada a la espalda como si fuera su bebé, pues quería usarla para mendigar. Así, cada vez que pasaba por delante de alguna casa, el ogro le decía [a la niña]:

—Habla, di algo.

Y la niña empezaba a cantar:

*Se me olvidó la ajorca de mi madre
y volví a por ella a casa.
Éramos tres hermanas*

*y nuestro padre nos abandonó.
Se me olvidó la ajorca de mi madre
y volví a por ella a casa.
Éramos tres hermanas
y nuestro padre nos abandonó.
Se me olvidó la ajorca de mi madre
y volví a por ella a casa.
Éramos tres hermanas
y nuestro padre nos abandonó.
He vuelto a por ella
y el señor Ogro me capturó
y como un bebé a la espalda me ató.*



Archivo Central de Melilla

Como a todo el mundo le gustaba la voz de la niña, el ogro salía [a pedir limosna] cada vez más con ella. Al cabo de mucho tiempo pasaron por delante de casa de una de las hermanas [de la niña], y a la hermana le llamó tanto la atención aquella voz que le dijo a su marido:

—Esta noche quiero acoger al mendigo.

El marido contestó:

—Vale.

Así que les invitó [al ogromendigo y a la niña] a entrar. Entraron, y la mujer le dijo al ogro:

—Trae que te guarde eso {*señalando al hato en que iba la niña*}.

—Toma, pero cuídalo bien.

Él empezó a comer y de pronto se escuchó que alguien tosía y ella dijo:

—¿Qué es eso? —y abrió el hato que le había dado y vio algo [tan delgado] como un hilo. Sacó [a la niña] y dijo:

—Pero ¿qué es esto?, ¿qué te ha pasado?

Y la niña contestó:

—Nosotras éramos tres hermanas. Nuestra madre murió y nuestro padre nos abandonó. Pero supimos volver a casa. Y al día siguiente, nos mandaron a un río muy lejano, se nos olvidó la ajorca de nuestra madre, volví yo a por ella y el ogro me capturó y empezó a pasearse [mendigando] conmigo por todas partes.

La hermana entonces la reconoció y así, mientras el ogro se preparaba para marcharse, la muchacha metió un perro en el hato. Salió a la calle y cuando [el ogro] dijo:

—Canta algo.

El perro empezó guau, guau, guau.

—Pero ¿qué haces?, ¿por qué no cantas?, ¿quieres cantar de una vez?

Y él guau, guau, guau.

Y cuando se dio la vuelta [el ogro] vio que lo que tenía era un perro. Y la niña, como la adoptó su hermana, se crió con ella hasta que se hizo mayor.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Las dos hermanas y el gato

Rahma

Esta era una chica que vivía con la mujer de su padre y con su hermanastra. Como la madrastra quería deshacerse de ella, la llevó muy, muy lejos, a una casa abandonada, y allí la dejó. Y después de quedar abandonada, por la noche, vio que llegaba un gato, y le dio de comer lo que pudo y le dejó que durmiera allí con ella. Y ya de noche cerrada, se empezó a oír una voz:

—Gato, gatito, ¿dónde te has metido?

Dijo [el gato]:

—Estoy aquí, acostado, cenado.

—Y ¿quién te ha dormido?

De repente entró una mujer, y empezó a preguntar a la niña:

—¿De dónde sales tú?, ¿qué haces aquí?

Y contestó:

—Me han abandonado y he tenido que cobijarme aquí.

Le dijo [la mujer]:

—Te voy a ayudar. Te voy a llenar una cesta con monedas de oro, y te marcharás.

Dijo ella:

—Muy bien.

Así que le llenó la cesta, y se fue, [La niña] llegó a casa.

—Pero ¿estás aquí otra vez?

—Mira, te traigo oro.

—¿Oro?, ¿de dónde traes tú oro? Dime de dónde lo has traído, que lo va a traer también mi hija.

Y dijo la niña:

—Vale.

Llevó a la hermanastra a la casa abandonada y le explicó todo lo que tenía que hacer:

—Quédate en esta habitación. Luego va a llegar un gato. Cuando llegue, tienes que darle de comer.

Se hizo de noche y el gato empezó a maullar. Pero la hermanastra no le dio de comer, sino que cogió una cuerda, se la ató al gato al cuello, y la ató [la otra punta] a una muela de molino. Y a media noche, de pronto, se empezó a escuchar:

—Gatito, gatito, ¿dónde te has metido?

—Estoy atado.

—¿Atado? ¿Quién te ha atado?



Archivo Central de Melilla

Y dijo la niña:

—Yo.

Y fue a abrir la puerta y dijo [a la voz]:

—Estaba maullando mucho.

De repente, vio a una mujer que le preguntó:

—¿Por dónde te empezamos?, ¿por la cabeza o por los pies?

Y respondió:

—Por la cabeza, que así no os veo.

[La mujer] dijo:

—No, te vamos a empezar por los pies, y así nosotros comemos y tú nos ves.

Y empezaron por los pies, come que te come, come que te come, come que te come, hasta que se la acabaron.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 15 de agosto de 2002

El traje de madera

Karima Alganmi

Omar tenía siete hijas, y las tenía siempre encerradas. Un día que se tuvo que ir de viaje, les dejó dicho que cerraran todo, puertas y ventanas, y que no se les ocurriera abrir a nadie. Y dijeron todas:

—De acuerdo.

Al anochecer se acercó a la casa una anciana y llamó a la puerta. Y la menor de las hermanas dijo:

—No abráis, ya sabéis lo que dijo nuestro padre.

Pero una dijo:

—¡Qué más da!, si es sólo una anciana. Querrá descansar un poco. No creo que nos haga nada malo, ¿no?

Después de mucha discusión entre las hermanas, abrieron a la anciana.

—Gracias, hijas mías, gracias por abrirme a mí y a esta hija que me acompaña. Es calva: por favor, no os riáis de ella.

Una de las hermanas dijo:

—¡Por Dios, claro que no nos vamos a reír porque sea calva!

Cenaron todas juntas, charlaron, de todo, pero la menor de las hermanas estaba bastante escamada. Esperó a que se hubieran acostado todas, y susurró a su hermana mayor:

—Esta mujer nos está engañando. Yo creo que su hija en realidad es un hombre disfrazado.

Su hermana replicó:

—No digas tonterías y vete a dormir.

Dijo la menor:

—Bueno, pero yo me voy a la otra habitación.

Al día siguiente, todas menos la menor amanecieron llorando.

La pequeña preguntó:

—¿Que pasa?

—Tenías tazón. No era su hija. Era un hombre. Y ha abusado de todas nosotras.

Dijo la pequeña:

—Y ahora ¿qué vamos a decirle a padre?

El padre, antes de irse de viaje, había dejado siete manzanas enterradas. Si al llegar permanecían intactas, entonces era que sus hijas estaban bien, que no les había pasado nada. Peto cuál fue su sorpresa cuando llegó y vio que estaban todas podridas menos una.

Se quedaron todas embarazadas, y aquello representó una gran deshonra para toda la familia. Las seis hermanas fueron castigadas duramente.

Cuando dieron a luz, quisieron deshacerse de los pequeños. La menor les propuso lo siguiente:

—Podemos hacer esto. Metemos a los críos en un cesto y los tapamos con muchos higos. Luego los llevo yo al mercado y se los vendo al mal nacido que os dejó embarazadas. Si no lo hacemos, no podremos cuidar de las criaturas, y lo peor será que no os podréis casar en la vida.

Y todas estuvieron de acuerdo con que no podían quedarse con los hijos: eso las desgraciaba para siempre, las convertía en el hazmerreír de todo el pueblo.

Cuando llegó la más pequeña al zoco, los higos tenían tan buena pinta que se acercaba mucha gente interesada en comprarlos. Pero no se los quiso vender a nadie hasta que apareció el supuesto padre de las criaturas, que preguntó el precio de los higos y, como le parecieron tan baratos, se quedó la cesta entera. Llegó a su casa y, al coger higos, exclamó:

—¡Desgraciada, la muy desgraciada me ha engañado! ¡Juro que no se va a salir con la suya!

Pasados algunos años, él decidió ir a la casa de las chicas y le explicó al padre que quería pedir la mano de una de ellas.

El padre preguntó:

—¿De cuál?

—De la más pequeña. Puedo darle a cambio su peso en oro.

Al oír el padre la gran oferta que le proponía, no tardó en asentir.

—Aunque nuestra costumbre es que se case la mayor primero, en fin, si insiste tanto en que quiere a la menor... Por cierto, ¿dónde está el oro?, ¿cuándo la pesamos?

Se celebró la boda y la pareja se fue a vivir lejos del pueblo. Al poco tiempo, a la muchacha la visitó una sobrina de su marido:

—¡Qué pena que mi tío quiete tirarte al pozo, con lo guapa que eres!

Cuando escuchó aquello, se llevó un susto de muerte. Y para no caer en la trampa, ideó una manera de salvarse.

Le propuso a la sobrina:

—¿Te gustaría ser tan guapa como yo?

—¡Claro, me encantaría!

—Pues ven que te lo puedo arreglar.

Y al momento le puso su propia chilaba y la maquilló de tal forma que se pareciera a ella. Cuando llegó el marido, arrojó a su sobrina al pozo creyendo que era su mujer, y lo tapó para que no pudiera salir nunca más mientras su mujer salió corriendo por el bosque en busca de ayuda. Después de mucho correr y caminar, divisó a lo lejos una aldea, se adentró en ella y, al ver una carpintería, se le ocurrió algo.

Le dijo al carpintero:

—Quiero que me haga un traje de madera.

El carpintero dijo:

—¿Un traje?

—Sí, ¡no me haga más preguntas!, ¡quiero un traje lo antes posible!, es cuestión de vida o muerte. Le pagaré lo que quiera, le puedo ofrecer toda mi dote.

El carpintero no tardó mucho en hacerle el traje y ella tardó menos en ponérselo: no quería ser vista por el marido. Y así reanudó otra vez la marcha y se topó con un señor que estaba cuidando un rebaño; ella le preguntó si no querría un cabrero a cambio sólo de comida, y él aceptó encantado, de modo que se quedó a vivir en casa de él como cabrero.

Un día pasó un chico y se detuvo a observarla, le parecía demasiado gracioso el "hombre de madera", le gustaba tanto que a partir de entonces, casi todas las tardes se daba un paseo por donde creía que iba a estar ella. En más de una ocasión estuvo a punto de hablarla, pero cuando ella se daba cuenta, rápidamente se quitaba de en medio por miedo a que fuera alguien mandado por su marido para vengarse.

Un día se enteró de que se celebraba una boda en el pueblo de una familia muy conocida, tenía ganas de ver un acontecimiento tan grande, así que decidió ponerse guapa y asistir haciéndose pasar por una invitada más. La boda resultó ser de la hermana del chico que tanto la observaba. El chico no la perdió de vista durante toda la ceremonia, le pareció muy hermosa de modo que, cuando llegó la hora de irse, la persiguió para saber dónde vivía y se llevó una gran sorpresa al ver que se metía en el traje de madera.

Y pensó:

—O sea que eres tú.

A la semana siguiente le dijo a su madre:

—Mamá, me voy a casar.

La madre exclamó:

—¿Puedo saber quién es la afortunada?

El muchacho dijo tartamudeando:

—Es..., es la mujer que lleva el traje de madera.

La madre entonces gritó hecha una furia:

—¿Cómo? ¿Qué mujer? ¡Te has vuelto loco! ¡No es una mujer! Sólo es un muñeco de madera.

El hijo contestó:

—Digas lo que digas me casaré con ella.

Su madre estaba muy preocupada y lo comentó con todos los vecinos y familiares.

—Creo que mi hijo se ha vuelto loco de repente, tengo que buscar un buen curandero.

Pero el hijo no le hizo caso a la madre, conoció a la chica y se gustaron tanto que no tardaron mucho en casarse.

No hubo fiesta, ni invitados..., todos estaban muy tristes y creían que al chico le pasaba algo raro.

Se fueron a vivir juntos a la casa de la madre y al día siguiente mandó a la esclava a que les llevara el desayuno; cuando entró ésta en la habitación dio un grito, no podía creerse lo que estaba viendo y salió corriendo a ver a la madre del chico:

—¡Qué mujer más guapa!

La madre le contestó muy tristemente:

—No permito que te burles de mí, desgraciadamente mi hijo no se ha casado con una mujer.

La esclava le aseguró:

—Estoy hablando en serio, tenía que estar usted muy orgullosa, su hijo se ha casado con una mujer muy guapa. ¿Por qué no va a comprobarlo?

Efectivamente, fue a verla y vio que lo que le decía la esclava era toda la verdad y le entró tal alegría que volvieron a celebrar la boda con una gran fiesta.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 9 de abril de 2002

Las perdices

Mahjouba

Este era uno que tenía dos mujeres. Una era muy tonta y la otra muy lista.

Un día se fue de caza, trajo dos perdices, y le regaló una a cada mujer. La lista cogió la perdiz, la degolló, [\[23\]](#) la desplumó y la puso a cocinar. Y la tonta cogió la perdiz, la metió en una olla, la llenó de agua fría y ya.

Al rato, la lista dijo:

—Voy a ver si está hecha la perdiz.

Y la tonta añadió:

—Yo también iré a ver la mía.

Y cuando la tonta levantó la tapadera de la olla, la perdiz salió volando, y ella, que estaba embarazada, y una hija suya echaron a correr detrás de la perdiz. Pero cada vez que creían que la pillaban, se les escapaba de las manos y echaba a volar. Y así pasó hasta que llegaron muy, muy lejos, tanto que se cansaron y se quedaron allí a dormir. Entonces les salió un ogro. Y cuando salió el ogro, la hija se subió {alargando la mano hacia lo lejos} allá en un monte. Pero la madre se quedó donde estaba. Y la madre avisó a la hija:

—Si me pega [el ogro] por la derecha, entonces pariré un niño y tienes que recogerlo. Pero si me pega por la izquierda, entonces será una niña: déjala. Si es niño, cúbrelo con paja, y si es niña, déjala, no la cubras.

Llegó el ogro y le dio por la derecha, y mientras tanto la niña, que lo veía todo desde lo alto, empezó a echar paja para cubrir a la criatura

mientras el ogro se estaba comiendo a la madre. Cuando terminó de comérsela, le entró mucha sed. Y mirando a la niña le preguntó:

—Dime dónde hay agua o si no subo y te como a ti también.

La niña contestó:

—Allí muy, muy lejos, hay una fuente.

El ogro empezó entonces a correr buscando la fuente, y cuando ya casi había llegado, ella cantó:

*Sécate, sécate, fuente
como lo que Dios dio a mi madre
y como su alma se han secado.*

Y la fuente se secó. Y cuando llegó el ogro, no encontró más que arena. Y empezó a cavar y cavar mientras cantaba:

*Mis manos son picos
y mis piernas, sacos.
Mis manos son picos
y mis piernas, sacos.
Mis manos son picos
y mis piernas, sacos.*

La niña se subió a un árbol y el ogro empezó a agitar mucho el tronco, mientras le decía:

—Baja y dime dónde hay agua o te como ahora mismo.

Y la niña le respondía:

—Por allí a lo lejos, pero muy lejos, hay un río.

Así que el ogro empezó a correr y cuando estaba a punto de llegar al río, la niña cantó:

Sécate, sécate, río

*como lo que Dios dio a mi madre
y como su alma se han secado.*

Y cuando llegó al río, estaba seco. Y a la tercera vez que volvió a preguntarle por el agua, ya no podía más. La garganta, de lo seca que la tenía, se le quemó. Y se murió. La niña se bajó entonces del árbol, cogió al niño, se lo ató en un hato a la espalda y se encontró a una liebre que estaba pariendo. Y la liebre le dijo:

—¿Me ayudas?

—Sí, si me das un gazapo.

Y cuando parió, la liebre se lo dio. Y la niña siguió caminando, caminando, y se encontró con una leona pariendo. Y le dijo la leona:

—¿Me ayudas?

Y ella dijo:

—Sí, si me das un cachorro.

Y cuando parió, la leona le dio un cachorro. La niña siguió caminando, caminando y se encontró con una zorra pariendo. Le dijo [la zorra]:

—¿Me ayudas?

—Sí, si me das una cría.

Y cuando parió, la zorra le dio una cría. [La niña] se fue y se encontró con una jabalina pariendo. Y le dijo:

—¿Me ayudas?

—Sí, si me das una cría.

Parió y le dio la cría. Y se fue y se encontró a una perra pariendo. Y le dijo:

—¿Me ayudas?

—Sí, si me das un cachorro.

Y cuando parió, le dio la cría. Y así hasta llegar a siete [animales]. La niña se llevó a todos aquellos animales a casa y los crió con su hermano. Su hermano creció y empezó a usar a los animales para cazar. Pasó algún tiempo y el hijo del Señor de la aldea la empezó a cortejar, y un día le dijo que quería casarse con ella. Y ella le contestó:

—Pues pídele permiso a mi hermano.

Y le pidió permiso a su hermano, pero éste se lo negó. Así que [el hijo del Señor] fue a ella y le dijo:

—Tú hermano no quiere.

Y ella le contestó:

—¿Y qué puedo hacer yo? Si mi hermano no quiere, ¿qué puedo hacer yo?

[Él fue a ver al hermano y] dijo:

—¿Sabes? Si no me das permiso para casarme con tu hermana, te voy a matar.

Al día siguiente, volvió a ver a la chica y le dijo:

—Tu hermano no quiere, pero ¿sabes lo que puedes hacer?; reúne a todos los animales, mételos en un silo subterráneo y no dejes que cace con ellos mañana.

Al día siguiente, el hermano fue a buscar a los animales y le preguntó a la hermana:

—¿Dónele están los animales con los que suelo cazar?

—Pues no han pasado la noche aquí. Desde anoche no he visto a ninguno. No sé dónde están. No sé dónde se habrán metido.

El hermano se fue a cazar solo, y de repente le salió el hijo del Señor que le preguntó:

—Bueno, ¿me vas a conceder a tu hermana o no?

Y él le respondió:

—A mi hermana no te la concedo aunque se desplome el cielo sobre la tierra.

A lo que replicó el hijo del Señor:

—Pues si así lo quieres, aquí estoy para matarte.

Y [el otro] dijo:

—Sí, pero déjame antes que dé siete voces.

Y el hijo del Señor contestó:

—Y hasta veinte si quieres.

Entonces el hermano empezó a dar unas voces que sólo entendían los animales, y los animales empezaron a oír su voz. Primero el conejo intentó salir [del silo], pero no podía. Lo intentó la zorra, y tampoco podía. Todos

lo intentaron, pero ninguno pudo salir. Hasta que faltaban sólo el león y el jabalí. Cuando escuchó [que lo llamaban], el jabalí, mirando al león, le dijo:

—Nuestro amo nos está llamando.

Así que el jabalí pegó un salto y chocó con la tapa del silo. Pero no pudo salir. Y entonces el león escuchó que lo llamaban a él, y dijo al jabalí:

—Es verdad, nuestro amo nos está llamando. Tenemos que ir.

Así que el león pegó un salto y abrió la tapa del silo, y la tapa golpeó a la muchacha que estaba sentada justo allí, le dio justo en el corazón, y se murió. Mientras tanto, el hijo del Señor de la aldea dijo al hermano:

—Ahora te voy a matar. Ya has dado siete voces.

Le dijo:

—Espera, espera. Cuando llegue aquel remolino de arena, entonces me matas.

{Haciendo ruido de animal corriendo con los dedos sobre la esterilla}: Y llegó el león. Y una vez delante de ellos, destrozó al hijo del Señor. Luego el chico recogió al animal, se fue a su casa y se encontró a su hermana muerta.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

El malvado de los ojos azules

Karima Alganmi

Había dos viudas que vivían en la misma casa y que tenían un niño cada una. Al poco tiempo, se murió una de ellas, y la otra se quedó al cuidado de los dos pequeños, que crecieron bien. Pero entonces ésta se vio en un gran aprieto, porque no sabía cuál de los dos niños era realmente el suyo. Le dijo a su vecina:

—Desde pequeños los hemos criado juntos y ahora no sé cuál de los dos es realmente mi hijo.

La vecina le aconsejó:

—Bueno, si quieres salir de dudas, hazte la enferma, cáete al suelo y empieza a quejarte y a gritar de dolor. Seguramente se acercará a ti el que en realidad es tu hijo.

Hizo todo lo que la vecina le había dicho y, efectivamente, el primero que se acercó a auxiliarla era su auténtico hijo. A partir de ese día cambió el trato que daba a uno y a otro. A su verdadero hijo le cuidaba más, le daba mejor de comer, se reía y hablaba más con él, mientras que al otro lo dejaba más de lado y estaba casi siempre solo. Y como éste lo fue notando, se lo dijo a su hermano:

—Creo que mamá ya no me trata igual que antes. Me hace trabajar más, no me habla, no me da la misma comida que a ti. Creo que ya no me quiere.

El hermano contestó:

—No digas tonterías, claro que te quiere.

—No, creo que será mejor que me vaya de casa antes de que las cosas empeoren.

El otro hermano insistió en que no lo hiciera, pero fue imposible convencerlo.

—Bueno, si es lo que de verdad quieres, vete, pero ten cuidado si te metes en el bosque, pues hay un hombre llamado "el malvado de los ojos azules" que, según dicen, es muy malo. Si te habla, no le hagas caso y sigue siempre tu camino, y, sobre todo, no le cuides el rebaño si te lo pide.

Le aseguró:

—De acuerdo. No te preocupes, que te haré caso.

—Tendré noticias tuyas por esta higuera que ves aquí. Si sigue verde es que estás vivo; si se seca es que estás muerto.

Se dieron un abrazo y se fue. Y cuando iba caminando por lo profundo del bosque, le salió al paso el hombre de los ojos azules.

El hombre preguntó al chico:

—Por favor, ¿puedes cuidarme el rebaño?

—Lo siento, pero no puedo hacerlo.

Al rato se le apareció otro hombre, igual que el primero, que le hizo la misma pregunta, y después otro más, y luego otro, todos con los ojos azules. El chico, ya cansado de tanto hombre de ojos azules, preguntó al siguiente que le salió al paso:

—¿Por qué me encuentro sólo con hombres de ojos azules? Mi hermano me dijo que tuviera cuidado con un hombre malo con los ojos azules, pero ya no puedo distinguir cuál de ellos es el malo.

—Sí, es raro, pero es que en el pueblo todos tenemos los ojos azules. De todas formas no te preocupes, que no voy a ser yo el que te haga daño. Yo sólo quiero ayudarte —le aseguró el hombre. Aunque en realidad lo estaba engañando. Era siempre el mismo que reaparecía una y otra vez. El chico accedió entonces a cuidarle el rebaño, pues de algo tenía que vivir. Y el hombre malo, en vez de ovejas, le entregó unos cuantos perros salvajes que no tardaron en comérselo.

Cuando el hermano acudió un día a la higuera para ver qué noticias tenía del hermano y vio que estaba totalmente seca, le entró mucha tristeza

y enseguida pensó en vengarse del hombre de los ojos azules, así que se adentró en el bosque y el hombre malo no tardó en aparecer.

Dijo el hombre:

—Hola chico, bienvenido al pueblo.

Y el muchacho contestó:

—Gracias señor, es usted muy amable.

El malo le pidió muy rápidamente:

—A ver si me puedes ayudar. Mira, necesito a alguien de tu edad para que me cuide el rebaño.

El muchacho contestó:

—¡Lo haré encantado!

No tardó el hombre malo en entregarle a los perros, pero el muchacho, que estaba ya preparado, les cortó la cabeza a todos. El hombre se quedó asombrado primero y se dio cuenta después de que no iba a poder engañarle tan fácilmente.

El chico dijo:

—Por esta vez, pase. Seguiré trabajando para ti. Pero en cuanto me moleste algo o alguien se enfade conmigo, le cortaré la cabeza.

—Bueno —contestó el malvado, y le pidió que cuidara de su madre, a lo que el muchacho accedió encantado. Pero para que aquél se enfadara le dio a la madre tanto trigo verde machacado que ésta se atragantó y murió.

El chico le preguntó:

—¿Estás enfadado?

Él contestó con mucho disimulo, porque no quería demostrar que estaba enfadado:

—No, no, no lo estoy.

Un día decidieron ir a ver el mar con la mujer del hombre malo. Acamparon en un acantilado y cuando llegó la noche, queriendo deshacerse de él, propuso que se fueran a acostar. Entonces el hombre pidió al muchacho que se echara en el lado más próximo al acantilado, añadiendo que él se pondría en medio y la mujer en el otro extremo. Cuando ya estaban sumidos en el más profundo de los sueños, el chico arrastró cuidadosamente a la mujer del hombre malo y la puso en el sitio que le correspondía a él, y él se situó en el sitio de la mujer. Casi de madrugada, se

despertó el malvado de los ojos azules y, creyendo que el muchacho seguía en su sitio, lo empujó al mar, pero, claro, a quien empujó en realidad fue a su mujer. Al ver que se había equivocado, empezó a gritar:

—¡Te castigaré por esto!

El chico preguntó:

—¿Qué pasa, estás enfadado?

—¡Claro que lo estoy!

El chico se alzó contra él rápidamente y le cortó la cabeza.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 9 de abril de 2002

Las siete hijas abandonadas

Mahjouba

Este era uno que dejó abandonadas a sus siete hijas y se fue, y cada una tuvo que cuidar de sí misma. Un día, muchos años después, apareció el padre mendigando. Una de las hijas se asomó por la ventana, lo reconoció, se acercó a él y le dijo:

—Ven, ven conmigo, mendigo, que yo te voy a ayudar, te voy a dar de comer y un sitio para dormir.

Le hizo entrar en casa, y fue a avisar a sus hijos:

—Cuando por la noche estemos sentados con él, uno de vosotros tiene que decir: "Mamá, cuéntanos un cuento". Entonces yo os diré: "El cuento, hijos míos, lo llevo encima". Y vosotros tenéis que responder: "Vale, mamá, pues cuéntanoslo".

Después de decirles esto, se fue con el mendigo, lo ayudó a lavarse, lo vistió con ropas limpias, le dio de comer y entonces se sentaron todos juntos a charlar. Y dijo uno de los hijos:

—Mamá, cuéntanos un cuento.

Y dijo ella:

—Hijos míos, el cuento lo llevo encima.

—Por favor, mamá, cuéntanos el cuento que llevas encima.

—Hijos míos, éramos siete hermanas. Nuestra madre se murió. Nuestro padre nos abandonó. No teníamos a nadie.

Mientras contaba esto, el mendigo empezó a encogerse más y más y más, hasta que quedó sólo la barba. Y cuando sólo quedaba la barba, su hija

cogió la barba y dijo:

—Fuera de aquí, barba de mi padre. Que Dios te convierta en alimento para los pobres o en esparto.

Y se convirtió en una mata de esparto.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 15 de agosto de 2002

El anciano pobre

Karima Alganmi

Este era un anciano pobre que tenía mujer y cinco hijos. Todos los días se iba a pescar y traía siete peces para comer, uno para cada miembro de la familia.

Y así hacía siempre hasta que un día se hartó de comer siempre lo mismo y poco, y le dijo a su mujer que se iba a buscar trabajo, que aunque fuera mayor pensaba que podía hacer cualquier cosa.

Y eso fue lo que hizo. El anciano se fue sin rumbo fijo en busca de trabajo. Ya lejos de su casa, mientras caminaba, se encontró un pájaro en el suelo muerto de frío. Lo cogió. Tenía tanta hambre que pensó que de buena gana se lo comería, pero sintió tanta pena del animalejo que lo que hizo fue metérselo en la capucha de la chilaba para darle un poco de calor.

Siguió su camino y poco después llegó delante de una casa que parecía habitada por gente rica. Desde fuera se veía un gran huerto, caballos, un buen rebaño de ovejas, cabras... Paró y llamó a la puerta. Le abrió una mujer. Era Nunya, pero él no se dio cuenta. Dijo el anciano:

—Necesito trabajo, he llamado a su puerta porque a lo mejor usted me puede ayudar.

Ella dijo muy entusiasmada:

—Claro que sí, pase. Veo que es mayor, así que no podría hacer gran cosa, pero le haré una prueba y si la supera podrá quedarse.

Él preguntó:

—¿Qué prueba?

—¿Ve aquel árbol? —señaló Nunya—, pues si es capaz de cortar esa rama de un solo golpe, podrá quedarse.

El anciano sacó las fuerzas de donde pudo y rompió en varios pedazos la rama. Además, asegurándose de que no lo veía Nunya, sacó el pan que traía para comer por el camino y lo tiró al suelo. La mujer corrió hacia su marido y le dijo:

—¡Es increíble, rompió la rama y encima se la come! Ven a verlo.

El marido replicó:

—Hay que hacerle otra prueba.

Ella preguntó:

—¿Cuál?

—A ver quien lanza más lejos una piedra.

El marido de Nunya tomó una piedra y la lanzó todo lo lejos que pudo. Estaba seguro de que su adversario no la iba a lanzar más lejos que él. Pero el anciano sacó sin que lo vieran al pájaro de la capucha, lo lanzó como si de una piedra se tratase y voló tan rápido que desapareció. Entonces el anciano les dijo:

—¿Veis? Ni siquiera se ve dónde ha caído la piedra de lo fuerte que la he tirado.

Nunya y su marido se quedaron mudos, sin saber qué hacer. Desesperados de que el anciano pudiera más que ellos, Nunya decidió recurrir a la hermana de su marido. Y le dijo:

—Seguro que ella sabrá cómo acabar con él.



Mujeres en una fuente. Nótese que llevan el cabello descubierto o con un pequeño pañuelo, no como sucede actualmente con el pañuelo que les tapa todo el pelo. Archivo Central de Melilla.

El marido gruñó:

—Haz lo que sea pero quítame de en medio a ese viejo.

—Pues ahora que está despistado, corre a buscar a tu hermana.

El anciano, que mientras tanto había estado atento a toda la conversación, antes de que pudieran ellos actuar, cogió un puñado de clavos y él mismo se dirigió en busca de la supuesta malvada, y cuando supo que estaba cerca de ella empezó a tararear: "Hago pequeño lo grande y grande lo pequeño, tra la ra."

La malvada dijo entonces:

—¿De verdad me puedes convertir en una niña pequeña?

El anciano le dijo:

—Sí, tengo ese poder, pero si quieres que te convierta en niña pequeña, tienes que estar callada todo el rato, sin gritar haga lo que haga.

Ella le contestó:

—De acuerdo.

La tumbó en el suelo, le clavó las manos y los pies con los clavos, y la degolló. Luego se metió en la granja de Nunya, puso velas en los cuernos a una cabra de cada dos, y a media noche las encendió. Las cabras empezaron a correr y Nunya y el marido, que creyeron que les perseguía alguna maldición, intentaron alejarse de allí lo antes posible.

Así fue cómo el anciano se deshizo de todos. Luego registró la casa y se llevó las cosas de valor. Y llegó a su casa todo contento y gritando:

—¡Por fin nos llegó la hora de vivir bien y comer mejor!

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Munat

Karima Alganmi

Había una mujer que no podía tener hijos, así que decidió ver a un brujo; y el brujo le dio un huevo y le dijo:

—Guárdalo bien y cuídalo igual que si estuviera en tus entrañas.

Ella guardó el huevo en una caja, hizo caso al brujo y a los nueve meses nació Munat, una niña preciosa. Pero la mujer, que no quería que su marido se enterase de nada, tenía que esconder a la niña por la noche en un baúl cuando el marido estaba en casa y sacarla por el día en cuanto él se iba a trabajar, y trabajaba desde el amanecer hasta el anochecer. Así estuvo durante un tiempo. La niña empezó a crecer y los vecinos a preguntar si tenían algún crío en casa, porque se oían llantos. La mujer respondía que cómo iba a haber críos en casa si no podía tener hijos, y todos los días decía lo mismo hasta que los vecinos, para salir de dudas, le preguntaron directamente al marido. Él, claro, respondía lo mismo que la mujer, "no, no tenemos ningún crío en casa". Pero como le preguntaban tanto, empezó a inquietarse y un buen día le dijo a su mujer:

—Hoy, después del rezo en la mezquita, iré a visitar a mi tío, que está un poco delicado de salud —pero lo que realmente hizo fue quedarse escondido.

La mujer, creyendo que el marido se había ido, sacó a la pequeña del baúl y estaba jugando con ella cuando, de repente, entró él y la sorprendió.

El marido dijo:

—¿¡Quién es esa niña!?

La mujer vio que no podía seguir ocultando el secreto y tuvo que contarle toda la historia.

Él preguntó:

—¿Y por qué te lo callaste?

Y respondió ella:

—Porque me dio miedo. Creía que te ibas a enfadar.

El caso es que pasaron los años y la niña creció. Era muy hermosa, así que tuvo infinidad de pretendientes. Todos querían casarse con ella. Sin embargo, el padre rechazaba a todo aquel que fuera a pedir su mano... hasta que terminó por darse cuenta de algo: de que era él quien estaba enamorado de ella. Y como, al fin y al cabo, la muchacha no era hija suya sino que había nacido de un simple huevo, le dijo a su mujer que quería casarse con su hija.

Así que unos días después la madre hizo pan, mandó a Munat a por leña y en el trozo de pan que le dio para que merendara por el camino, puso veneno.

Munat tenía que andar mucho hasta llegar a donde estaba la leña, y por el camino descubrió que venía un perro detrás de ella. Se paró a beber en un pozo y allí mismo decidió ponerse a comer; sacó el trozo de pan que su madre le había preparado, le dio un pedazo al perro y éste, al poco rato, empezó a ladrar y a hacer extraños movimientos hasta que de repente se desplomó al suelo. Estaba muerto. Munat no quiso ni pensar que su madre la hubiera intentado envenenar, pero estaba fuera de sí, no deseaba volver a casa, y por precaución no se comió el pan que le quedaba, así que echó a andar, echó a andar a buen paso, y después de un largo rato andando vio una casa a lo lejos, se llegó hasta ella y llamó a la puerta. Le abrió una joven y Munat le pidió que la dejara pasar, que llevaba mucho tiempo caminando y que estaba sedienta y muy cansada.

La joven la dejó entrar y se pusieron a hablar, y contó a Munat que estaba sola porque todos sus hermanos trabajaban duramente, de sol a sol, y que era ella la que se ocupaba de todos. Munat le preguntó si podía darle cobijo unos días, que no tenía donde ir. La chica le respondió que no, porque era demasiado hermosa y sus hermanos, al verla, se iban a pelear por casarse con ella. Munat dijo que podía ayudarle todo el día en las tareas

del hogar y esconderse por la noche, cuando fueran a llegar los hermanos. A la chica le pareció una idea estupenda, así que accedió. Y cuando los hermanos regresaron por la noche, se sorprendieron de tanta limpieza.

Uno de los hermanos preguntó:

—¿Es que te viene a ayudar alguien?, tú sola no puedes trabajar tanto.

Y ella contestó:

—No viene nadie. Es sólo que ahora madrugo mucho y así puedo hacer las tareas mejor.

El hermano mayor no se quedó tan convencido, así que decidió fingirse enfermo y vigilar a la hermana. Pero ella le preparó un jarabe que le tuvo dormido todo el día, así que él no se enteró de nada, y cuando llegaron los hermanos por la noche y corrieron a su cuarto, se lo encontraron durmiendo. Pudieron despertarlo a duras penas y, al levantarse, dijo un poco fastidiado que no había visto nada.

A la noche siguiente decidió quedarse otro hermano, y le pasó justo lo mismo; y así todos hasta que le llegó el turno al más pequeño. Cuando se acercó la hermana con el jarabe, él la agarró de la muñeca y le dijo:

—Sé que esto no es para curarme. Así que dime quién más vive en esta casa.

La hermana empezó a contar:

—Una chica muy hermosa, pero me tienes que jurar que va a ser el mayor el que case con ella.

El muchacho asintió. Pero cuando vio a Munat, se quedó prendado de tanta hermosura: nunca había visto una mujer tan hermosa. El caso es que Munat, en efecto, se casó finalmente con el mayor tal como se había decidido, pero no fue nada feliz, pues a quien amaba en realidad era al menor.

Pasaron los años. Una vez que iba Munat paseando tranquilamente por la calle, se topó con un señor montado en burro vendiendo cosas. Ella no se dio cuenta, pero era su padre, quien se le acercó y le ofreció un anillo:

—Toma, te dará mucha suerte. Pero no te lo quites. De todas formas, si alguna vez te lo quitas, fíjate bien en no dejarlo nunca encima de ninguna cosa.

Un día Munat se quitó el anillo para hacer pan y se lo guardó en la boca mientras amasaba.

El anillo estaba envenenado.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 22 de marzo de 2002

El chico que quiso tener un problema

Karima Alganmi

Este era Hamed, un chico que lo tenía todo y que se le antojó tener un problema,^[24] así que se puso a repetirle a su padre constantemente que quería tener un problema.

El padre acabó por hacerle caso. Y le pidió que fuera al sur a traer cebada y le dio un burro, un caballo y un camello. Y el muchacho se fue. Y cuando volvía a casa, le salió Zusra por el camino. Y Zusra le preguntó:

—¿Y ahora qué, te como a ti o al burro?

Y el chico dijo:

—A mí no, por favor, a mí no —y le entregó el burro y echó a correr.

Al rato le volvió a salir al paso Zusra, y le preguntó:

—¿Y ahora qué, te como a ti o al caballo?

El chico le dio el caballo y volvió a salir corriendo, y lo mismo pasó con el camello. En cuanto se lo dio, echó a correr, esta vez con más miedo que antes, porque ya no tenía nada que darle, así que se subió al árbol más alto que encontró mientras Zusra corría y corría para alcanzarle. Cuando Zusra llegó al árbol se sentó debajo y se dijo en voz baja:

—Como encuentre a Hamed le voy a dar un problema. Uno de verdad.

Hamed, al escucharla, se puso tan nervioso que se le cayó el turbante al suelo. Zusra descubrió así que estaba en el árbol.

*¡Sopla, sopla viento del sur
y haz que Hamed se caiga!
¡No dejes de soplar
hasta que en mis brazos caiga!*

Mientras Zusra gritaba estas cosas y Hamed había perdido toda esperanza de salir con vida, pasó una paloma y se posó junto al muchacho. Hamed le pidió al pájaro que fuera a ver a su padre y le dijera que viniera a ayudarlo, que ya estaba harto de problemas. Y así lo hizo la paloma.

El padre reunió a toda la gente del pueblo y fueron en busca del chico. Viendo que venía tanta gente, Zusra no tuvo más remedio que huir, y Hamed se pudo librar de ella.

Pero al cabo de mucho tiempo, un día en que Hamed estaba jugando con sus amigos, pasó Zusra y lo reconoció, pero él a ella no. Ella se había transformado en una mujer muy bella. Todos la miraban, pero claro ella quería a Hamed, y para poder atraparlo, les propuso un juego:

—Voy a pelearme uno por uno con vosotros, y me casaré con el primero que me pueda tirar al suelo, ¿de acuerdo?

Todos querían pelearse con Zusra, claro, pero nadie pudo con ella. Sólo cuando le llegó el turno a Hamed, Zusra se dejó ganar.

Se casó con Hamed, se fueron a vivir a la casa de los padres del muchacho, y tuvieron una hija. Pasó mucho tiempo y el padre de Hamed empezó a notar que cada día faltaba una cabra. Así que decidió pasar la noche en el corral y esconderse entre las cabras para poder atrapar al ladrón. A media noche notó que alguien le tiraba fuertemente de la pierna y cuál fue su sorpresa cuando se dio cuenta de que era Zusra. Y Zusra dijo:

—Sólo venía a ordeñar una cabrita para darle leche a la niña.

El padre de Hamed no se lo creyó, se apresuró a contarle todo a su mujer, y después huyeron muy lejos de allí. Ante la desaparición de los padres de Hamed, Zusra se percató de que la habían descubierto y dijo a Hamed:

—Mientras tú haces el pan, yo iré a buscar a tus padres, pero ten cuidado, porque como no lo hagas te comeré, como se quede crudo te

comeré, y también te comeré como se queme.

Hamed comprendió entonces que aquella mujer que le estaba hablando era la misma que le había esperado tan impacientemente debajo de aquel árbol. Así que destapó el silo subterráneo que tenían en el porche y colocó una alfombra sobre la abertura. Cuando volvió Zusra, Hamed la invitó a sentarse en la alfombra. Zusra se cayó por el agujero y Hamed se apresuró a tirar a su interior toda la madera que pudo encontrar por allí cerca, y luego la prendió fuego mientras Zusra vociferaba:

—¡Ay de ti como dejes algún hueso mío sin quemar, te quedarás ciego para toda la vida!

Hamed buscó rápidamente a su hija y huyó muy lejos de allí. Encontró a sus padres y volvieron a su casa. El silo seguía ardiendo. Hamed lo destapó y le saltó una chispa justo en el ojo. Una chispa que le dejó ciego para toda la vida.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

El rey

Karima Alganmi

Hubo una vez un rey que dio un bando que decía:

—Que todos asistan a la reunión que tendrá lugar esta tarde. Tengo que comunicar algo importante.

Todos fueron a la reunión, menos uno. El rey, que lo echó en falta, preguntó a la guardia:

—¿Por qué Hammú no ha venido?

Uno de los guardias contestó:

—No lo sé, mi señor.

Dijo el rey:

—Quiero que vayas a su casa y preguntes por qué no ha venido.

El guardia fue a casa de Hammú, llamó a la puerta y le abrió una de sus hijas.

Preguntó el guardia:

—¿Dónde está tu padre?

Contestó la niña:

—Ha ido a echar agua sobre agua.

Volvió a preguntar el guardia:

—¿Y tu madre?

—Ha ido a coger el alma del alma.

—¿Y tu hermano?

—Ha ido al zoco de la ruina.

El guardia volvió donde estaba el rey y se lo contó todo, y ni el uno ni el otro entendieron lo que había querido decir la hija. Así que el rey ordenó:

—Ve a buscar a Hammú y tráemelo inmediatamente a palacio. Quiero que me explique lo que significa todo esto.

Cuando el guardia lo trajo a palacio, el rey preguntó a Hammú:

—¿Qué significa lo que dijo tu hija?

—Bueno, "agua sobre agua" es regar melones, "coger el alma de un alma" es asistir a un parto, e "ir al zoco de la ruina" es no hacer nada, andar por ahí perdiendo el tiempo.

Al rey le gustó tanto aquel juego de palabras que decidió casarse con la muchacha. Pero a ella no le gustaba tanto la idea.

—No, no puedo casarme con él.

—Pero ¿estás loca? No puedes rechazar al rey, ¿no ves que nos puede cortar la cabeza a todos?

Y dijo la hija:

—Entonces, aceptaré sólo si me construye un palacio dentro del suyo.

El padre contestó:

—Hija, creo que eso será mucho pedir.

—Pues si no lo hace, no me casaré con él.

Temblando de miedo, con la boca seca y tartamudeando, Hammú contó al rey lo que pedía su hija, y el rey, con tal de casarse con ella, accedió a la petición y le construyó un palacio dentro del suyo.

Un día en que ella estaba asomada al balcón de palacio, vio a dos hombres. Uno iba en burra y otro en yegua. Resultó que les sorprendió la noche y tuvieron que dormir donde pudieran en el monte, y que esa misma noche los animales parieron. A la mañana siguiente, uno de ellos, que estaba medio dormido, cogió a la burrilla recién nacida y la dejó al lado a la yegua, y luego a la potrilla recién nacida y la puso al lado de la burra. Y cuando se despertaron del todo, hasta ellos mismos creyeron que eran las verdaderas crías de cada hembra, no se imaginaron que podían estar cambiadas. Pero las crías crecieron y los hombres vieron que la cría de la burra era mucho más grande que la madre y que la cría de la yegua no crecía. Para buscar respuesta a este misterio, acudieron al rey, a ver si él lo explicaba.

Contestó el rey sin mucho interés:

—No me vengáis con tonterías, si ha pasado así, es que es así.

Así que los hombres se fueron muy preocupados porque no habían podido resolver el dilema. Pero entonces se encontraron con la reina, y ella les pidió que se lo expusieran todo.

—Bueno, pues volved y decidle al rey que habéis visto un pez que salía del agua y se ponía a comer trigo, a ver si así os hace más caso —les aconsejó ella.

Así lo hicieron, y el rey les contestó:

—¿Trigo?

Los hombres replicaron:

—Trigo.

Exclamó el rey:

—¿Cómo que un pez comiendo trigo? Pero ¿os habéis vuelto locos o qué?

Uno de los hombres preguntó:

—¿Y por qué eso no, pero sí que una yegua dé a luz a una burrilla?

El rey replicó muy enfadado:

—¿Cómo te atreves a contestar así?, ¿quién os ha enseñado a hablar de esa forma?

—Su mujer, majestad.

El rey, muy enfadado, fue a pedirle explicaciones a su mujer:

—Quiero que te lleves todo lo que te guste del palacio y te vayas de aquí. ¿Es que quieres reinar mejor que yo?

Contestó la mujer:

—Bueno, si eso es lo que quieres, me iré. Sí, mañana mismo me iré.

El rey todas las noches antes de acostarse tomaba té. Pero esta vez el té fue acompañado de somníferos que le había añadido la reina. Cayó profundamente dormido y ella lo metió en un baúl, llamó a un guardián y le dijo que lo que quería llevarse era el baúl.

El guardián preguntó muy sorprendido:

—El rey le ha ofrecido llevarse todo lo que guste, ¿y elige este baúl?

Ella insistió:

—Sí, es lo único que me gusta, este baúl.

Cuando el rey se despertó al día siguiente le dio un sobresalto, y preguntó:

—¿Dónde estoy?

La reina contestó:

—En mi casa. Me dijiste que me llevara lo que más me gustaba de palacio y así lo hice, me he traído lo que más me gustaba: tú.

El rey, al ver la valentía de su mujer, le ofreció reinar durante el resto de su vida, y volvieron nuevamente al palacio.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 27 de abril de 2002

La gacela y el zorro

Fatima

Esta era una gacela que tenía siete crías y cada vez que salía a buscar comida para ellas, les decía:

—No abráis la puerta a nadie, que podría venir el zorro y comeros.

Y una de ellas respondía siempre:

—No, mamá. No vamos a abrir a nadie.

La madre salía por comida y al volver les decía:

—Abrid la puerta, hijas mías, soy mamá y os traigo agua y comida.

Un día, como siempre, salió a buscar comida, y al poco tiempo de haber salido, llegó el zorro y empezó a llamar a la puerta. Y el zorro dijo:

—Abridme la puerta. Soy mamá y os traigo mucha comida.

Una de las crías se puso detrás de la puerta y dijo:

—Sabemos que no eres nuestra madre. Nuestra madre no habla así. Sabemos que eres el zorro. Nuestra madre se acaba de ir.

El zorro no dijo nada y siguió su camino. Al día siguiente, el zorro vigiló a la gacela y se aprendió todo lo que decía la madre al llegar a casa para que sus hijas le abrieran la puerta. Y al otro, nada más salir la gacela de su casa para ir en busca de comida, el zorro se presentó en la casa y dijo:

—Abrid la puerta, hijas mías, soy mamá y os traigo agua y comida.

Una de las crías abrió la puerta, entró el zorro y se las comió a todas menos a una que estaba sorda y se había quedado dormida detrás de la

puerta. Llegó la madre y se puso furiosa al ver que la única que quedaba era la sorda. Empezó a preguntar:

—¿Dónde están tus hermanas?, ¿dónde están tus hermanas?

Pero la cría no se enteraba de nada de lo que estaba diciendo su madre. Aunque por gestos, y llorando, le pudo explicar que el zorro se había comido a todas sus hermanas. Inmediatamente después, fue a buscar al herrero y le dijo:

—Por favor, herrero, necesito que me pongas unos cuernos de hierro. El zorro se ha comido a todas mis hijas y quiero pelear con él.

Y el herrero le contestó:

—Sí, te haré los cuernos de hierro, pero con una condición: que me traigas un racimo de uvas.

Así que la gacela fue a buscar a los vendimiadores y les dijo:

—Por favor, vendimiadores, necesito que me deis un racimo de uvas para dárselo al herrero para que me haga unos cuernos de hierro. El zorro se ha comido a todas mis hijas y quiero pelear con él.

Y los vendimiadores le contestaron:

—Sí, te daremos el racimo de uvas, pero con una condición: que nos traigas agua.



Archivo Central de Melilla

Así que la gacela fue a buscar una fuente y le dijo:

—Fuente, fuente, necesito que me des agua para dársela a los vendimiadores para que me den un racimo de uvas para dárselo al herrero para que me haga unos cuernos de hierro. El zorro se ha comido a todas mis hijas y quiero pelear con él.

Y la fuente le contestó:

—Sí, te daré agua, pero con una condición: que me traigas a unos músicos para que canten cerca del agua.

Así que la gacela fue a buscar a los músicos y les dijo:

—Músicos, músicos, por favor, necesito que vayáis a la fuente y le pongáis música al agua para que la fuente me dé agua para dársela a los vendimiadores para que me den un racimo de uvas para dárselo al herrero para que me haga unos cuernos de hierro. El zorro se ha comido a todas mis hijas y quiero pelear con él.

Y los músicos respondieron:

—Sí, le pondremos música al agua, pero con una condición: que vayas a buscar a un pastor y le pidas una oveja.

Así que la gacela fue a buscar al pastor y le dijo:

—Pastor, pastor, necesito que me des una oveja para dársela a los músicos para que vayan a la fuente y le pongan música al agua para que la fuente me dé agua para dársela a los vendimiadores para que me den un racimo de uvas para dárselo al herrero para que me haga unos cuernos de hierro. El zorro se ha comido a todas mis hijas y quiero pelear con él.

Y el pastor le contestó:

—Sí, te daré una oveja pero con una condición: que vayas a buscar a un cocinero para que me dé algo de comer.

Así que la gacela fue a buscar al cocinero y le dijo:

—Cocinero, cocinero, necesito que me des algo de comer para dárselo al pastor para que me dé una oveja para dársela a los músicos para que vayan a la fuente y le pongan música al agua para que la fuente me dé agua para dársela a los vendimiadores para que me den un racimo de uvas para dárselo al herrero para que me haga unos cuernos de hierro. El zorro se ha comido a todas mis hijas y quiero pelear con él.

Y el cocinero le contestó:

—Sí, te daré algo de comer, pero con una condición: que vayas a buscar a los segadores para pedirles trigo.

Así que la gacela fue a buscar a los segadores y les dijo:

—Segadores, segadores, necesito que me deis trigo para dárselo al cocinero para que me dé algo de comer, para dárselo al pastor para que me dé una oveja para dársela a los músicos para que vayan a la fuente y le pongan música al agua para que la fuente me dé agua para dársela a los vendimiadores para que me den un racimo de uvas para dárselo al herrero para que me haga unos cuernos de hierro. El zorro se ha comido a todas mis hijas y quiero pelear con él.

Y los segadores le contestaron:

—Sí, te daremos trigo, pero con una condición: que vayas a buscar a {señalando} aquella mujer para que te dé leche agria.

Así que la gacela fue a buscar a la mujer y le dijo:

—Señora, señora, por favor, necesito que me dé un poquito de leche agria para dársela a los segadores para que me den trigo para dárselo al cocinero para que me dé algo de comer, para dárselo al pastor para que me dé una oveja para dársela a los músicos para que vayan a la fuente y le pongan música al agua para que la fuente me dé agua para dársela a los vendimiadores para que me den un racimo de uvas para dárselo al herrero para que me haga unos cuernos de hierro. El zorro se ha comido a todas mis hijas y quiero pelear con él.

Y la mujer le contestó:

—Sí, querida hija, te daré leche agria para que se la des a los segadores.

Y la gacela cogió la leche agria y se la dio a los segadores, que le dieron trigo; y dio el trigo al cocinero, que le dio algo de comer; y dio la comida al pastor, que le dio una oveja; y dio la oveja a los músicos, que le dieron música para la fuente; y la fuente le dio agua, que dio a los vendimiadores; y los vendimiadores le dieron un racimo de uvas, que dio al herrero, que le hizo los cuernos de hierro. Entonces la gacela fue a la casa del zorro y le dijo:

—Zorro, ven a pelear conmigo.

Y el zorro le contestó:

—Déjame o te comeré igual que a tus hijas. No me molestes. Estoy limpiando el trigo.

Y al rato, la gacela volvió a decirle:

—Zorro, ven a pelear conmigo.

Y el zorro le contestó:

—Déjame, que estoy comiendo. No me molestes.

Al rato la gacela le dijo otra vez:

—Zorro, ven a pelear conmigo.

Y el zorro le contestó {con voz cansina}:

—Bueeeeno, vaaaale, vamos a pelear.

La gacela, rápidamente, se acercó al zorro y le clavó los cuernos en la tripa, y le sacó los intestinos.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

La huida

Mahjouba

Este era uno y su mujer que tenían una esclava negra. Un día, la voz de Dios bajó y le dijo [al hombre]:

—Tienes que huir. Van a venir a matarte.

Así que fue, reunió a todos sus animales y huyó a otra tierra.

Y bajó la voz de Dios y le dijo:

—Estás pecando.

Y él dijo:

—¿Qué he hecho?

Y [la voz] le dijo:

—Te has llevado contigo a una esclava y eso es pecado.

Y él dijo:

—¿Por qué?

Y [la voz] dijo:

—Porque tienes que casarte con ella. No puedes huir llevándote a una esclava. Cásate con ella y hazla tu mujer, así estarás a bien con Dios.

Y él dijo:

—Conforme.

A los pocos días, [el hombre] dijo a su mujer:

—Haz un poco de pan.

La mujer hizo el pan, él degolló una oveja, trajo a los recitadores del Corán^[25] y se casó con la esclava. Y se dirigió a su mujer diciéndole:

—¿Sabes lo que estoy haciendo hoy?

Contestó:

—¿Qué?

Él dijo:

—Me estoy casando con nuestra esclava.

Ella dijo:

—Entonces, ¿te casas con otra?

Y le dijo él:

—Es porque me ha bajado la voz de Dios y no puedo vivir en pecado.

Al tiempo, [la esclava] se quedó embarazada. Cuando llegó el último mes del embarazo, la esposa le dijo a su marido:

—Si da a luz en esta casa, o la mato a ella o te mato a ti. La tienes que echar.

Y el marido dijo:

—Pero mujer, cómo voy a echar a una mujer embarazada.



Archivo Central de Melilla

Ella dijo:

—Sí, échala.

Así que fue a por ella y se marcharon los dos, y echaron a andar, y andar, y andar, y así llegaron a un bosque, y allí la abandonó, y la pobre se quedó sólo con Dios. En aquel sitio había muchas, muchas palmeras, así que comía dátiles, se comía sólo los del suelo. Se caían y ella los recogía y se los comía. Cuando llegó el día del parto y le dio un dolor, se puso debajo de una palmera, clavó los tobillos en el árbol, y se dispuso para parir. Entonces sintió hambre. Y le salió de dentro la voz de su hijo que le dijo:

—Dale, dale al tronco y así caerán dátiles.

Empezó a darle y cayeron dátiles. Y al rato nació un niño, que se supone que es Ismael.^[26] Le tapó con hojas y ella también se vistió con cosas del bosque. Luego sintió mucha sed. Empezó a buscar agua, pero no encontraba porque estaba en el desierto y allí no había agua. En esto se le apareció un shetan que le dijo:

—¡Se ha muerto tu niño!

Así que ella fue corriendo hasta donde estaba su hijo y vio que el hijo estaba vivo. Y se fue otra vez a por agua, y le volvió a salir el shetan y le dijo:

—¡Los animales se han comido a tu hijo!

Así que fue hasta donde estaba su hijo y vio que estaba vivo. Y se fue a por agua otra vez, y el shetan le volvió a decir:

—¡Mujer huida, los animales están despedazando a tu hijo!

Así que ella volvió al lado de su hijo y vio que estaba bien. Después de haber ido tres veces a buscar agua, se quedó sentada al lado del niño y vio cómo empezaba a moverse y a sonreír y comenzó a salir agua {señalándose primero debajo de una mano, luego de la otra, luego de un pie y luego del otro} por aquí, por aquí, por aquí y por aquí. Así que empezó a beber agua y se dio cuenta de que la saciaba tanto que no necesitaba más alimento.

[<En un aparte>: A aquella fuente se le llamó "Fuente de Zam Zam"^[27] y es donde nació Ismael].

Si pasaba por allí alguien y le decía:

—¿Me das agua?

Ella decía:

—No.

Y si [aun así] se acercaba a beber, ella decía:

—Desaparece, desaparece.

Y entonces el agua desaparecía. Y en cuanto se iba la gente, decía:

—Sube, sube, agua.

[Y entonces subía el agua]. Y ella hizo una señal para saber dónde estaba la fuente, y todo el mundo quería beber de ella.

Un día pasaron por allí unos comerciantes. Se les hizo de noche justo allí, y vieron a la huida, y la ayudaron dándole de comer y vistiéndola, [pues] se la encontraron casi desnuda a él y al hijo. A partir de entonces, cada vez que pasaban, [la mujer] comía y vestía de ellos.

Un día, por casualidad, uno de los comerciantes se encontró con el padre de Ismael y le contó del sitio tan bonito en el que habían estado. Y el padre de Ismael dijo:

—Pues mañana voy con vosotros.

Se fue con ellos, pasaron allí la noche, y al día siguiente vio al niño, y cuando vio a su mujer la reconoció. Pero ni él [el niño] ni ella le reconocieron. [El padre] se sentó con el niño y le empezó a preguntar:

—¿De dónde sois?

Y el niño le dijo:

—Mi madre fue la segunda mujer de mi padre. Cuando mi madre se quedó embarazada, la primera mujer no la quiso con ella y mi padre se fue de donde estaban con mi madre y luego la abandonó aquí. Y ella se estuvo alimentando de dátiles, y me alumbró aquí hasta que Dios nos dio esto. Y ahora vivimos bien.

Y el padre le dijo:

—Vamos a construir una mezquita. Vamos a limpiar un poco de bosque y vamos a construir una mezquita.

El hijo dijo: —Muy bien.

Construyeron una mezquita y el padre le dijo:

—Yo soy tu padre —y se quedó a vivir con ellos.

Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

El tamiz

Mahjouba

Estas eran dos hermanastras. Un día, su madre les mandó a buscar agua [a la fuente], y les dijo:

—La que me traiga agua comerá hoy carne con su padre.

A la que no era su hija, le dio un tamiz, y a su hija le dio un botijo. La hija regresó al rato con el botijo lleno de agua. Mientras tanto, a la otra, al cruzar el río para ir a por agua, se le cayó el tamiz y se lo llevó la corriente. Así que empezó a correr, a correr y a correr hasta que lo perdió de vista. Y entonces se encontró con un pastor y le preguntó:

—Por favor, ¿ha visto un tamiz bajando por el río?

Y el pastor le respondió:

—No. No he visto un tamiz, pero pregúntaselo a aquel segador.

Se acercó al segador y le preguntó:

—Por favor, ¿ha visto un tamiz bajando por el río?

Y el segador le contestó:

—No. Pero acércate a aquella casa y pregúntale a la tía Alegría.

Al llegar a la casa, la niña empezó a gritar:

—¡Tía Alegría!, ¡tía Alegría!

Y rápidamente salió una ogro de la casa que gritó:

—¡A quien me ponga hoy alegre, Dios le alegrará!

Al acercarse, la niña dijo:

—Soy yo, tía Alegría. Por favor, ¿ha visto un tamiz bajando por el río?

Y ella respondió:

—Sí, en mi casa lo tengo. Entra conmigo a cogerlo. Pero dime, ¿por qué puerta quietes entrar? ¿Por la de las agujas o la de madera?

Y ella dijo:

—Como no tengo ni padre ni madre, entraré por la puerta de las agujas misma.

Y ella dijo:

—No, hija mía, entra por la puerta de madera —y le dijo también—: ¿Dónde quietes bajar, al silo del oro o al silo de las serpientes?

Y ella dijo:

—Como no tengo padre ni madre, bajaré al silo de las serpientes.

Y ella dijo:

—No, hija mía, baja al silo del oro —y le dijo otra vez—: ¿En qué burro te quietes montar, en el burro cojo o en el que tiene cuatro patas?

Y ella dijo:

—Como no tengo ni padre ni madre, me montaré en el burro cojo.

Y ella dijo:

—No, hija mía, te montarás en el burro que tiene cuatro patas.

Le dio el tamiz, la llenó de oro, la montó en el burro que tenía cuatro patas, y [la niña] se marchó a casa. La madrastra la vio desde lejos toda brillante, con ropa nueva y muy limpia, y le preguntó:

—Ay, hija mía. Pero ¿dónde te habías metido? Estábamos muy preocupados por ti.

La madrastra le mandó que le contase todo lo que le había pasado. Y a la mañana siguiente mandó a las dos niñas a por agua. A su hija le dio el tamiz, y a su hijastra le dio el botijo. La hijastra volvió con el botijo lleno de agua. Mientras tanto, a la otra, al cruzar el río para ir a por agua, se le cayó el tamiz, y se lo llevó la corriente. Así que empezó a correr, a correr y a correr hasta que lo perdió de vista. Y entonces se encontró con un pastor y le preguntó:

—Por favor, ¿ha visto un tamiz bajando por el río?

Y el pastor le respondió:

—No. No he visto un tamiz, pero pregúntaselo a aquel segador.

Se acercó al segador y le preguntó:

—Por favor, ¿ha visto un tamiz bajando por el río?

Y el segador le contestó:

—No. Pero acércate a aquella casa y pregúntale a la tía Tristeza.

Al llegar a la casa, la niña empezó a gritar:

—¡Tía Tristeza!, ¡tía Tristeza!

Y rápidamente salió una ogro de la casa que empezó a gritar:

—¡A quien me ponga hoy triste, Dios le entristecerá!

Al acercarse, la niña dijo:

—Soy yo, tía Tristeza. Por favor, ¿ha visto un tamiz bajando por el río?

Y ella respondió:

—Sí, en mi casa lo tengo. Entra conmigo a cogerlo. Pero dime, ¿por qué puerta quieres entrar? ¿Por la de las agujas o la de madera?

Y ella dijo:

—Como tengo padre y madre, entraré por la puerta de madera.

Le dijo ella:

—No, tú entrarás por la puerta de las agujas —y le dijo también—: ¿Dónde quieres bajar, al silo del oro o al silo de las serpientes?

Y ella dijo:

—Como tengo padre y madre, bajaré al silo del oro.

Y ella dijo:

—No, tú bajarás al silo de las serpientes —y le dijo otra vez—: ¿En qué burro te quieres montar, en el burro cojo o en el que tiene cuatro patas?

Y ella dijo:

—Como tengo padre y madre, me montaré en el burro que tiene cuatro patas.

Y ella dijo:

—No, tú te montarás en el burro cojo —y también le dijo—: ¿Quieres que te dé el tamiz?

Y la niña dijo:

—Como tengo padre y madre, dame mi tamiz.

La ogro no le dio el tamiz. La llenó de serpientes, la montó en el burro cojo y cuando estaba llegando cerca de su casa, su madre ya la estaba esperando. [La niña] estaba ennegrecida y picoteada por las serpientes. La madre empezó a preguntarle:

—¿Dónde te habías metido, hija mía, dónde te habías metido?

[La niña] abrió la boca para reírse y se le cayeron todos los dientes.
Y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió.

Alhucemas, 15 de agosto de 2002

Entrevistas

Entrevista con Fadela

Pregunta: Fadela, ¿quién te contaba los cuentos?, ¿de quién los aprendiste?

Respuesta: Los cuentos los empecé a aprender y a contar cuando ya era mayorcita [a partir de 10 años]. Como siempre he trabajado rodeada de mujeres, en los momentos de descanso, en vez de criticar a la gente, meternos con unos y con otros, nos poníamos a contar cuentos.

Y el recuerdo más vivo que tengo es cuando estuve ingresada en el hospital por una operación. Conocí a una mujer en el hospital y matábamos el tiempo contándonos cuentos. Sobre todo ella a mí. Me contaba cuentos de muchas clases, sobre todo de los hombres de los que no hay que fiarse, cuentos de amistad entre mujeres. Los cuentos que me contaba le recordaban momentos de su propia vida, que también me contaba.

P: Cuando eras pequeña, ¿no te contaban cuentos tus padres, tus abuelos, etc.?

R: No, no recuerdo que ningún miembro de mi familia me haya contado cuentos. Nadie me contaba cuentos.

P: ¿No recuerdas que a los cuatro o cinco años tu abuela o tu madre te contasen cuentos?

R: No. Yo me crié en el campo con mi abuela y mi abuela no me contaba cuentos, porque las historias que sabía eran verdaderas y no las contaba por miedo. Decía que no tenía que hablar, que no podía contarlas. Nos entretenía, más bien, con adivinanzas.

P: ¿Para qué sirve contar cuentos?, ¿qué sientes cuando los cuentas?

R: Sirve para entretenerse uno mismo en vez de andar hablando mal de la gente.

P: Y ¿qué sientes cuando los cuentas?

R: Me meto tan dentro de los cuentos que parece que son historias que me pasan a mí. Prefiero que alguien se ponga a contarme cuentos a que alguien se ponga a criticarme.

P: Y todos los cuentos que te han contado, cuando tú los cuentas, ¿los cambias?

R: No. Creo que no hay ningún cambio. Igual que me los cuentan ellas, los cuento yo. La mujer que me dejó tan buen recuerdo con sus cuentos en el hospital, tenía sesenta y cinco años. Tenía un negocio de preparación de bodas, desde la comida hasta poner guapa a la novia, vestirla y todo eso. Ella misma tenía gente trabajando.

P: ¿Ves si hay mucha diferencia entre cuentos de niños, de mayores, de espíritus...?

R: Sí, hay mucha, porque hay muchos cuentos de mayores que son verdes, pero yo sé que tú no te estás dedicando ahora a esos cuentos...

P: ¿Hay cuentos que dan mala suerte o buena suerte, que influyen de alguna manera en la que los cuenta?

R: Sí. Hay cuentos así. De hecho, cuando se acaba un cuento siempre se dice: "Pasé por aquí, pasé por allá, me calcé y se me rompió el calzado".

P: ¿Y qué significa exactamente esa frase?

R: No lo sé, pero siempre terminan los cuentos así. Por ejemplo en Timsaman dicen: "Pasé por un río, y pasé por otro, iba calzada pero se me rompió". Esto quiere decir que el que se calza tiene unos zapatos nuevos y se le rompen.

Entrevista con Mahjouba y Rahma

(extractos)

Pregunta: ¿Hay cuentos de brujería?

Mahjouba: Ni sabemos ni queremos saberlos, porque es pecado.

Rahma: No, no conocemos ningún cuento de esos. A las brujas, Dios las prohíbe. Esos cuentos existen, pero nosotras no sabemos.

P: Una vez me contaron un cuento en el que una mujer no podía quedarse embarazada así que fue a un brujo que le regaló un huevo que ella tenía que guardar durante nueve meses ["Munat"].

M y R: No, no sabemos cuentos de brujería.

P: ¿Conocéis algún cuento en el que se cuenten cuentos?

M: Sí. Escucha. {Y entonces nos cuenta el cuento titulado "Las siete hijas abandonadas"}.

P: ¿Veis alguna diferencia sobre a quién se dirigen los cuentos que contáis?, ¿hay algunos destinados a niños, otros a mayores...?

M: Todos los que sé son para niños, los pueden escuchar los niños. Además de estos cuentos, lo que nos contábamos mucho entre las amigas y a los niños eran las adivinanzas. (...).

P: ¿Desde hace cuánto no contaban cuentos?

R: Desde que mis hijos se hicieron mayores. Antes, cuando eran más pequeños, teníamos más paciencia y para dormirlos les contaba algún cuento.

M: Yo casi nunca le he contado cuentos a mis hijos. Tenía tanto trabajo que no me daba tiempo a contárselos. A quien más se los he contado ha sido a mis amigas. Cuando terminábamos las labores, nos contábamos cuentos. Y también, como de pequeña trabajé mucho en la paja, con las amigas, mientras trabajábamos, nos entreteníamos contándonos cuentos.

R: Yo sí les contaba cuentos a todos [los niños]. Era la única forma de entretenerlos. Y tú {a Mahjouba}, ¿por qué no le contabas cuentos a tus hijos?

M: Porque yo tengo muchos varones que me daban mucho que hacer.^[28]

R: Yo tengo seis hijas, por eso contaba más [cuentos], siempre estaban conmigo y así es como las entretenía, no había otra forma.

M: Yo, sólo varones. No tenía a nadie que me ayudara y cuando llegaba la noche acababa tan rendida que le decía a rodo el mundo: "Hala, a dormir". La única niña que tenía era muy pequeña. Y todos [mis hijos] comían como puercos, ñam, ñam, ñam.

P: Y ¿os gusta, os divierte contar cuentos?

M: {Como diciendo, ¡vayapregunta!} ¡Claro que sí! Nos juntábamos^[29] todas las amigas y era una forma de charlar y de estar en contacto.

R: Sí, nos juntábamos todas y si echábamos en falta a alguna amiga la íbamos a llamar para que se reuniera con nosotras. Ahora ya es todo diferente. Tenemos otro tipo de problemas, pensamos mucho, nos preocupan otras cosas. (...) Lo hemos pasado muy, muy mal.

P: Y el contarnos estos cuentos, ¿les trae algo a la memoria?, ¿sienten algo especial?

M: Sí, me acuerdo de toda mi vida hasta cuando me casé.

P: ¿Quién les contaba los cuentos?

M: Sobre todo mis amigas; de mi familia apenas me acuerdo. Mi madre murió cuando yo era muy joven y mi padre se volvió a casar. Éramos doce hermanos.

P: ¿Qué significaban para vosotras los cuentos, para qué servían?

M: Las películas de hoy en día son como los cuentos de antes. Son historias que les pasa a la gente. Y hay también otras historias inventadas, que no son reales. Como la gente no tenía de qué hablar ni en qué matar el

tiempo, algunos se inventaban historias y otros contaban historias que les habían pasado de verdad.

Alhucemas, casa de Mahjouba, 15 de agosto de 2002

Entrevista con Fatima y Farida Tahrawi

(madre e hija)

Pregunta: Fatima, ¿quién te contaba a ti los cuentos?

Fatima: Me los contaba la madre de mi padre.

P: Tu abuela...

Farida: Sí, a ella {refiriéndose a su madre} se los contaba su abuela y a mí, mi abuela.

P: ¿Cuándo os los contaban, en qué momento del día?

Farida: Después de cenar mi abuela se ponía a contarnos cuentos para entretenernos y hacer que llegara la hora de dormir.

Fatima: También mientras se iba haciendo la comida, nos juntábamos las amigas y para hacer tiempo nos contábamos cuentos. Cuando se contaban por la noche, era sobre todo en invierno, porque las noches son más largas y por no dormir tanto nos entreteníamos así, no había otro entretenimiento.

P: ¿Qué sentíais o sentís al contarlos?

Farida: Me hace acordarme mucho de cuando era pequeña y nos juntábamos [para contar cuentos]. Me viene a la cabeza la imagen de mi abuela, que es la que me contaba cuentos, y de mi madre con todas sus amigas en el porche.

Fatima: Yo [al contados] me acuerdo muchísimo de mis padres. Y también de mis amigas. Y me traslado a aquella época y a aquel lugar [donde los contábamos].

P: Creéis que los cuentos que me habéis contado han sufrido muchos cambios desde el tiempo en que os los contaban vuestras abuelas.

Farida: Yo creo que no. Hay algunos que no memoricé porque eran temas que no me gustaban. Eran cuentos para personas mayores.

Fatima: Los cuentos los tengo en la cabeza exactamente como me los contaban. Los tengo grabados igual [que los oí]. Como los memoricé siendo muy pequeña, no se me olvidan, aunque hoy ya casi no los cuento.

P: ¿Hay mucha variedad de cuentos?

Farida: Sí. Hay cuentos para niños pequeños, cuentos de animales, cuentos de yenún, [\[30\]](#) y muchos más.

P: ¿Creéis que los cuentos, según el tipo que sean, traen buena suerte, mala, etc., al que los cuenta?, ¿influyen en quien los cuenta?

Farida: No es que te dé mala o buena suerte. Es que los cuentos te cambian el ánimo: hay cuentos que te infunden miedo, otros te dan alegría, y entonces te crees que te va a pasar algo bueno... Y cuando te cuentan historias de yenún, crees que te van a salir de un momento a otro. Y todo esto, como se contaba de noche normalmente, y en aldeas de casas muy separadas unas de las otras, pues yo me acuerdo de que nos quedábamos dentro de la casa y no nos gustaba salir.

P: Quieres decir que si cuentas un cuento de miedo, después de contarlo, ¿te da miedo?

Farida: Eso es. A mí me pasa que creo que lo del cuento va a pasar en la realidad, así que lo único que tengo en la cabeza es que me va a pasar lo que estoy contando en el cuento. Creo que me va a pasar lo que le pasa a la protagonista.

P: ¿Hay cuentos de yenún?

Farida: Sí, hay muchos. Pero a nosotras, de pequeñas, no nos los contaban por si nos daba miedo, como íbamos a dormir... Hay cuentos tristes, y en esos te metes en el personaje y te da mucha pena que le pase [al personaje] lo que le pasa.

P: ¿Desde cuándo creéis que existen los cuentos?

Fatima: Ahhh, desde que puso Dios a Adán y Eva encima de la Tierra, desde entonces hay cuentos.

Farida: Los cuentos no son todos invenciones. Algunos son historias verdaderas que le han pasado a la gente. Y como antiguamente no había nada de qué hablar, pues contaban lo que le había pasado a la familia tal o a la familia cual. Y como parecían historias fuera de lo normal se las contaban unos a otros y a otros y a otros y así.

Farima: Sí, eso es, eso es.

P: ¿Os gusta contar cuentos?

Fatima: Sí, me encanta. Me recuerdan a mi aldea, a mi casa, a mis amigas, a aquel entorno. Y me gusta mucho recordar todo esto, porque estoy lejos [de todo aquello].

Farida: A mí me recuerda a mi abuela, la pobre, cuando nos contaba cuentos. Me acuerdo hasta del sitio donde se sentaba. Es como volver a estar con ella. Por eso me gusta mucho contarlos. Aunque ahora no contamos casi. No tenemos a quién.

Alhucemas, casa de las entrevistadas, 23 de agosto de 2002

Entrevista con Karima Alganmi

Pregunta: ¿Quién te contaba los cuentos?

Karima: Mi abuela {pausa}, bueno, mi abuela, mi tía, la gente mayor que tenía alrededor.

P: ¿En qué momentos te los solían contar?

K: Normalmente era por la noche, cuando nos íbamos a dormir. Me acuerdo que cuando era muy pequeña solíamos andar zascandileando y haciendo ruido, y cuando [los mayores] nos pedían que nos calláramos no lo hacíamos, pero cuando nos decían que si nos callábamos nos contaban un cuento, rápidamente nos sentábamos a escuchar. Y a mis sobrinos, en el campo, aún les cuentan cuentos. Aunque tengan televisión, prefieren los cuentos. Por ejemplo, me acuerdo de un día en que mi sobrino empezó a llorar y a llorar que le contasen un cuento y no se calló hasta que su madre se lo contó.

P: ¿Para qué crees que sirven los cuentos?

K: Antiguamente no había nada y servían más bien de entretenimiento. No había juguetes en las casas, ni televisión. Lo normal es que se jugara en la calle, y cuando se hacía de noche y se tenían que meter en sus casas, el único entretenimiento eran los cuentos.

P: ¿Qué sientes tú cuando te cuentan o cuentas cuentos?

K: Siento como si lo que me estuvieran contando o lo que estoy contando fuera verdad. Disfruto mucho con los cuentos. Sobre todo, cuando me los cuentan. Soy yo la que le pido a mi abuela, cuando la veo, que me cuente cuentos. Me encantan.

P: ¿Y cuando eres tú la que los cuentas?, ¿qué sientes?

K: Me siento fenomenal. Me relajo, me tranquilizo. Si alguien me pide que le cuente cuentos, lo hago sin dudar.

P: Cuando estás con tus sobrinos, ¿les cuentas cuentos?

K: Claro. Tengo un sobrino que en cuanto me ve, me pide que le cuente cuentos. Y a todos mis sobrinos en general les gusta que se los cuente y me lo piden.

P: ¿Hay mucha variedad de cuentos? Y, dentro de esos tipos, ¿cuáles son los que tú sueles contar?

K: Hay mucha variedad. Hay de miedo, de niños, de brujería. Por ejemplo, los de miedo no es bueno contárselos a los niños pequeños porque piensan que todo eso pasa de verdad, y les da miedo.

P: ¿Cómo nacieron los cuentos?, ¿cómo se crearon?

K: Hace mucho tiempo, cuando a alguien le pasaba algo, o en su familia o aldea ocurría algo, empezaba a contárselo a éste, y éste al de más allá, y así sucesivamente. Y así acaba naciendo un cuento. Pero también hay cuentos inventados, que no son sucesos reales.

P: ¿Cambias los cuentos al contarlos?, ¿crees que con el tiempo los cuentos van cambiando?

K: No. A lo mejor, con el tiempo, se le ha podido añadir algo a un cuento, pero intentando siempre no cambiarle el sentido.

P: ¿Sabes cuentos de espíritus?

K: Me han contado algunos, pero no me gustan mucho. De espíritus, lo que más me han contado son historias verdaderas.

P: Cuando estás con tus amigas, ¿os contáis cuentos?

K: No. Con quien más vivo los cuentos es con mi familia.

Alhucemas, 26 de agosto de 2002

***This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
07/02/2011***

Notas

[1] Etimológicamente, el término deriva, a través del árabe, del griego *barbaros* y del latín *barbarus*, es decir, "bárbaro, aquel que no pertenece al área cultural grecorromana".[<<](#)

[2] Chaker (1987: 565-566) explica que, a pesar de que la raíz etimológica del término *Amaziy* aún no está nada clara, se puede afirmar que es un sustantivo derivado y que no lo es de la raíz contemporánea zy. <<

[3] El término *tamazigh*, general, es también empleado en este caso para el dialecto local. <<

[4] Hay también otros corpus que no deben pasarse por alto. Nos referimos a los presentados como partes de trabajos de lingüística o de literatura, tales como las tesis doctorales de El Mostefa Chadli, Mena Lafkioui y Khadija Mouhisine Ajjoul. <<

[5] Mendigos del Rif cuya forma de mendigar consiste en ir tocando la pandera y entonando canciones de petición de limosna, algunas de las cuales son suras del Corán.<<

[6] Para comprender cabalmente este cuento conviene saber de antemano varias cosas: primera, en el Rif los talismanes consisten en una sura del Corán escrita en un pequeño papel y envuelto en piel, normalmente de cordero. Se cose esta piel a todo alrededor, se le ata a una cuerda fina y esa cuerda fina se la anuda uno alrededor del abdomen. Segunda, en los países islámicos está prohibido jugar con muñecas o adorar imágenes que representen personas; las muñecas, no obstante, se fabricaban a veces privadamente atando dos palos en cruz y pegando en la punta superior algo de lana de borrego a modo de cabello, y se revestía esta estructura con trozos de tela a modo de vestido. Tercera, las sirvientas solían ser negras y se les cortaba el pelo al entrar a servir en alguna casa. <<

[7] Este personaje malvado llamado Nunya por la cuentacuentos Karima, suele recibir el nombre de Zusra (y así lo emplea, por ejemplo, Mahjouba). Al mismo tiempo, Nunya es el nombre que se da al personaje de Jarmela, la Cenicienta. Los tres personajes existen como tales en todas las zonas del Rif, pero reciben distintos nombres que se solapan. En el caso de Karima, es ella misma la que -como nos ha confesado- ha decidido llamar Nunya a Zusra, pues desde pequeña asocia ambos nombres a un personaje terrorífico, harapiento, sucio y alocado. Por lo tanto, nosotros hemos respetado esta preferencia de la cuentacuentos; donde Karima dice Nunya, otras dirían Zusra. <<

[8] Antiguamente, los peregrinos se quedaban en la Meca un año; hoy en día sólo un mes. <<

[9] En Marruecos, sobre todo en la zona del Rif, todavía se le da mucha importancia a la virginidad, incluso hay que demostrársela a la madre del novio con un pañuelo blanco manchado de sangre por la novia la noche nupcial.<<

[10] El erizo es considerado entre los bereberes del Rif un animal muy inteligente. <<

[11] El invitado de Dios: cuando la hora del rezo sorprendía a cualquier persona por los campos, era permisible que ésta fuera a la casa más cercana a pedir que le dieran un poco de agua para hacer las abluciones previas al rezo. Quien pedía tal favor, lo hacía en nombre de Dios y por lo tanto podía llamarse a sí mismo "invitado de Dios".[<<](#)

[12] Nunya o Zusra, una mujer de intenciones siempre malélicas, es un conocidísimo personaje en el folclore rifeño. <<

[13] En tarifit, "medio hijo" se dice azguen uharmush, que también significa "hijo que nace con algún tipo de defecto". En este contexto, la palabra tiene ambos sentidos.<<

[14] Téngase en cuenta que una boda dura tres días, y termina con el traslado de la novia a la casa del novio. <<

[15] Nombre de varón <<

[16] El Islam prohíbe a los hombres casarse con hermanas, a menos que fallezca una y el viudo se case con la otra. <<

[17] Akdih, tipo de cántaro suspenso en el aire por medio de una cuerda, usado para separar la leche de la nata y para hacer la cuajada y la leche agria a base de balancearlo. <<

[18] A las madrastras se las considera y se las llama "tía". <<

[19] Malaikat, protectora de los seres humanos mandadas por Dios. <<

[20] En el Rif se considera esta leche la mejor que da la vaca. <<

[21] El shetan es un ser asociado siempre al mal. Lo peor que le puede pasar a uno es verse rodeado por "shetan y sus cincuenta esposas". Por lo tanto, sorprende al oyente que estos personajes compitan por ver quién es capaz de hacer mejor algo bueno. La anciana, suponiendo que el shetan va a hacer algo malo, hace algo mucho peor para vencerle. <<

[22] Argolla que solía ser de metal y usan las mujeres para adornar las muñecas, los brazos o los tobillos. <<

[23] Los animales deben sacrificarse según cierto ritual: mirando a La Meca y repitiendo el nombre de Dios (ver Corán, XXII, 37). En el caso de los animales que mueren cazados, hay que realizar este ritual cuando se los lleva a casa y se comienza a prepararlos para la cocina. De ahí que la protagonista degüelle ahora un animal ya muerto. <<

[24] Zusra, uno de los personajes centrales del cuento, es una figura popular en el Rif que tiene forma de hiena, es capaz de transformarse en hermosa mujer y siempre tiene malas intenciones. <<

[25] "Recitadores del Corán" traduce tolva, que es el grupo de hombres que recitan el Corán ininterrumpidamente en la casa donde se celebra algún bautizo, boda, velatorio o circuncisión. <<

[26] Profeta del Islam, ver Corán, por ejemplo, XIX, 55. [<<](#)

[27] Fuente que existe realmente; está en la Meca. <<

[28] Las chicas suelen ayudar a las madres en las labores del hogar y del campo, pero los varones no. <<

[29] Mahjouba aquí responde a si le gustaba (en pasado) contar cuentos, pues ha dicho que ya no los cuenta a nadie.<<

[30] Espíritus de los muertos que pueden ser buenos o malos. Se aconseja a los vivos que no los desobedezcan. Y que quien vea a uno, mejor que no lo cuente, que lo guarde para sí. <<